



# CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 8

**Claudia ABOAF • Álvaro BONANATA**  
**Hank T. COHEN • Marcelo DAMONTE**  
**Mónica MARCHESKY • Edmundo PAZ SOLDÁN**  
**Laura PONCE • Bruno POZZOLO**  
**Ramiro SANCHIZ • Nelson VERA**



**MIG21**  
EDITORIA

# Contaminación Futura

## vol. 8

RAMIRO SANCHIZ  
VÍCTOR RAGGIO  
(eds)

  
**MIG21**  
EDITORA

Primera edición: octubre de 2023

Contaminación Futura vol. 8

Copyright © Claudia Aboaf, Álvaro Bonanata, Camilo Ortega/Hank T. Cohen, Marcelo Damonte, Mónica Marchesky, Edmundo Paz Soldán, Laura Ponce, Bruno Pozzolo, Ramiro Sanchiz y Nelson Vera.

⊛ Agradecemos especialmente a nuestros queridos hermanos de Editorial Vestigio por su amable cesión de los derechos del cuento "Mi papá es un pollo", de Hank T. Cohen, publicado originalmente en el libro *Traumatismo Pancreático* (2022). ⊛

ISBN: 978-9915-41-950-3

© Mig21 Editora

Washington Beltrán 1758 ap 2,  
Montevideo, República Oriental del Uruguay  
mig21editora@gmail.com

Ilustración de portada: Unlimited Dream Co.  
@unltd\_dream\_co

Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz.

Diseño ebook: Carolina Galmés

Selección y notas: Víctor Raggio y Ramiro Sanchiz





# **EL MANUAL DEL ÁNGULO DE LA BOLSA AZUL**

CLAUDIA ABOAF

**Claudia Aboaf** (Buenos Aires, 1960). Ha publicado las novelas *Medio grado de libertad* (2003), *Pichonas* (2014), *El rey del agua* (2016) y *El ojo y la flor* (2019) Participó de las antologías *Abordajes literarios. Cuentos del mar* (2020), *Paisajes experimentales. Antología de nueva ficción extraña* (2020), *Buenos Aires en V.O.* (2020) y en diversas compilaciones de relatos en Colombia, Brasil y Perú.

Comienza con la Belleza. La única historia comienza con la Belleza. Las lenguas afuera distendidas saborean gotas de deshielo, los ojos se entrecierran despreocupados.

*Cualquiera lo niega con argumentos y lenguas contraídas. Pero el comienzo fue la Belleza y esta es la única historia.*

*Luego declinamos y renunciamos a ella.*

Milo caminaba ahora dentro de la parte sumergida del casco del barco, la nave no parecía construida a escala humana y la gran altura de las paredes de hierro lo empequeñecían. Pero él era el soberano en la *obra viva* que siempre permanece debajo del agua y guarda calderas y motores. También el sector helado y oscuro –ahora vacío– de almacenaje. El buque podía cargar toneladas de peso muerto, cargas secas, y crudo a granel que cruzaban el océano desde países grandes y empobrecidos hasta pequeños territorios ricos. Aunque Milo era mecánico naval prefería lavar él mismo en soledad esa matriz caliente y fría, vibrante y sonora. Se recluía sumergido, debajo de



la línea oscilante del agua. Luego de que empeorara su condición, creyó que la *obra viva* lo mantendría a salvo.

Terminaban de traspasar las fosas abisales de Japón a todo motor, abriendo una monumental estela en el mar tranquilo. Dos días atrás, un terremoto ocurrido en esas rajadas de la plataforma marina, adonde la luz no llega, y la flora y la fauna son blancas, había desplazado el eje de la Tierra ocho centímetros y acertado el día algunos microsegundos. El sismo, ya apaciguado, apenas se podía leer en unas pocas olas más altas y en los instrumentos electrónicos que equipaban el barco como ligeras vibraciones. Pero, fuera de la vista de los tripulantes y de las gaviotas que copiaban con su vuelo la velocidad de navegación, el líquido metálico del centro del planeta aún se removía. La enorme presión en esas trincheras en las que luchaban los bordes continentales liberó parte del magnetismo de la corteza terrestre.

La Tierra es un enorme imán, y las paredes del buque atraparon algo de esa fuerza poderosa. Nadie lo notó, pero mientras el barco se deslizaba en el océano, el cuerpo de Milo comenzó a *girar loco*, como otras veces. Giró su interior, su corazón de brújula, la rosa, el zafiro. Desde la bodega reforzada, Milo no podía ver cómo, en la anticuada brújula de proa, un raro adorno para un buque mercante, la aguja también se rendía. Era un nauta limitado a las salas de máquinas y a la estiba; no amotinaba con otros sus quejas ni su reclusión. Desde su infancia, declinaba ante fuerzas que nada tenían en común con los demás tripulantes. Ni con el viento aparente que dejaba detenido el barco, o la luna fuerte que se extendía hasta el horizonte difuso.

Su mano soltó de golpe la llave náutica. Rebotó sobre el zapato de seguridad salvando su pie derecho, y salió lanzada

lejos de su cuerpo imantado, como dos polos iguales que se repelen. Milo se afirmó en la pared hojaldrada por el óxido y pequeñas escamas se desprendieron mientras frotaba su espalda enervada. Las paredes de la obra viva contenían el océano, separaban a Milo, allí abajo, del agua corrosiva y monumental. Estaba al amparo de toneladas de presión y animales acuáticos voraces, pero el contacto de su carne y huesos con el metal descascarado excitó más las lenguas de magnetismo dormidas, que ahora correteaban iluminadas a su alrededor. Al distanciarse el buque de esos tajos profundos, apenas distantes del magma central, su rosa se fue aquietando y la trepidación del cuerpo se detuvo. La aguja de la brújula volvió a apuntar al norte. La proa aguda de la nave dividía el agua mientras avanzaba a toda velocidad.

Recogió la herramienta que su cuerpo ya no repelía e intentó revisar uno de los dos motores que empujaban el buque. Desenganchó su cinturón de herramientas para alejar de sí cualquier metal cargado de magnetismo. Con la ropa teñida de óxido y los borceguíes salpicados por el potente chorro de agua enjabonada con que había lavado la matriz de la obra viva, Milo pretendió subir a cubierta. Pero, tensado entre su voluntad y las fuerzas magnéticas remanentes en las dorsales oceánicas, sus músculos no quisieron responder. La virtud atractiva de Milo lo estaba matando y ese vientre oscuro sumergido no podría protegerlo.

Había fijado residencia en la isla, ahora abandonada, de Hashima, en Japón. La isla amurallada, protegida del golpe de las olas y los tifones, tenía sólo cuatrocientos metros de largo y ciento cincuenta de ancho, pero para Milo era su tierra elegida, aunque se asemejara más a un buque

encallado. Odiaba el mar temperamental y salado que atropellaba todo lo que entorpeciera su flujo constante. Estaba ahí por una razón luego de explorar el mundo.

Durante noventa años, desde 1887, los mineros habían hurgado esa isla cada vez más profundamente desde la pequeña superficie hasta casi la base de la columna de tierra, roca y minerales que era, y que surgía desde la plataforma submarina. En la revolución industrial –la era de Meiji–, extraían la hulla, una roca mineral. La minería había llevado a que los trabajadores con sus familias se hacinaran hasta que la isla tuviera la mayor densidad poblacional del mundo. Se construyeron edificios de hormigón conectados por una red de laberintos, patios, pasillos y escaleras. La isla era una columna troncal que unía el fondo del mar con la superficie. Y el túnel minero vertical calaba el islote como una caries en el hueso dental, doscientos metros abajo.

Milo abordó el chinchorro que bajaron desde el buque y se alejó de las miradas empeoradas luego del último incidente; también de los gritos incontinentes de los marinos. Atracó con peligro en el muelle escoriado que había servido para carga y descarga del mineral y accedió a uno de los pasajes que unían los edificios, desapareciendo de la vista de los tripulantes. Nadie vivía allí desde hacía décadas. La habían escarbado hasta el lecho marino y, cuando agotaron la hulla, abandonaron la producción y a sus habitantes. En sólo tres semanas, los trabajadores y sus familias habían desalojado el lugar, dejando atrás todo lo que no pudieron cargar en las últimas barcasas destinadas a las herramientas y maquinaria pesada que pertenecían a Mitsubishi, el dueño de la isla. Quedaron en pie racimos de monoblocks grises y ásperos, sin vidrios, con bivalvos adheridos a las paredes como puntas de cuchillos.

Milo se desprendió el cinturón, sin el peso de las herramientas olvidadas en el buque –las recuperaría cuando lo volvieran a buscar–, y lo dejó sobre el piso de cemento remendado de su única habitación. Se asomó al balcón de madera gris que él mismo había asegurado. Respiró neblina salada. Sintió que recobraba su gobierno. Los huesos livianos, como si tiraran de él desde el cielo. La lengua distendida se engordó en su boca. El bienestar que ahora sentía y manifestaba relajando la lengua, sucedía cuando su rosa y el norte magnético se mantenían en un cierto ángulo tolerable para él, y creía que para todos en el mundo. Como en el diagrama que había visto de paso por China: el Manual del ángulo de la Bolsa azul. Era del siglo X, y sostenía que todos estábamos bajo el mismo cielo, en la misma Bolsa azul. Pudo observar por primera vez las direcciones y emanaciones de la aguja fluctuante: la declinación magnética. De 7,5 grados, la desviación continuó aumentando con cada terremoto, y el manual describía el fin de la doncella de la Bolsa azul. El fin la Belleza. Ese movimiento de nutación se graficaba como una perinola de madera como la que Platón hacía girar para meditar: un trompo que en algún momento habría de caerse.

Relámpagos de luz fría exaltaron su ánimo. Milo sospechó que las descargas eléctricas que ahora veía en el espacio como estallidos lúcidos eran idénticas en la Belleza, pero enseguida declinó nuevamente ante la vista desde su pequeño balcón. Estaba en el lugar más feo del mundo para vivir: la isla de Hashima. Desde el décimo piso descubría el océano, siempre encrespado, mezclado con el cielo gris, nuboso, también inquieto. Y los últimos movimientos de algún habitante furtivo, uno o dos, distribuidos entre el hormigón resistente, los

cristales estallados y maderas como torres de escombros. Y la sombra de algún animal doméstico tal vez adaptado a sorber moluscos. En las noches sin luna sobrevinía el negro absoluto. Sin electricidad, la falta de luz lo volvía un ciego. No prendía lámparas ni linternas. Estaba prohibido vivir en esa isla hueca. Más de mil trabajadores habían muerto en accidentes subterráneos, o por la dieta de hambre (la comida se llevaba en barco y a veces no llegaba), o por intentar alcanzar a nado la otra orilla. Esa isla carcomida había tenido el edificio más alto de su tiempo y albergado más gente por metro cuadrado en el mundo. Ahora era una ruina, y también la tumba colectiva de muchos de los trabajadores de Mitsubishi.

Milo había nacido en Argentina, en el centro de Buenos Aires. Solía trotar en la Plaza del Congreso ubicada en la *cumbrera*, la parte más elevada de la ciudad, De los *Reynos del Arriba* –como se había llamado la zona alguna vez–, hasta acostarse cansado en los bancos de cemento. El brazo caído de costado alcanzaba las piedras rojas que ahogaban el pasto y delineaban los senderos curvos. Tocaba cosas para descargar las iridiscencias magnéticas que trepidaban en su cuerpo. Las llamaba *fileteados* desde que había visitado con su padre un taller de fileteado porteño y reconocido en los espirales y los dorados el diseño del magnetismo que correteaba en los objetos de metal que en esos días lo acosaban. Luego, ejecutaba torsiones, estrangulaba los músculos con las articulaciones al rotar su cuerpo en posiciones agónicas. Buscaba un valor nulo, sabía cuándo su interior se alineaba con el norte magnético y, con movimientos de compás que dibujaba con sus brazos, intentaba salvar la diferencia con el corrimiento del eje de la Tierra, que empezaba a creer que todos sufríamos.

Ignoraba entonces que los caballos oscuros metálicos que persistían tiesos musculados para salir del agua de la fuente de la plaza reavivaban las ondas magnéticas que lo afectaban. Y el monolito del kilómetro 0, en otra plaza cercana, era el tótem al que le pedía que la Tierra volviera a alinearse.

Se fue dando cuenta de que la Belleza declinaba y aumentaba la fealdad, cada vez que el eje del planeta se inclinaba unos grados más, desplazándose del eje original con cada terremoto. Su padre, mirando la televisión siempre encendida, solía repetir: las cosas se están poniendo feas. Hacía tiempo que su cuerpo alineado –como el de todos al nacer– cedía a la distorsión, pero él era el registro mismo de cada sacudida del planeta, el gorrión testigo. Más adelante, un artículo en una revista científica, lo introdujo en la teoría de las antípodas. Y la justa antípoda del centro de Buenos Aires era Shandong, en China. Como luego sabría, Shandong estaba a sólo quinientos kilómetros de Hashima. Recorrió la superficie del globo por distintos medios aéreos, terrestres y marítimos, cruzando siempre de un punto del globo a su opuesto, como si viajase por el centro de la Tierra intentando atravesarla para así trocar su polo magnético. Allí se enteró de la historia de la isla.

Ahora Milo sale de un pasaje y de otro a pasillos y patios rotos. Cadáver de árboles de bosques primitivos, la hulla brillante, dura y quebradiza –pequeñas esculturas volcadas o de pie, desparramadas, trozos de hulla cincelada por las máquinas o quebrada al aire marino– reflejaba en sus minerales minúsculas lunas. Eran esos guijarros abandonados por los mineros los que guiaban a Milo hacia la vieja boca de la mina en el extremo opuesto de la isla. Pero también sorteaba electrodomésticos, putrefacción

y otros abandonos de baños públicos, bares, casinos y burdeles.

Como cada noche, daba la espalda al hueco de la mina, se sujetaba de la escalera y descendía pisando las barras carcomidas, hasta ingresar por el agujero del techo al ascensor detenido a cincuenta metros de profundidad. Esa era su cámara aislante. Y la hulla que no habían alcanzado a extraer, con sus minerales, absorbía parte del magnetismo terrestre. Allí Milo dormía.

La única historia comienza con la Belleza. Las lenguas afuera distendidas saborean gotas de deshielo, los ojos se entrecierran despreocupados.

*Cualquiera lo niega con argumentos y lenguas contraídas.  
Pero el comienzo fue la Belleza y esta es la única historia.*

*Luego declinamos y renunciamos a ella.*

Lo torcido y la desproporción le duelen por el vago recuerdo de igualdades y simetrías. Sin embargo, Milo duda de las cuantiosas imágenes «lindas», le parecen una dispersión de la Belleza; descompuesta por las personas en un prisma infantil y colorido.

Milo convoca la luz blanca y las lenguas distendidas. Lenguas juntas hasta tocarse. Piensa en eso mientras la oscuridad herrumbra y oliente lo apaga. Piensa, dentro del hueco rancio, que fue víctima. Ahora es voluntario. Pero necesita descansar por un momento del recuerdo de la Belleza. Su anomalía orgánica tiene una virtud irresistible que lo atrae como un imán a un punto que no está en los cielos móviles ni tampoco en el polo. Lo atraviesan líneas de fuerza magnética y su distorsión cada vez mayor lo deterioran tanto a él como a todos en la Bolsa azul.

Duerme protegido en la caja del ascensor abandonado, aunque no tan distante del flujo interno de la Tierra: líquido metálico, gigantesco imán. Se descubre caminando de aquel mismo meridiano al levante. El polo del mundo queda a su mano izquierda y el punto de la virtud atractiva a su derecha, y cuanto más al levante camina, más sufre la distancia entre los dos puntos, tironeado, a punto de quebrarse. Entre sueños, se interroga cómo salvar esas distancias.

—La bomba nuclear Fat Man estalló sobre Nagasaki a sólo veinte kilómetros de la isla. Ochocientas mil personas murieron ese día. Desde la isla de Hashima se vio el más perfecto espectáculo creado por el hombre, que sin embargo persigue un patrón universal: la forma de hongo. El terremoto provocado por la bomba corrió el eje de la Tierra. Eso había leído en una placa bronceada en su paso por Japón.

—Martín Cortés, el primer mestizo de la Nueva España, había detectado la distancia entre el polo magnético y el polo verdadero. Al Mestizo se le aplicaron tormentos como los cordeles y las jarras de agua. Sobrevivió y fue desterrado. Su sueño en duermevela derivaba en informaciones mezcladas. Ya despierto del todo, Milo pensó que Martín Cortés la había detectado en la trepidación de su cuerpo al igual que él, y que había seguido navegando, aguantado las torturas, pero que con seguridad hubiese declinado ante la vista del abrumador hongo que aumentó la distorsión en la tierra.

Como todos los días, volvió a subir al pequeño bote que lo llevaba hasta el buque detenido que oscilaba en el mar con su altura maciza y su diseño extraordinario.



Alguna elegancia se insinuaba en esas toneladas de hierro revestidas de un celeste cobrizo. Y el detalle en proa: la brújula inglesa, moderna en su siglo, con una rosa artística encastrada en el centro: una piedra de zafiro azulvioláceo. Una brújula de Thomson.

Milo se demoró en la cubierta –antes de bajar a la obra viva– y pasó el dedo por el vidrio que protegía el delicado mecanismo. Vio su rostro alterado en el vidrio de la lente. Sabía que el correcto funcionamiento de esa brújula dependía de las dos esferas compensadoras, dos bolas de hierro dulce de alguna aleación desconocida para él, que sostenían unos brazos cortos.

Finalmente descendió y localizó sus herramientas. Allí, en la profundidad de la matriz sumergida, Milo pasaba las horas. Enseguida advirtió el sabor metálico en la lengua, que se contrajo nerviosa. Conocía el derrotero del día. Volverían a sobrepasar las fosas abisales tan cercanas al magma metálico del centro del planeta. Pero no sabía si esta vez podría resistirlo, y se preguntaba por las consecuencias masivas. Bajó al segundo nivel, donde los motores comían combustible, expelían gases y movían el buque elegante.

Sus padres habían tenido un negocio de telas en el barrio de Monserrat, cerca de la plaza que solía visitar. Era un pasillo profundo que llegaba hasta el corazón de la manzana, un local atiborrado de texturas coloreadas enrolladas en tubos de cartón apoyados unos con otros, como una muchedumbre. Milo se enderezaba entre la espesura de colores como un tubo de tela más. Como si fuera uno más. Acolchonado entretelas se sentía a salvo. Hasta que pudo relacionar, viendo la televisión siempre encendida, que un terremoto en cualquier lugar del mundo lo perturbaba. Los horarios de inicio de los movimientos

coincidían con su interior, que comenzaba a . Y aunque se desconocía el dato, o decidían no hacerlo público, él podía sentir cuánto se había desplazado el eje de la Tierra. Entonces crecía el estado de malestar de la gente. Milo escuchaba el rugido del tráfico creciente. Encontraba su banco ocupado con algún indigente. Veía personas con la cabeza gacha, consumidos por sus teléfonos portátiles. Entretelas, el magnetismo orgánico se dispersaba rápido, pero los objetos metálicos lo replicaban, al igual que los caballos de la fuente en la plaza, y así se volvían visibles para él esas iridiscencias expulsadas desde el centro del planeta. No tenía dónde esconderse. Y ya nadie encontraría dónde esconder su desánimo.

La declinación magnética –la diferencia entre el polo magnético y el geográfico– no causaba sólo anomalías en la navegación, atrayendo y desviando de su derrotero buques de toneladas de hierro. Desorientaba a todos. Nos alejaba de un destino contento, espontáneo, y nos guiaba al precipicio como si la Tierra fuera de verdad cuadrada. Las columnas de vértebras de hombres y mujeres, antes flexibles y fuertes, se pegaban entre sí al inclinarse hacia un lado u otro del polo para compensarse. Todos sufríamos de pie. Y los destinos costeros, ligeros, simples de ruta, se perdían de vista sin poder recalcar.

Los motores diesel del buque nunca habían fallado: el ronquido parejo de esas máquinas era suficiente testeo para Milo. Subió rápido a la superficie calculando el justo sobrepaso de las fosas abisales e, instintivamente, fue a apoyar las manos en las esferas de hierro dulce de la brújula de Thomson. Ese metal absorbió parte del magnetismo. Vio cómo la aguja protegida por el vidrio temblaba pero sostenía su orientación, y creyó por un momento que él

mismo podría no ceder a la distorsión. Que descanse la rosa, dijo, se abra justa en diseño, acuosa y desplegada. En silencio, volvió a ver las lenguas arcaicas aglutinantes y bellas. Esa visión lo decidió y, en el concierto de mar, motores y vientos, calculó que si su antípoda no era una coordinada, como había perseguido, tal vez sería una exacta lengua rosada: alguien que resultaría su descanso. Que lo compensaría.

Esta vez siguió viaje junto con el resto de la tripulación.

*La única historia comienza con la Belleza. Las lenguas afuera distendidas saborean gotas de deshielo, los ojos se entrecierran despreocupados.*

Era su día de franco. Se bajó del buque en Otaru y, desde allí, fue en un barco pequeño a Sapporo, una ciudad diseñada por los norteamericanos: la urbe trazada en damero y con un gran parque central. Una isla fría, seis meses por año cubierta de nieve, y propensa a los terremotos. En esos días, se celebraba el Festival de la nieve en las cadenas montañosas. La ciudad estaba plagada de esculturas de hielo, desde los personajes de *Star Wars* hasta enormes figuras egipcias. Milo se alejó de los budas gigantes y los ratones Mickey blancos y sonrientes que de noche se verían iluminados con todos los colores tristes. Dejó atrás los festejos y, luego de un trayecto en tren, se acercó a la base silenciosa del monte Muine.

Su pisada inaugura marcas sobre la nieve virgen. La ensucia con esquirlas de fealdad que arrastra desde su isla. Pisa el blanco nieve y ya no es blanco. Milo es ahora la sombra de un predador que busca su hambre. Un cazador novato que olisquea el territorio blanco pero lo encuentra

vacío, acolchonado de ruidos. Desperdicia energía ascendiendo por la ladera equivocada. No conoce los senderos de la temporada de esquí. No sabe de deportes ni festivos. Ni de esculturas de dinosaurios ni de cerveza. Ni Monserrat con la tienda de telas variadas, o las plazas con sus fuentes metálicas. Lo acechan los grados perdidos, la declinación ignorada. Pero ya pisó la nieve ensuciándola, y ese pequeño lecho es la tumba en la que Milo pierde de vista las lenguas rosadas.

Llega la noche de cara al cielo, ya no avanza.

La noche helada vuelve el aire transparente. Milo llora su visión celeste, llora a la gente que plegó el ánimo en la declinación continua. No comparte con nadie su noche clara. Los ojos de los otros, allá abajo en la ciudad, miran corto rebotando la mirada en las pantallas. Encuentra dinero en su bolsillo. No le importa la moneda bancaria que en esos días cambia de mano rápida. Sacude la suciedad del billete fetiche que jamás se lava. Nadie reconoce que ese papel desecho no vale nada. Contaminado con todas las bacterias hospitalarias. El dinero es fealdad que se filtró en la grieta de un antiguo terremoto, piensa, surgió del magma inferno, desde el metálico. Declinó la Belleza junto con la distancia entre el norte cierto y los mapas conjeturados.

Milo da un paso, su aguja fluctuante prevé un desastre.

Pero subúscueda no era tan incierta. Junto con el temblor que comienza y, Milo sabe, provocará el deslizamiento de la tierra en pocos minutos, quebrará el Mickey gigante que será un charco derretido entre la sangre; el magnetismo que brilla a través de su cuerpo y filetea el blanco, provoca que su interior “gire loco” y su lengua tiemble. La Tierra se comporta como un enorme imán y él es una esquirra.

En la tienda de Monserrat solía pasar un pequeño imán bajo un papel blanco y, por encima del papel, las tachuelas bailaban. Cuando daba vuelta el imán, las piezas de metal repelidas formaban un círculo perfecto, alejándose así del centro de la fuerza magnética.

El silencio cede mientras la tierra vibra. Su respiración se agita porque ha comenzado a bailar. Lengua afuera. No baila solo, tampoco con los de las esculturas de hielo. Baila con los demás que también giran locos y compensan con toda su fuerza viva la declinación del mundo. Milo no baila solo, aunque no los vea.

Las lenguas afuera distendidas saborean gotas de deshielo, los ojos se entrecierran despreocupados.

*La única historia comienza con la Belleza. (★)*

# **ASESINATO SE ESCRIBE SIN H**

ÁLVARO BONANATA

**Álvaro Bonanata** (Montevideo, 1962). Es escritor fantástico y policial, actor e ingeniero en computación. Cofundó el Grupo Fantástico de Montevideo y participa desde 2013 del grupo editor de *Ruido Blanco*. Sus cuentos han sido publicados en las revistas *Fantástica*, *Plan H*, *Tiempos Oscuros* y *Sonámbulo* y en las antologías *Contaminación Futura 3* y *Lo mejor de Ruido Blanco*. En 2018 compiló y prologó la antología *La ciencia ficción uruguaya 1816-1899* y en 2022 publicó el libro de relatos breves *El ojo de la iguana*.

Estábamos desayunando, faltaba poco para las ocho, cuando de repente sentimos un estruendo a cristales rotos que nos paralizó. Martín, mi hijo, quedó con la cuchara a medio camino entre la taza de yogur con cereales y la boca. Verónica, mi mujer, con la puerta de la heladera abierta y la jarra de leche en la mano. Camila, mi hija, untando mermelada de higos en una tostada.

—¿Y eso? —Verónica fue la primera en reaccionar.

—No sé —contesté—. Vino de la biblioteca. Voy a ver qué fue. Quédense en la cocina.

Fuimos corriendo. Martín fue el primero en entrar a la biblioteca. Encendió la luz.

Había un gran desorden. Los libros estaban esparcidos por el piso. Las letras desparramadas, amontonadas, enganchadas unas con otras. Verónica y Camila miraban de afuera.

Levanté del piso un libro —no sé cuál, las letras del título se habían caído—. Tenía las páginas casi en blanco, salpicadas con algunas eñes y algunas vocales acentuadas. Lo dejé sobre la mesa. Levanté varios más: todos estaban en las mismas condiciones, a veces se les caía alguna letra.

Me sentía desolado.



—No toquen nada —dije—. Voy a llamar a un bibliólogo.

Le pedí a Martín que se quedara en la biblioteca, tenía letras pegadas en los zapatos. A Verónica y Camila les pedí que cerraran puertas y ventanas exteriores para evitar fugas a raíz de las corrientes de aire.

En la cocina consulté las Páginas Amarillas. Había pocos bibliólogos, tres o cuatro. Uno llamó mi atención: el licenciado Orestes Giménez Quesada. Tenía un aviso en el que destacaba su posgrado Especialización en Libros Antiguos de la Biblioteca Apostólica Vaticana. Ponía un número de teléfono de urgencias disponible las veinticuatro horas.

Disqué de inmediato.

Después del quinto tono de llamado atendió un hombre con una forma de hablar curiosa, pensé en un viejo profesor anticuado.

Le expliqué el problema de mi biblioteca.

—Comprendo la situación —dijo—. Es infrecuente, pero a veces pasa. En especial en estos días de altas temperaturas y escasa humedad. Fue muy atinado en llamarme. El problema reporta menor gravedad de la que usted imagina. La mayoría de los signos gráficos irán acomodándose motu proprio en los tomos. Pero hay que lidiar con los que se doblaron, los aplastados y los que se rompieron. Es de vital importancia evitar las corrientes de aire, *cum grano salis*. Los que se vuelen los perderemos para siempre. ¡Otra precaución! Todos los moradores de su hogar deben quitarse el calzado y guardarlo en una recipiente adecuado, de preferencia una bolsa plástica. No se imagina la cantidad de signos gráficos que ya hay desperdigados por su hogar. Preparo mi maletín de primeros auxilios y salgo para ahí. Llego en treinta minutos.

Me cambié los zapatos y salí a la puerta de calle a esperar al bibliólogo. Cuarenta y cinco minutos después yo ya estaba fastidiado y dispuesto a entrar para volver a llamarlo.

Se detuvo un taxi frente a casa del que bajo un hombre de aspecto extraño. Alto y delgado. Vestía saco y pantalón que no combinaban, pajarita, zapatos acordonados de suela y lentes de joyero. Bajo la nariz lucía un bigote imperial y en el mentón una barba candado. Se presentó como el licenciado Orestes Giménez Quesada.

Entramos y fuimos directo a la biblioteca. Parecía un campo de batalla. Allí los «signos gráficos» —las letras— se abrían paso como en caminos de hormigas, tal como él lo había predicho.

Sin entrar a la biblioteca el licenciado contempló con la lupa los caracteres en el piso que no se movían.

—*Century Schoolbook, Book Antiqua, Constantia...* Veo que tenemos un variado conjunto de tipografías. Va a dar un poco de trabajo. Por suerte traje todo lo que se va a necesitar —dijo sacudiendo un frasco con la etiqueta «Adobe Garamond Pro, normal, 12» que extrajo del maletín,

Con una pinza levantó del suelo una a minúscula y la examinó:

—A esta pequeñita la vamos a tener que reparar, tiene un remate doblado. Una hora en una solución de entintado y después la ubicamos en su lugar. Le voy a pedir que ponga dos litros de agua a hervir. Cuando levante el hervor, apaga el fuego y vacía el contenido de este paquete en el agua —me tendió un sobrecito de papel proveniente del maletín—. Enfríela un poco y me la trae.

Me dio la espalda y se agachó. Empezó a juntar una por una las letras caídas. Las ponía con delicadeza en

una bandeja plástica que había traído. Se ayudaba con una potente linterna de minero que se había puesto en la cabeza.

Fui a la cocina y puse el agua a hervir. Verónica estaba tomando un té.

—¿Los niños? —pregunté.

—No sé. Deben estar en sus cuartos.

El sobrecito que me dio el licenciado contenía un granulado parecido al azúcar pero de color gris. Cuando entró en contacto con el agua la transformó en un caldo negro y espeso. Puse hielo en la pileta para enfriar el recipiente.

Al volver a la biblioteca el licenciado Giménez Quesada había juntado más de diez bandejas de letras. El reguero de hormigas ya había terminado.

—¡Qué cantidad de k y w había! ¡Y ni una ñ! ¿Sabe? En estas latitudes las k y las w son muy frágiles. En cambio, las ñ se prenden a los libros como garrapatas. Lo mismo pasa con las vocales acentuadas y la u con diéresis.

Con una pipeta cargada con el líquido que le preparé le echó una gota a cada letra a reparar. Dijo que en cuestión de quince minutos el signo gráfico quedaría como nuevo. Después se colocó unas botas de polietileno antiestáticas y se dedicó a recorrer los rincones de la biblioteca en busca de letras perdidas.

Detrás del sofá encontró a Martín desvanecido en el piso.

—¡Qué contrariedad! —dijo—. Venga, pero no pierda la calma.

Me asusté al ver a mi hijo tendido en el piso. El licenciado lo estaba revisando.

Martín tenía la mano derecha cerrada sujetando un puñado de letras. Giménez Quesada le protegió la mano metiéndola en una bolsa.

—Ayúdeme a levantarlo y a recostarlo en el sofá.

El licenciado retiró letra por letra y las fue depositando en una bandeja. Martín tenía en la yema del índice un pinchazo. Giménez Quesada levantó una h que tenía rastros de sangre en una terminación y la midió con un tipómetro.

—Times New Roman itálica de 12: una tipografía que ha caído algo en desuso para la impresión de libros —dijo con gesto preocupado—. ¿Cuántos ejemplares tiene usted en la biblioteca?

—No sé... Unos mil...

—¿Tiene muchos tomos antiguos? Digamos, de antes de usted nacer.

—Unos cuantos. La colección *El Séptimo Círculo* de Borges y Bioy Casares que me legó mi abuelo, los trescientos sesenta y seis ejemplares. Las obras completas de Poe, de Conan Doyle... Maupassant...

—Es posible que su hijo haya sido envenenado. Llame a la emergencia móvil. Me voy a quedar en la biblioteca a identificar el libro.

La ambulancia llegó enseguida. Los médicos confirmaron signos de envenenamiento. Subieron a Martín a una camilla, le pusieron suero y, por precaución, una máscara de oxígeno, a pesar de que respiraba con normalidad. La ambulancia partió con la sirena abierta rumbo a Toxicología. Verónica se fue con él. Yo me quedé a ayudar.

Mientras yo amontonaba los libros nuevos en un rincón, el licenciado analizaba los ejemplares más antiguos. Al final encontró de dónde provenía la h: de las *Obras Completas de Sherlock Holmes* de Arthur Conan Doyle, una edición de lujo en papel de arroz con tapas de cuero de una editorial argentina, impresa en 1945.

Caminando con paso nervioso de un lado a otro de la biblioteca, con el libro abierto en las manos, en un momento leyó en voz alta:

—«... Si el niño resultaba pinchado con una de esas flechas impregnadas con curare...» ¡La hache de la flecha!

Cerró el libro de golpe, me miró y dijo:

—De «El vampiro de Sussex» Puede llamar a Toxicología, identificamos el veneno. (★)

**MI PAPÁ ES  
UN POLLO**

HANK T. COHEN

**Hank T. Cohen** (a.k.a Camilo Ortega) (Bogotá, 1990) ha publicado los libros de relatos *El Pornógrafo* (2019) y *Traumatismo Pancreático* (2022), más la nouvelle hyperpulp *El pornógrafo* (2022). Sus cuentos han aparecido en las antologías *Criaturas Artificiales*, *Cuentos de terror para peluches*, *Cronómetros para el final de los tiempos*, *Quiero la cabeza de Bram Stoker*, *Brecha*, *La 4chan Generation* y *Contaminación futura 1*, además de las revistas *Phoenix*, *Amalgama* y *Ficciorama*. «Mi papá es un pollo» fue publicado originalmente en *Traumatismo Pancreático*, por Editorial Vestigio.

Socks before or after trousers, but never socks before pants, that's the rule. Makes a man look scary — like a chicken.

**Mark Corrigan**, *Peep Show*

Septiembre se estaba acabando, con esas lluvias densas y calientes que quedan pegadas en la piel y en la camiseta hasta que la gente se siente como una ampolla recién estallada, con el cuero mojado y medio despegado. En esa época, Eduardo se escapaba temprano de su trabajo como repartidor de volantes; había sido un mes lento de un año lento, y casi todo lo que él entregaba se quedaba trabado en las gargantas de las canecas metálicas del parque. Ya no se podía convencer a nadie de nada. A veces se sentaba en una silla y se ponía a leer bajo un árbol, ojeando uno de esos libros desencuadrados de dos mil pesos que los recicladores venden sobre tapetes al lado del caño, mercados persas de la basura de otra gente. Cuando se hacía de noche, Eduardo se reunía con algunos amigos para compartir habitación y dormir en el motel al lado del



parque; como no era temporada, les cobraban poco con tal de que dejaran todo limpio.

Eduardo se había largado de la casa de su papá luego de que la mamá los abandonó a ambos. Ya iba casi un año con ese ritmo. Primero intentó vivir solo y pagar una habitación diaria, pero luego de comer mucha mierda, cuando estaba a punto de tragarse su orgullo, rendirse y regresar, apareció Mario, un amigo de la cuadra que también se había volado. De él fue la idea de compartir techo y cama con más gente en un motel; casi siempre les alquilaban el mismo cuarto y, si se llenaba, dormían en el parque, aunque no solía ocurrir. Ya se había vuelto un ritual diario trabajar en lo que saliera y reunirse junto a todos para compartir lo que compraban.

A veces, cuando no le alcanzaba la plata para la comida, Eduardo se metía a la casa para robarse algo y llenar su estómago vacío. Entraba por la cocina, apartando una marquesina rota que nunca habían arreglado —le gustaba pensar que el hueco estaba ahí para que él pudiera regresar de a pocos—; sin embargo, cada vez encontraba menos comida. Pensó que su papá se había cansado de la misteriosa desaparición del mercado, tal vez sospechaba que era él, y esa era su manera de obligarlo a volver del todo, pero no lo culpaba. Después de las primeras incursiones, lo único que veía sin falta, en los espacios entre muebles cubiertos de grasa, eran los No me olvides, huevos duros de dulce con una superficie blanca y brillante, imposible de morder. Comenzó a llevarse de a diez, metiéndoselos en el pantalón y saliendo torpemente por el agujero: le servían para distraer el hambre, y le encantaba chuparlos e imaginar que eran tetas y que la saliva dulce que se tragaba era leche espesa. Se negaba a compartirlos. Pronto

descubrió que todos los que dormían en la habitación tenían un guardado de comida para ellos solos que robaban de sus hogares anteriores, en los que ya no estaban por muchas razones: tenían que ser egoístas para sobrevivir, y esa comida escondida significaba tragarse algo propio, sentir un sabor a hogar. Mario era el único que no tenía nada de su casa, decía que no quería tener recuerdos de esa gente en las tripas.

Eduardo solía pensar en hacer algo por su papá, en llegar con un mercado en bolsas de Surtimax llenas y pedirle que lo perdonara. Se imaginaba que, en el fondo, ambos todavía se querían a pesar de que no podían dejar de gritarse entre ellos y de que varias veces estuvieron a punto de agarrarse a golpes: no lograba borrar la imagen de su viejo con la cabeza hacia adelante y los brazos levantados, listo para cogerse a puños con él. Igual seguía pendiente de su papá y la gente del pueblo le hablaba de él cuando entregaba volantes, no sabía si por ser amables o chismosos. Algunas noches lo seguía y lo veía salir con algunas mujeres: de pronto, pensaba, ese era el modo que el viejo tenía para llevar la tristeza.

Un martes, Eduardo entró a la casa y lo golpeó el olor del agua estancada en el lavaplatos, de la basura rebosando de la caneca, del plato con carne ennegrecida en el microondas, y vio que el piso estaba forrado con cajas de huevos de dulce. Oyó un ruido en el cuarto principal y se acercó por el corredor con cuidado, asomándose por la puerta abierta.

Su papá estaba de pie en un rincón, casi desnudo. Solo lo cubrían algunas partes de un traje de pollo: las patas naranjas le llegaban a la mitad de los muslos; sostenía una mata de plumas largas y negras en medio de las nalgas

apretadas; un pico amarillo e inmenso le cubría la cara, y parches de plumas blancas y grises le tapaban el pecho y el vientre. Caminaba por todo el cuarto con la mirada perdida, de vez en cuando se agachaba y picoteaba el suelo de cemento.

Doña Gladys, la señora del supermercado de la esquina, estaba desnuda y acostada boca arriba en medio de la cama, ahora cubierta de huevos de dulce. Tenía las uñas de las manos y de los pies pintadas de un rosado fuerte con florecitas blancas; mantenía las piernas abiertas de lado a lado y, en medio, se le marcaban los labios de la vagina casi escondidos en medio de pliegues de piel, como el ojo ciego de una cerradura. Eduardo no supo qué hacer, así que se quedó mirando mientras la mujer agarraba un huevo con su mano derecha y se lo metía entero a la boca con mucha más habilidad y, definitivamente, más sensualidad que él. Su lengua movió el huevo de un lado a otro hasta que se le escapó el eco del dulce duro al chocar contra sus dientes e hilos de saliva resbalaron por las comisuras de los labios. Las mejillas se le inflaban como una ardilla haciendo garganta profunda. Doña Gladys se metió los dedos en la boca y sacó el huevo de un golpe: brillaba, estaba mojado, y a los lados tenía un par de gotas espesas de saliva que ella lamió con cuidado. Se puso en cuclillas sobre la cama, buscó y separó los labios de su vagina con la mano izquierda y, con la otra, se metió el huevo suavemente. Los músculos de la pelvis se contrajeron por instinto y los vellos púbicos se movieron como si fueran las antenas de una colonia de hormigas. No pasó mucho tiempo antes de que el huevo no pudiera avanzar más: los labios de la vagina luchaban contra la superficie al tiempo que sonaba un ruido húmedo de succión por los fluidos genitales y la

saliva, una queja por tener que tragar objetos tan grandes. Después de un rato que pareció un sueño largo, el huevo entró por completo en Doña Gladys y su vagina se cerró. Acostada en horizontal como estaba, se podía adivinar el relieve del huevo a través de la piel distendida.

Eduardo vio desde la puerta cómo la mujer se acurrucaba y, moviéndose de un lado a otro, usaba los pies para arreglar un nido con las sábanas y luego sentarse en medio. El Pollo se subió a la cama; tenía el pene duro, se asomaba entre las plumas, en medio de las patas. Luego de acercarse al nido recién armado, caminó alrededor y picoteó el cuerpo de Doña Gladys un par de veces. Se puso detrás de ella y la montó, estirando el cuello y penetrándola mientras movía los brazos de arriba abajo y el aire se llenaba de plumas sueltas. Aleteaba sin control, empujaba con fuerza y sin soltar la cola larga entre sus nalgas. Luego abrió el pico, mordió la nuca de ella y le empujó la cabeza hasta dejarla sobre la cama. El Pollo movió la pelvis suavemente durante unos minutos hasta que su cuerpo tembló, soltó un cacareo débil y eyaculó.

El papá de Eduardo se bajó de la cama y caminó por el cuarto con la cara agachada, picando por ahí y frotando los pies en el piso como si fuera de tierra y buscara algo. Doña Gladys se levantó apenas un poco sobre el nido y, con las piernas flexionadas, hizo un ruido agudo y respiró con fuerza, pujando. Su vagina se expandió y luego se cerró, movía los labios como si hablara, sacaba el semen y, luego, la punta del huevo húmedo. Sus gruñidos aumentaron de intensidad mientras, sonrojada, apretaba el vientre, los muslos y hasta los dedos de los pies: finalmente, el huevo salió hasta la mitad y se quedó ahí un rato. Ella ahora respiraba de manera pausada, con los labios de la vagina

estirados y pegados a la superficie del huevo. Con un último ruido, un hijo ilegítimo entre un aullido y un gemido, el huevo dulce salió del todo y cayó sobre las sábanas. Se secó casi de inmediato, volviéndose opaco.

Eduardo se alejó hasta apoyar la espalda contra la pared del pasillo: no podía respirar bien, las manos le temblaban como si se hubiera tragado un vibrador. Bajó la mirada; sentía vértigo, estaba desorientado. Cuando volvió a levantarla, su papá estaba en la puerta del cuarto, mirándolo por encima del pico. Eduardo quiso gritarle, pedirle una explicación, pero no le salieron las palabras. Vio que el viejo se acercaba unos pasos hacia él e intentaba hablar, pero de la garganta solo le salió el comienzo de un cacareo.

Eduardo corrió hacia la puerta, la abrió de un golpe y se fue calle abajo.

\*

Los días siguientes Eduardo se enfocó en el trabajo: luego de despertarse y salir apresurado del motel antes de que sus amigos le preguntaran por qué estaba tan distante, y trabajaba repartiendo volantes un Todo a mil donde no paraba de sonar música carrilera que le infectaba la cabeza y le ayudaba a no pensar. Luego de intentar hablar con él y fallar un par de días, Mario decidió acompañarlo en el trabajo, compartiéndole guaro que había robado de alguna tienda y contando chismes de la gente con la que dormían en el motel: no eran un grupo tan grande y algunos pocos entraban y salían, pero la mayoría ya era como una familia. Eduardo fue al parque un par de veces para leer, pero no logró concentrarse: miraba durante horas las mismas

tres líneas de una página sin saber lo que decían. No se atrevía a acercarse a la cuadra de la casa, e intentaba evitar los lugares por donde siempre caminaba su papá. Eso no evitó, sin embargo, que se encontrara a Doña Gladys un sábado por la tarde: los dos caminaban por la misma acera, pero apenas ella notó su presencia cruzó al otro lado de inmediato, simuló que no lo había visto y se perdió entre la gente.

\*

El viernes siguiente, mientras Eduardo veía el parque por la ventana del motel, escuchó a Mario soltar un grito de asombro y señalar la pantalla de su celular, mostrándole un video en YouTube a los tipos con los que estaba compartiendo el piso. Al principio Eduardo no les puso mucha atención, pero luego escuchó un cacareo que se le hizo demasiado conocido y, al acercarse para ver lo que pasaba, quedó frío al reconocer a su papá.

En el video aparecía don Luis, el dueño del Surtiaves —el asadero más viejo de Tuluá—, mientras cerraba la reja del restaurante por la noche. Tenía tres sucursales en el pueblo: esa, una al lado del parque, por la que Eduardo y sus amigos a veces pasaban para robar sobrantes de comida, y otra por el paradero de los camiones. El viejo siempre trabajaba en una distinta cada día para mantenerse activo.

Mientras don Luis caminaba por la calle, apareció un pollo gigante frente a él. El viejo se sorprendía e intentaba alejarse, pero recibía de inmediato un picotazo en el ojo izquierdo. Tambaleaba hacia atrás y balbuceaba algo que no se escuchaba en el video; levantaba las manos frente a su cara, como intentando defenderse. El Pollo abría las alas

y, con una agilidad sobrenatural para una persona, pero lógica para un ave, le daba una patada en el estómago a don Luis. Repetía el movimiento varias veces, apoyándose contra la pared del lado para no caerse, hasta dejar al viejo boca abajo en el piso de cemento.

Don Luis intentaba levantarse sin éxito y luego solo miraba fijamente al Pollo, abriendo la boca para gritar o para rogar. El plano de la cámara no permitía ver la respuesta del ave, pero esta a continuación ponía la pata derecha inmensa, anaranjada y algo torcida, sobre la cabeza del viejo. En medio del forcejeo en que don Luis apoyaba las palmas peladas contra el andén, el Pollo acomodaba bien la pata y, con apenas dos movimientos, hacía que don Luis abriera la boca y se rasgara los labios contra el cemento, dejando un pegote de sangre detrás. El ave luego saltaba sobre la cabeza del viejo, que golpeaba el piso con la boca a medio abrir. Los dientes se reventaban con un crujido húmedo que se escuchaba hasta en el celular a bajo volumen y el cuerpo golpeado se movía en un espasmo, como si los nervios de las encías se hubieran restregado contra el cemento. El Pollo se acomodaba una última vez detrás del viejo y, con un ala, lo levantaba del cuello. En el piso brillaban charcos de sangre acumulada, encías y pedazos de dientes; eran como un montón de piedras erosionadas por un río de agua sucia. 81

Don Luis movía las manos de un lado a otro, como si nadara, recibía un par de patadas en el estómago y en la cara llena de mugre. Su nariz había quedado destrozada con la carne y el hueso abiertos hacia los lados, como si hubieran florecido alrededor de un hueco más o menos triangular del que escapaban gruesas burbujas de moco, sangre y polvo de hueso.

El video cerraba con el Pollo soltando un cacareo demasiado conocido para Eduardo, un sonido que le hizo pensar de inmediato en huevos dulces, y en el olor a agua estancada y a basura de la cocina de su casa.

\*

En una entrevista de radio en Los Siete de Tuluá FM, la familia de don Luis dijo que había sido remitido a Palmira porque su caso era demasiado delicado. Los empleados del Surtiaves no hablaban del asunto, pero el chisme era que las costillas del viejito le habían perforado los pulmones y ahora tenía que respirar por una máquina. Ya no tenía nariz, tenía la tráquea rota, su boca parecía carne molida y los pedazos de dientes que le quedaron le cortaban las encías y las mejillas; tendrían que quitárselos pronto, pero la operación estaba demorada porque la EPS consideraba que era una operación estética.

Así comenzó la leyenda urbana del Pollo; todos creían que era de un pueblo cercano, pues a nadie se le ocurría que alguien de Tuluá le hubiera hecho eso a don Luis. Cada día que pasaba había un nuevo avistamiento: repartidores a los que les robaban la bicicleta y que eran golpeados salvajemente por andar llevando bolsas de pechugas; una vendedora de Molipollo que recibió una puñalada en el brazo con el hueso de una pata; salsamentarias que se negaban a abrir hasta recibir seguridad privada; el panadero del pueblo que fue obligado a tragarse media docena de huevos enteros con cartón y todo.

Nadie estaba a salvo.



\*

Una semana después de que se registraran los primeros ataques, la gente del pueblo organizó una marcha que comenzaba en el Surtiaves del parque a las diez de la mañana, en parte para darle ánimos a don Luis desde lejos, en parte por indignación. Los asistentes corearon frases de apoyo entre lágrimas mientras andaban por los caminos de piedra colonial. Todos querían y admiraban al viejo: vendía millones en pollos, y con esa plata no solo ayudaba a mantener el pueblo bonito, sino que pagaba casi todo lo que se necesitaba para las ferias y fiestas de mitad de año. Se había lanzado de alcalde hacía años, pero se retiró de las votaciones porque prefirió seguir dedicado de lleno a sus restaurantes.

La noche después de la manifestación, mientras Eduardo se desnudaba con otras seis personas en el motel que daba al parque, se oyeron varios estallidos y una lluvia de vidrios rotos. Eduardo, Mario y varios tipos en bóxers se pelearon para sacar la cabeza por la ventana diminuta del cuarto, hasta que el primero los movió casi a golpes y pudo ver al Pollo a lo lejos, lanzando al Surtiaves cocteles molotov hechos con botellas de guaro. Los estallidos sonaban como Quipitos mientras el fuego se comía la fachada y las mesas de adentro. La gente salía de las casas, gritaba y señalaba al Pollo.

La mayoría de los que estaban en el cuarto se vistieron a medias y salieron, pisando a los tres o cuatro que seguían dormidos a pesar del ruido, y lanzándose escaleras abajo hasta salir a la calle. La gente no paraba de llegar al asadero; algunos intentaban apagar el fuego y otros, con palos y

ollas 83 en la mano, rodeaban al Pollo y le gritaban. Para Eduardo era imposible no darse cuenta de que, aún bajo un pico gigante y plumas que parecían salirle de la misma piel, ese hombre que inclinaba la cabeza hacia adelante y levantaba las alas seguía siendo su papá, desafiando a las personas que lo rodeaban. Cuando la gente empezó a cerrar el círculo sobre él, el Pollo se lanzó hacia un tipo, lo tiró al piso y salió corriendo a la velocidad de un pique de pollo, imposible de alcanzar. Desapareció calle abajo mientras se oía la sirena de los bomberos retumbar en el parque.

Con el tiempo, y luego de muchas peleas, Eduardo había aprendido que su papá siempre terminaba en el mismo sitio cuando quería escaparse por un rato. Por eso decidió adelantarse y salir del pueblo, tomando una carretera desierta de madrugada. Caminó durante varias horas, echándole dedo a las flotas que iban carretera abajo, hasta encontrar una en la que lo dejaron subir gratis.

Ya había amanecido cuando se bajó del bus frente a una tienda de techo de zinc con paredes metálicas que tenían letreros de Fanta medio borrados por el óxido y ropa colgada entre las mesas. Su papá estaba sentado al fondo, junto a una grabadora, con una camiseta esqueleto, pantaloneta y chanclas; tenía las uñas manchadas de sangre seca. No había señales del traje de pollo.

Eduardo pidió una cerveza y se sentó a su lado: le puso la mano en el hombro y sintió varias plumas que le salían directamente de la piel. El cuello le colgaba en una papada enrojecida, tenía los labios rotos y, en medio de ellos, se veía una punta de hueso amarillo.

Después de unos minutos, Eduardo decidió preguntar.

—¿A usted qué le pasa? —dijo, mientras los dos veían a la señora de la tienda organizar unas botellas de cerveza.

—Su mamá me preguntaba lo mismo todo el tiempo. ¿Sabe lo difícil que es pedirle a alguien que le picotee el pene y le diga que no?

—¿Por qué hizo todas esas cosas?

—Vea mijo, usted está ya muy viejo para andarse metiendo donde nadie lo ha llamado. Estoy pasando por mucha mierda como para tener que aguantármelo a usted.

—Papá, yo sé que no estamos bien, pero no quiero que me lo quiten, no quiero que a usted le pase algo.

—Ustedes me dejaron solo. Eduardo, usted ni siquiera sabía lo que me pasaba, y ahora lo veo con esa gente en la calle, que seguro le importan más que su papá. Su mamá era igual, medio no le gustó algo y se fue.

Eduardo vio que los brazos de su papá estaban muy delgados, con la piel pegada a los huesos como vinipel mal adherido a una caja. Sus manos se veían largas y flacas, con los dedos alargados y las uñas negras y afiladas; era como si no hubiera comido en semanas.

—Vea, déjeme ayudarlo; no sé qué más hacer.

Los dos se quedaron viendo un rato a la señora que estaba al borde de la carretera mientras una olla botaba humo en la cocina, hecha de tablas y piedras. De pronto la

música de la grabadora paró y, en un avance de noticias, dijeron que don Luis había muerto hacía unas horas en un hospital de Palmira. La señora que antes estaba cocinando se acercó a ellos. Lloraba. Apagó el radio y les pidió el favor de que se fueran.

Salieron de la tienda y, como no vieron ningún tipo de transporte, les tocó caminar varias horas seguidas. En el 85 trayecto Eduardo intentó hablarle a su papá, hacerle más preguntas, pero él no dijo nada, sólo cacareaba suavemente. Era como lo castigara por no haberlo acompañado durante los últimos meses. Llegaron al pueblo pasadas las once de la mañana: las banderas en la alcaldía estaban a media asta y la poca gente en la plaza, que ahora usaba negro de pies a cabeza, no levantaba la mirada.

Cuando llegaron a la casa, el papá de Eduardo abrió la puerta y se quedó en la entrada; arrastró los pies hacia atrás varias veces, como si excavara en el piso de cemento. Le dijo al hijo que organizara la sala y que ni se le ocurriera botar los huevos. Luego se metió a su habitación.

Eduardo se puso guantes de caucho, recogió todos los No me olvides y, cuando fue a buscar algún lugar para guardarlos, abrió la puerta de su cuarto y lo encontró tal y como lo había dejado. Su papá no había botado nada.

Lavó la cocina lo mejor que pudo y le quitó el polvo a la sala. En la madrugada, cuando ya estaba por acabar, oyó un grito agudo de su papá. Fue al cuarto y lo vio de pie: miraba al vacío, con las uñas de los pies y las manos largas como garras. La herida de su boca había crecido, las puntas de hueso ahora le salían como un par de tijeras de asadero.

Eduardo se quedó paralizado, sin saber si debía ayudarlo o irse. La boca de su papá seguía abierta, el grito no paraba; era profundo y parecía lleno de dolor,

aunque luego se volvió un gemido de placer fracturado en pausas cada vez más pequeñas, y finalmente estalló en ruidos agudos y súbitos como golpes: era el cambio de voz acelerado de una pubertad mutante. El buche del Pollo se infló con una vibración continua que hacía expandir la piel hasta dejarla casi transparente y dejaba ver el espacio oscuro de su garganta. Tardó algo en entenderlo, pero poco a poco comprendió que el sonido era un canto de pollo que retumbaba en las paredes con un eco que hacía temblar los tímpanos. Eduardo temió que alguien lo escuchara, que descubrieran al pollo gigante que había en su casa, pero nadie golpeó la puerta ni pasó nada más. Su papá se calló poco después.

\*

Los días siguientes Eduardo estuvo en casa cuidando a su papá. Él no comía mucho, apenas picoteaba sin ganas algo de pan y carne; a diario escarbaba en el piso. Se quedaba con la mirada fija en su hijo mientras él veía televisión o leía. Cacareaba seguido y hablaba poco, apenas para pedir que le trajera una cosa o que limpiara algo. Cuando se le acabaron los mínimos ahorros que tenía, Eduardo fue donde uno de sus compañeros del trabajo —al que no había vuelto en varios días— y le pidió una plata que le debía; le alcanzó para comprar un mercado básico de Surtimax, junto con varias libras de maíz que su papá devoró el mismo día. Era como cuidar a una mascota o a un bebé: Eduardo tenía que estar pendiente de hacia dónde caminaba y qué era lo que picoteaba todo el tiempo, pero seguía siendo su

papá. El cacareo tenía el mismo tono de su voz, y sus pasos al explorar la casa llevaban esa seguridad que era conocida por la gente del pueblo.

\*

A pesar de que Eduardo sentía como si su papá hubiera ganado, como si finalmente lo hubiera hecho regresar y le hubiera acabado la rebelión, no quería irse. Tal vez era la resignación o sentirse nuevamente necesitado, pero ya había pasado una semana después de la muerte de don Luis —las banderas seguían a media asta en la plaza del pueblo, y todos los empleados atendían en atuendo totalmente negro para honrar al difunto—. Las Surtidoras de aves no habían cerrado, porque así el viejo lo hubiera querido, aunque se notaba la tristeza en la falta de sabor del pollo asado, en las papas que parecían saladas con lágrimas y en el plátano, que ahora lo cobraban aparte.

A veces Eduardo salía a dar una vuelta por el agotamiento que sentía de cuidar a un hombre pollo. Se encontró un par de veces con Mario, compartieron guaro, pero cuando su amigo lo invitaba a ir al motel, él se inventaba cualquier excusa y se iba de inmediato a la casa. Los tipos con los que había vivido imaginaron que había vuelto con su papá e incluso fueron a preguntarle una vez: Eduardo contestó, con la puerta cerrada, que su viejo estaba un poco indispuerto y que le había pedido que lo cuidara. No le creyeron, y molestos porque alguien más del grupo se había ido hace unos días y ahora estaban descuadrados con la plata del motel, no preguntaron nada más y se fueron.

La gente seguía aterrada del Pollo, tenían miedo de encontrárselo. La única que parecía inmune a ese temor era doña Gladys, que llegó un día a la puerta de la casa con varias bolsas llenas de comida y toda la intención de arreglar el desorden. Eduardo le dio las gracias porque ya se le había acabado la poca plata que había conseguido, pero no la dejó pasar; le dijo que su papá la vería tan pronto como pudiera. Antes de irse y botar la puerta, la mujer dijo que no le tenía miedo a lo que estaba ocurriendo, que sabía más de eso que el mismo Eduardo. Al salir, él pensó en las otras mujeres con las que había visto salir a su papá. ¿También sabrían acerca del Pollo? ¿También habrían puesto sus huevos o le habrían picoteado el pene?

Un jueves en la mañana se oyó un ruido de platos rotos en la cocina y Eduardo tuvo que calmar a su papá, que levantó las alas y empezó a mover la cabeza para todos lados. Lo encerró en el cuarto y, para cuando entró en la cocina, Mario ya se había sentado en la silla al lado del comedor y 88 chupaba un No me olvides que había encontrado detrás del microondas. Se había metido por la marquesina. Le dijo que todos habían visto lo que ocurría en la casa; ahora sabían que estaba casi sola y querían vivir allí. Él era el mensajero, luego llegarían los otros. Eduardo, asustado, le dijo que no se podía; estaba incluso dispuesto a ayudar con algo para lo del motel, pero no podían entrar a la casa.

No sirvió. Mario caminó hasta la sala, buscó comida entre las bolsas de mercado en el piso y puso el televisor a todo volumen. Mientras Eduardo intentaba limpiar las huellas de garras en la madera, Mario le dijo que se calmara, que apenas iban a ser unos días: sólo querían sentir que él estaba igual de comprometido con ellos que ellos con

él; al fin de cuentas habían pasado momentos bonitos en el motel, le dijo con una sonrisa. Eduardo lo dejó viendo televisión mientras intentaba tapar la marquesina de la cocina.

Se oyó el canto del Pollo y un grito de pánico.

Eduardo fue hacia allá y vio al Pollo —ahora mucho más pájaro que hombre, con el plumaje cubriéndole casi todo el estómago y una cresta roja, una protuberancia gigante que le cubría desde la nariz hasta la nuca—, sobre Mario. Tenía el pico abierto y las alas levantadas, movía la cabeza rápido hacia adelante y picoteaba a Mario, que intentaba taparse la cara con las manos. Eduardo le gritó a su papá que parara, pero él bajó una vez más el cuerpo y mordió al amigo de su hijo en la parte alta de la cabeza con tanta fuerza que el cráneo se rompió por la presión y quedó atascado, como un dedo entre un par de alicates.

Luego haló, apoyándose con las patas en el piso y echando el cuerpo hacia atrás: varios chorros de sangre salieron de la cabeza de Mario y le mancharon la camiseta. El Pollo miró a Eduardo fijamente mientras halaba: la piel del cuello se rompió junto con el músculo, varias vértebras se reventaron 89 y, con un sonido como el del motor de una podadora al arrancar, la cabeza se separó del cuerpo, con un pedazo de la columna vertebral colgando del cuello. El Pollo masticó la carne y el hueso por un rato, mientras se le hacía un bulto en el buche. Luego botó a un lado la cabeza a medio comer, picoteó un poco el cadáver y se acurrucó en una esquina.

Eduardo salió de la sala y fue hacia la puerta que daba hacia la calle, preguntándose qué hacer con el cadáver. Su papá se quedó mirándolo. Luego de un rato, puso la mano en la chapa y echó doble llave. Movié el microondas hasta



tapar la marquesina, recogió la comida que estaba en el piso y la organizó en la cocina; iba a tener que llamar pronto a la señora Gladys, seguro ella y el Pollo se extrañaban. Se acercó a su papá ensangrentado y le acarició el cuello cubierto de plumas. El Pollo cantó, pero más suave, como si no quisiera que nadie lo escuchara. ⊛

# **LOS SAPOS INVISIBLES**

MARCELO DAMONTE

**Marcelo Damonte** (Montevideo, Uruguay, 1967) es Licenciado en Letras y Master en Ciencias Humanas por la Facultad de Ciencias de la Educación (UdelaR). Ha publicado las novelas *Bosque de aliens* (2014) y *Bifrost* (2017), además del ensayo *Tarik Carson. Una teoría de la amenaza* (2019) y el compilado de cuentos *Los sapos invisibles* (2021). Ha coeditado y editado los volúmenes *Configuraciones del desvío. Estudios sobre lo fantástico en la literatura latinoamericana* (2017) y *El agua, la selva y el laberinto. Ámbitos de infracción* (2018), y publicado cuentos en antologías y revistas como *Ruido Blanco* y *Lento*. Coordina el Proyecto y revista *Tenso Diagonal* y el Grupo de Estudios Narrativas de lo Mutante (Florida-Uruguay).

El idiota era solo un animal, un ser inferior, que no podía vivir entre los hombres. Pero casi siempre era un animal que huía de los hombres.

**Theodore Sturgeon**

A un androide no le importa lo que le suceda a otro androide.

**Philip K. Dick**

El experimento con radioactividad desintegró a los sapos, desapareciéndolos del universo conocido, detrás de una pequeña nebulosa verde que quedó flotando en un territorio extraño, al mismo tiempo conocido y ajeno. Cada uno de los sapos supo (en su mente de sapo) que algo se le había perdido, había quedado atrás, del otro lado, aunque no supiera qué. No sabían a dónde diablos habían ido a parar, y pese a todo sonreían con la boca larga, los ojos anchos, el pene erecto. Era la mariposa, podían olerla. Aquella zona no se parecía en nada al mundo donde vivían. ¡Por todos los sapos! ¿Quién podía eludir aquel efluvio? El olor dulce de la mariposa recién salida ¿del capullo?, ¿de la flor?, los reclamaba con una fuerza irresistible, inusitada, sexual, excitante. Era obvio que el aparato sensitivo y emocional de los sapos no había desaparecido con la intervención

radioactiva; ellos se mostraban inquietos, motivados, contentos. La filosofía siempre va a depender de la ley natural, del topo y de la enredadera. De alguna manera, esa era, al fin y al cabo, la idea que pululaba en la mente de los sapos en ese momento. La mariposa estaba cerca, realizando su danza afrodisíaca, tan apetecible y fortuita. En el planeta paralelo al que habían ido a parar los sapos, la mayoría de ellos había decidido seguirla.

(Porque la noche es noche, juro que la voy a seguir hasta el infierno), vibró Poe, el sapo con el tatuaje con forma de cuervo en una de sus ancas.

(Voy contigo), vibró Swift, a su vez, con los ojos entornados por el placer que le producía aquella presencia olorosa en todo el cuerpo, el reino distante, fascinante, de aquella mariposa.

(Yo moriré después que ustedes dos, así que espérenme en su infierno), vibró Sandokán, el sapo con la mancha negra en el ojo que estaba a la izquierda, sintiendo el bálsamo, mientras seguía con la mirada a aquella sombra embriagadora que revoloteaba allá arriba, sobre su cabeza.

(Porque la noche es noche), vibraron varios, discreta, pero conclusivamente.

El olor de la mariposa es una fragancia especial en el mundo de los sapos; es la exhalación de un cuerpo sagrado que guía hacia un lugar más profundo, alejado de la vida aburrida de la comunidad, una suerte de magia. El oído interno del sapo capta primero su aleteo breve, luego su canto que consiste en pequeños gritos de excitación sexual, un llamado capaz de sublevar todo criterio, inevitablemente. Esto la mariposa no lo sabe exactamente. No ve y no oye bien. Por instinto, siempre teme a sus depredadores inmediatos, y por costumbre

boicotea su huella con minúsculos vestigios, rastros casi invisibles, trazas muy sutiles, que va dejando como prendas a su paso para desviarlos y perderlos. Es el rastro que persiguen los sapos, como a un dios. Las dos bolitas de lágrima azul bajaron por la espirotrompa, mezclándose con la saliva perfumada y cayeron cerca de los sapos, que permanecieron rígidos y expectantes en sus lugares, atentos a la más mínima variable, en aquel universo que dominaba la presencia indisoluble de la mariposa. En el universo paralelo de los sapos solo se reconocían dos cosas: la mariposa y sus desprendimientos. Un strip tease. La pista falsa en la filosofía del laberinto es una de las estrategias defensivas de la mariposa que no funciona igual en el mundo de los sapos, ellos no la reconocen. Al fin y al cabo, ella no sabe, no adivina que su olor puede más que cualquier cosa para esos sapos.

La mariposa se suspende un instante en el aire y decide descansar en un repliegue del paisaje. De su trompa resbalan dos nuevas bolitas de lágrima azul. Ella no cree. Como el minotauro, no reconoce la esencia última de su propia existencia, y no puede decidir entre alejarlos o devorarlos.

Como en los cuentos, hay hadas buenas y hadas perversas.

Los cuentos de hadas son una fantasía alienante, Germán, no se deje despistar por la loca teoría de la doctora Roy, que además, permita que le diga, está hablando de otra cosa.

Eso no se lo permito, se pone usted vulgar, no se pase de la raya, doctor Maurizio. ¿Me cree, en efecto, tan pueril? Puedo comprender y separar los términos científicamente, que no le quepan dudas.

La videoconferencia de interciencias realizada en Tokio, finalizada hacía menos de una hora, había originado la polémica y exaltado bastante los ánimos en la sala virtual; al punto de que tres de los participantes más notables, doctores científicos universitarios, habían quedado enzarzados en un debate prácticamente sin salida por un canal privado. Los dos neurólogos alemanes y el viejo mitólogo irlandés, Germán Kelly, discutían con bastante virulencia la cuestión ética de prohibir los cuentos de hadas a los niños de las próximas generaciones, considerando su influencia como residuo negativo permanente en las sociedades. Los extraños cimientos de esta vaga hipótesis tenían su base en los escritos de la doctora Mica Roy y su teoría de los espectros sin formato, los residuos de hologramas, en tanto esencias corporales que podrían convivir con el universo humano. Ella había puesto el ejemplo de la creencia irlandesa ancestral en el mundo mágico de las hadas, eso había llevado a límites increíbles el debate científico en las redes específicas, una vez finalizada la videoconferencia. Los libros de la doctora Roy venían invadiendo los sitios de venta de todo el mundo, las revistas de ciencia hablaban de eso, los canales especializados y las radios captaban la mayoría de las opiniones profesionales, científicas y no tanto, que crecían exponencialmente, a medida que pasaba el tiempo.

En el fondo se trata de los niños, Germán. Los niños ya son monstruos por sí mismos, sin que sus padres les pongan dientes de vampiro en la boca o máscaras de goma con cabeza de alien en los cumpleaños. Ellos no le temen a las cosas que viven debajo de las camas de los adultos por las noches. Los cuentos de hadas son perversos

porque intoxican el aire que respiran nuestras criaturas y los hacen hervir de terror, su podredumbre los alimenta, y eso les gusta. Lo mismo sucede con esa ilusión de los mundos paralelos, con el universo de los fantasmas; en clave de desdoblamiento; eso se lo debemos a las teorías atomísticas, y luego a los epicúreos, piénsenlo bien, aunque el tiempo y el espacio se vean desde una teoría semejante, cabe la posibilidad de que esa doblez exista en una sola fase alternativa, en un solo plano, por decirlo de alguna forma, en un espacio-tiempo singular y plano.

¿Sobre el lomo de una tortuga? O sea que para usted la clave de las lágrimas infantiles podría explicarse a partir de una lectura que relaciona las teorías atomísticas con la noción que involucra a la mónada y al terraplanismo, ¿es eso doctor Maurizio? ¿No le parece un poco delirante?

Doctor Chamsi, qué gusto escucharlo, por un momento pensé que nos había abandonado. Permítame decirle que suena usted muy perspicaz, sin ofender se lo digo, con absoluta honestidad, me alegro de que haya abandonado su rincón mudo para sumarse a esta bendita discusión. Bienvenido sea, hablo en serio.

Le creo, todos somos serios, aquí; pero dígame, doctor Maurizio, según su opinión, ¿qué son las lágrimas?

¿Las lágrimas?

Exactamente.

Bueno, me toma usted algo desprevenido, no esperaba la pregunta, la verdad sea dicha, doctor Chamsi, y no parece una pregunta simple, imagino, veo que asoma el sombrero puntiagudo detrás.

No hay brujas aquí, en todo caso hadas, pero créame que no es así. Usted imagina el sombrero de puntas, se lo



aseguro. La simplicidad es una de las claves del éxito, doctor Maurizio, créame que lo he comprobado. A propósito, aún no contesta mi pregunta.

La pregunta claro, aunque no quisiera arriesgar una definición biológica, en términos de precisión, entiendo que la sencillez que usted propone no apunta a la mera descripción. En todo caso, supongo que podría decirle que son las gotas de carácter salino que surgen de los lacrimales que están en el interior del ojo humano y sirven a la depuración, humectación y sanidad del órgano visual. ¿Me hago entender?

Perfectamente, doctor Maurizio, lo ha descrito usted de manera excelente, muy sencilla y eficaz, dejando aparte el tema de lo afectivo y emocional. Por otra parte, siempre en el ámbito de la ciencia, pienso que también estaremos de acuerdo en que un porcentaje considerable de la lágrima se evapora en el aire, una vez que resbala fuera del ojo, ¿está de acuerdo con esto? Eso es ciencia.

Claro que sí, ¿cómo podría no coincidir con eso?, me parece básico. Incluso le diré que el contenido salino de la lágrima es el que provoca la evaporación. La sal actuando como un artefacto. Y eso también es ciencia. ¿Está usted de acuerdo, también, con lo que estamos diciendo, estimado Kelly?

Le agradezco que lo pregunte. Lo cierto es que no me animaría a discrepar ni a aseverar algo, y menos aún conferirle un carácter irrevocable. Por lo demás, asumo que me faltan conocimientos de biología y anatómicos suficientes, creo que sería un atrevimiento de mi parte intervenir en tema tan agudo, ironizó Germán Kelly, oliendo la trampa a distancia. Lo que sí puedo decirles es

que las lágrimas que provienen de la emoción no pueden ser las mismas que sirven para limpiar los ojos o humedecerlos para proteger la córnea, filosóficamente hablando.

¿Filosóficamente?

Lo único que puedo decirles es que yo era casi un crío y vi con mis propios ojos a los hermanos McLean de la calle Falls lagrimear como niños sin bozo, mientras el viejo tuerto Monaghan relataba la historia siniestra de las hadas asesinas del bosque de Glen. Los pobres diablos habían llegado a calentarse junto al fuego en el tanque que estaba al final de la calle, aún no se me pierden los detalles. Los Mc Lean eran tipos rudos, ex marinos acostumbrados a la vida dura del mar, los ciclones, las penurias y la fe indisciplinada de la leyenda. El viejo Monaghan carraspeaba y farfullaba, escupiendo, babeándose, agotado por la intrepidez y la intensidad de su propio relato. Una espesa niebla, cargada de horrores, empezó poco a poco a corromper el alma, el espíritu, de los hermanos McLean, y asimismo de la mayoría de los mendigos que se habían reunido al calor del fuego de aquel tanque para escuchar la historia del tuerto Monaghan. Muchos lloraron en esa oportunidad, junto con los McLean. Las lágrimas de afecto también dejan huellas en la piel, doctor Chamsi; y no subestime usted a la filosofía, doctor Maurizio, no desprecie su valor.

Mi estimadísimo doctor Kelly, querido Chamsi, vayamos a cosas menos abstractas. Olvidan ustedes que la mismísima doctora Roy explicó que las investigaciones en torno al material orgánico que realizaba aún estaban en un período de observación inicial, y que no era prudente aventurarse a comparar u homologar su ensayo sobre la materialidad residual con la de los espectros de holograma, que son otro tipo de energía acumulada.

¡Por favor, doctor Maurizio! Aunque estemos jugando, incluso el más ortodoxo de los torpes sabe que a los cuentos de hadas, los seres de hueso y músculo, les debemos mucho más que la mera diversión, el mito, la leyenda o el temblor que eriza la piel del espinazo. Sin ellos, no cederíamos nuestras almas al universo o a los dioses al despedirnos de la carne en casi todas las culturas y las religiones. Los cuentos de hadas provocan emociones que traspasan los límites de la piel y hacen mella en la mente y en los órganos, transformándose en átomos, en moléculas, en excipiente tenebroso que busca las profundidades físicas del espíritu del hombre, moviéndose corpuscularmente en el aire que respiramos, como gotas evaporándose, o sea como las lágrimas. Es menester recordar que, según las últimas noticias de la ciencia, el alma rige todo lo demás desde un satélite conectado en algún sitio ignoto del cuerpo humano. Las almas redivivas se parecen a esa sal que queda acumulada en la superficie del ojo cuando se seca la lágrima, conducen algún tipo de electricidad que podría alentar el movimiento espectral. Yo creo en los fantasmas, por supuesto, y creo, definitivamente, que ustedes también deberían hacerlo.

Usted ha empezado a enloquecer, señor Kelly, en serio, no se lo tome tan a pecha; la verdad es que e no sé qué contestarle, tengo límites en ese sentido.

Nosotros tenemos un espíritu, un alma. ¿Desconfía también de eso, doctor Maurizio?

Querido Germán, creo que estoy de acuerdo con usted y con Chamsi en que los cuentos de hadas son un vector asociado a esa teoría de la doctora Roy sobre los espectros tangibles; me parece que sí son importantes, y por lo tanto necesarios para reconocer nuestros universo vecinos,

ciertamente; pero no podrán convencerme, los cuentos de hadas no son buenos, al menos desde el lugar que yo los veo, que tal vez sea un poco más pragmático que el de ustedes, es posible, soy capaz de reconocerlo. De cualquier manera, me parece que hay que desanimar esta lectura, y mucho menos deben formar parte de la oferta educativa en las escuelas, sobre todo. Los niños son los individuos más vulnerables, más influenciables, y no necesitan la toxicidad de esa atmósfera ominosa que vibra entre las sombras. Queridos colegas, esa literatura no reconforta, es un pozo sucio, y no sirve para nada bajar hasta allí. En ese lugar no hay nada que ver ni recoger.

No lo puedo creer, doctor Maurizio. ¿Está sugiriendo usted censurar los cuentos de hadas?

Selo ruego, no se deje confundir, Germán, ya conocemos las malas artes del doctor Chamsi cuando algo no resulta de su agrado; siempre busca la reconversión, la trampa, la conveniente metamorfosis que ponga la basura en el patio del vecino. Lo lleva en la sangre, él no lo dice, pero tiene a su faquir escondido en el cuerpo. En el fondo, el doctor Chamsi es un encantador de serpientes. Lo que quiero decir, doctores, es que sus príncipes pueden convertirse en sapos, hablando en el lenguaje mágico de los cuentos.

A otro perro con ese hueso, doctor Maurizio; usted está manipulándolo todo. Deje de intentar convencer al doctor Kelly y de menospreciar al mundo de las hadas, y quédese con su universo de sapos sin sapos.

En el universo paralelo de los sapos, no obstante, la filosofía parecía haberse reducido en términos concretos. Ellos seguían reconociendo solo dos cosas: la mariposa. La idea de un laberinto infinito en línea recta es circunstancial y propia de la influencia factible de la mariposa en el

mundo relativo de los sapos. No obstante, el experimento con radioactividad que desintegró a los sapos y los hizo desaparecer detrás de una pequeña nébula verdosa tuvo sus singularidades. A algunos los hizo más inteligentes, más extrovertidos y lenguaraces; ese fue el caso de Monk, el sapo ciego, y de Seymour, y de Stan. A otros los hizo apenas obedientes, reduciendo su acción al mero movimiento inercial. El resto de los sapos no sabía ni más ni menos que antes, estaban igual, con la sola excepción de ella y su sortilegio. La boca larga, los ojos anchos, el pene erecto, a esos sapos no les importaba otra cosa que no fuera el rastro en forma de bolitas de lágrima azul que iba dejando la mariposa, mientras revoloteaba por los aires, olvidada de su capullo, de la flor y de su mismísima existencia. Como el minotauro, esta mariposa no reconocía la esencia última de su propia particularidad, no podía decidir entre alejarse de ellos o arrasarlos.

(Un sapo es feliz), vibró Poe, recibiendo complacido una ráfaga de perfume íntimo de mariposa que lo invadió y lo hizo temblar de la cabeza a la cloaca.

(Más feliz que un sapo.), vibró Swift, otra vez.

(¿Sienten eso? Creo que yo también soy feliz), vibró Sandokán, a su lado.

Varios vibraron con ellos, seca, instintivamente.

(¿Dónde estamos, Seymour?).

(No lo sé, mi último recuerdo es de la caja de cristal, de una mano que se movió allá afuera y esa luz negra que nos hizo polvo).

(Creo que estamos en otro planeta).

(¿Otro planeta? ¿Cómo puedes decir eso, Stan?).

(No lo sé; no reconozco nada a mi alrededor).

(Vamos, sapo, tú entiendes muy bien que con eso no alcanza para decir que estamos en otro planeta).

(Lo sé, Seymour, lo sé, pero ellos..., nosotros... mira sus penes).

(La erección nos hace inverosímiles, es verdad, y yo tampoco sé qué hacer con eso, Stan. Tal vez la culpa sea de esa nube verde).

(Tienes razón, pero me duele un poco, se siente muy tieso).

(Deja de pensar y se pasará, yo casi lo he logrado, mira).

(Su efluvio es muy fuerte, hace que se doble hacia arriba, observa).

(Deja de pensar, Stan, hazme caso, se bajará solo).

(Acabo de pisar algo blando, Seymour).

(Si huele mucho debe ser una de esas bolitas azules, ella las ha ido soltando, como si fueran migas de pan).

(Se siente raro, tengo frío en las patas).

(Olvídalo, Monk, hazme caso, y fíjate bien dónde pisas, intenta no tocar nada, estamos lejos de casa, hay que tener mucho cuidado con eso, para no cambiar las cosas).

(Me gustaría saber dónde estamos, Seymour, ¿tú qué crees?).

(A mí también, te lo aseguro, y no sé en qué creer).

(Todos esos sapos vibrando juntos, tiesos por la excitación, los escucho y me asusta, Seymour; nunca los había visto así).

(¿Sientes miedo? No digas tonterías, Monk; los sapos no tenemos miedo).

(No son tonterías solo de él, yo también tengo miedo, Seymour).

(¿Y qué pretendes que hagamos, Stan?, ¿salir volando?).

El grueso de los sapos se detiene y permanece estático.

(¿Por qué nos detenemos, Seymour?).

(Ella, Monk, creo que ella se detuvo).

(¿Es verdad eso?, ¿puedes verla?).

(Todos podemos verla, Monk; bueno, excepto tú).

(Ella está allá arriba, Seymour), vibró Stan, encantado.

(Tranquilo, Stan, no te alteres, vamos a ver qué hace).

(¿Dónde estamos, Seymour?).

No estamos en ninguna parte, esto es un punto muerto, doctor Chamsi. Usted y sus hadas, sus príncipes y sus sapos.

Los cuentos de hadas y el mundo mágico que proveen son nuestro último refugio para conservar algo de lo que fuimos, antes de volvernos completamente locos y desfilar con bombas en la cintura por las ciudades, doctor Maurizio. Hágame caso, tengo motivos suficientes para creerlo.

¿Más locos aún? Ya estamos bastante locos; fíjese que seguimos hablando de hadas y de sapos.

Madre de Dios, creo que voy a salir de aquí, necesito aire fresco.

Tiene usted razón, profesor Kelly; en este momento, gracias a las malas artes del doctor Chamsi, hasta yo mismo siento que esas brujas están por todas partes.

En el universo paralelo de los sapos, las cosas también habían llegado a un punto muerto. Todos se habían amontonado al pie de un árbol de saúco grande que estaba rodeado por un charco de agua sucia. Había llovido, y soplaba un viento helado que a los sapos les hacía entrecerrar los párpados, fruncir la boca y tratar de esconder el pene erecto; algo imposible, dada su rigidez. Ella se hamacaba allá arriba, posada sobre una ramita pequeña, moviendo suavemente las alas y dejando caer sus bolitas azules perfumadas. Un olor a sexo hecho de néctar

y saliva de azahares, topeteó e hizo lagrimear a los sapos, que regularon un poco y comenzaron a mirarse entre ellos. La filosofía siempre va a depender del orden natural de las cosas, del topo y de la enredadera, del sapo y de la mariposa.

(Mírala como brilla, Seymour... es tan irreal, tan hermosa).

(Vaya si lo es, Stan, la veo bien).

(¿Sientes su olor, Monk?).

Pero Monk no contestó. Había ocurrido la magia. Tenía los ojos muy abiertos, la olía, también la veía brillar.

(Un sapo está feliz), vibraba Poe, empalagándose con aquel perfume brutal que lo sacudía hasta los huesos.

(Más feliz que un sapo), vibró Swift al unísono, con los ojos entrecerrados por el placer, aceptando sin restricciones la trampa.

(¿Sienten eso?), vibraba Sandokán a un costado, con el pene viboreando en el aire, presa de un caliente ardor, pese al viento helado y verde de aquel encantamiento que los cruzaba, atravesándolos de cabo a rabo.

La mayor parte de los sapos vibraba con ellos.

Sin anunciarse, la luz negra arrasó el universo paralelo de los sapos, dejando en su lugar una pequeña nube verde, que comenzó a dispersarse en el mundo de la mariposa.

Los sapos se miraron entre ellos, con la boca fruncida, los ojos ralos, el pene flácido colgando entre las patitas húmedas, presas de un súbito desconcierto.

Habían vuelto, y aquella caja de cristal no tenía olor, ni magia, ni nada.

(¿Dónde estamos, Seymour?). ☆





# **SENTIDOS ALTERADOS**

MÓNICA MARCHESKY

**Mónica Marchesky** (Salto, Uruguay, 1959). Poeta, novelista y editora. Ha publicado los libros de relatos *Cabezas mojadas y otros cuentos* (2016) y *Sota de copas* (2023), además de cuentos en antologías como *Contaminación Futura 2* (2021), *Lo mejor de Ruido Blanco* (2022) y la serie *Ruido Blanco*, de la que es co-fundadora.

Una angustia inexplicable lo atrapó justo en el momento que terminaba el diseño molecular del VR16, un aislante que tenía la cualidad de reconstituirse. El mismo sería utilizado para proteger los parches delanteros de las ruedas de los vehículos, actualmente vandalizados. Tenían un sistema de flotación muy costoso que, vendido en el mercado negro, era el negocio de los deslizadores y de ladrones tecnológicos de todo lo que se mantenía suspendido.

Silencio, oscuridad total y el olor a humedad de las paredes de la casa de 25 de mayo 678, escondido debajo de la cama, las baldosas frías pegándose a su piel. Sabía que ese era el último recuerdo que saltaba antes de ser borrada su memoria inmediata. La utilización de humanos modificados genéticamente era un recurso muy apreciado

por las corporaciones que trataban de resguardar sus fórmulas de materiales creados en laboratorio. Cada vez que se llegaba a un nuevo material, más resistente y comercializable, los técnicos que habían estado en el proyecto, debían de pasar por un «puesta a punto».

Los movimientos que realizaba, eran repelidos por minúsculas cucarachas electrónicas que lo mantenían prisionero como en una red. No podía asociar una idea, pero lo dominaba la euforia neurotransmisora de la adrenalina.

Un frío de muerte le invadió el cerebro. Ya había pasado por esto otras veces, entonces, abandonó su resistencia y dejó que los pequeños monstruos trabajaran.

En un instante las cucarachas metálicas lo liberaron y se encontró solo, en una habitación muy clara. Los elementos que lo rodeaban, se habían retraído hacia las paredes, piso y techo.

Las pocas imágenes que habían surgido, se fueron tan rápidamente como llegaron. Sintió cómo las redes neuronales se comunicaban, tratando de buscarse, de conectarse, de sobrevivir en su cabeza.

Primero fue la asociación de palabras a imágenes, luego el reconocimiento de distintos lenguajes. Sintetizó y comprendió los algoritmos de análisis de fotografías, diagramas y videos, memorizó las técnicas para el despliegue visual de información cuantitativa y estructurada.

En la sala de recuperación encontró su ropa, se miró al espejo de cuerpo entero y si bien conservaba buena musculatura, sus ojos denunciaban cansancio. Luego de vestirse, se colocó la gabardina negra que se le adhería al cuerpo y era su sello distintivo y salió a la noche.

La calle era un mar de coches suspendidos a una altura de un metro sobre el nivel de la vía. Una leve llovizna caía como una cortina impenetrable. Muchas luces de neón abrazaban un crepúsculo azul-rojizo. Algunos coches llevaban «enganchados» por cables a jóvenes en patinetas. Esto era todo un problema para los automovilistas. Las bandas urbanas utilizaban este método para robar el material de las ruedas delanteras de los vehículos, que mantenían el equilibrio. Drive metió las manos en los bolsillos de la gabardina y encontró un plástico holográfico con una invitación a un evento. Rasgos asiáticos le proponían una velada inolvidable en el «Pavo Verde».

Recordó a Nanette, una prostituta de unos treinta años, como él, que había conocido hacía algunas noches en un bar. Buscó el luminoso y lo divisó entre los avisos de refrescos energizantes. Un par de gorilas musculosos estaban en la puerta, mostró su invitación y sin mirarlos, entró.

El lugar era de una altura incalculable, las gradas se elevaban como escaleras hacia el techo, en forma de cola de pavo real y allá arriba, sobre un pedestal, estaba la mujer, con un vestido blanco ajustado al cuerpo y salpicado de rosas rojas. Un tocado de plumas blancas y verdes, artificiales, coronaban la cabeza castaña de cabellos sueltos hasta la cintura. Toda ella era una especie de muñeca que se mantenía tesa sobre unos treinta metros. Allá abajo y a su alrededor, la multitud en silencio escuchaba su voz de pájaro herido. Toda la escena bañada en luces difusas, hacía el ambiente irreal, como si los espectadores fueran un cementerio de almas amontonadas y grises a la espera de la salvación. En pocos minutos, la música melancólica, dio

paso a un ritmo electrónico y las rosas del vestido, saltaron hacia la multitud. Los hombres comenzaron una lucha por atrapar las rosas ya que en realidad eran la última versión de Nanette que, ajustadas a sus relojes electrónicos, los harían vivir una experiencia sexual inolvidable. El emisor transmitía una sola vez y luego se desintegraba, pero valía la pena entrar en una trifulca por un acto sexual virtual con una puta asiática.

Salió nuevamente a la calle, sin su rosa. Los luminosos emitían sonidos en distintas frecuencias. Hombres morenos abrazaban a imberbes adolescentes, promocionando una fragancia de abeja transgénica de color dorado. Seres andróginos y albinos manifestaban con gestos que el salmón de la india era el mejor afrodisíaco. Mujeres latinas, de anchas caderas y enormes senos eran ridiculizadas, como yeguas al matadero, en una orden de mal gusto. En contraposición hacían su entrada mujeres lampiñas, de una languidez increíble y estúpida mirada provocadora.

Translúcidas de tan blancas, la boca pintada de rojo intenso, hacía que los hombres deliraran como una fruta jugosa donde colocar su humanidad. Los sentidos eran excitados al límite a través de los luminosos, despidiendo aromas afrodisíacos, y sonidos subliminales. Todo este festín, agregados los roces electrónicos entre los coches y los piquetes de los enganches, le pegaron en el estómago. No podía acostumbrarse a la contaminación sonora. Se colocó sus protectores auditivos y visuales. Era una experiencia distinta, el hueco de los luminosos, ahora grises se multiplicaba en la calle como nichos de muerte. Mientras en las pequeñas aceras, la especie humana, como una masa silenciosa, discurría su vida conectada a mundos mediáticos...

Recorrió un trecho antes de llamar desde el teclado incrustado en su brazo a Tjor, su gemelo, reconocido por su musculatura y una voz profunda. Tjor estaba embarcado en un proyecto de robo de tecnología industrial del futuro. Quedaron en verse en el bar de siempre. Había salido hacía unos días de una misión y no se encontraba muy bien.

Andaba errático, malhumorado, irritable, pero aceptó verse con él. Desactivó su bloqueo sonoro y visual ya que dentro del bar no era necesario. Además, el ambiente era un antro en el que Drive se sentía muy a gusto. Fumadores de distintas hierbas se aislaban en cubículos de vidrio con una boca que se abría hacia el techo a cielo abierto. Parecían inmersos en nubes, conversando animadamente, absorbiendo cada uno su propia medicina. Marihuana, Fenciclidina, Éxtasis, Mescalina, LSD se visualizaba en la puerta de cada elemento aislante.

Tjor se sentó a su lado en la barra de madera protegida por un polímero sintético, lo miró a través de la franja espejada detrás del barman.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Drive

—Como si me hubieran incrustado agujas en el cerebro —contestó Tjor y ¿tu? Supe que estabas en laboratorio de diseño.

—¡Eufórico! como si hubiera ingerido una gran dosis de droga alucinógena.

—Es natural, después de la «puesta a punto» —contestó Tjor sin mirarlo.

—Sí, no me acostumbro —dijo Drive a la vez que un golpe de imágenes lo asaltó. Se sintió flotar y reconoció la tarde de un día cualquiera en un pueblo cualquiera. Recordó la cara ingenua de una adolescente y el fervor de las hormonas fluyendo a borbotones, derramándose en el



interior de un coche, mientras un atardecer rojo furioso lograba insertarse entre sus ojos hasta desaparecer. — Tengo recuerdos— agregó.

—Yo también, pero los míos son con las malditas placas cerámicas superconductoras industriales, me transportan a una experiencia virtual, donde los sentidos están alterados en forma sintética.

—Mis recuerdos están mezclados no los reconozco —dijo Drive dubitativo— de una invasión alienígena...— agregó.

—Me encuentro con una maquinaria extraña que me recorre con sus garfios fríos y metálicos, hasta que comienza a incrustarme en la carne, agujas y es cuando el grito me traslada de nuevo a mi punto de origen —dice Tjor.

—Los alienígenas son seres de aspecto terrorífico, sin ojos, con grandes garras y una cola como pivote. Con una descarga eléctrica de esa cola puede quemarte las entrañas. No tienen piel como la nuestra, son como escamas que forman una capa protectora. Las escamas se comportan de forma increíble ante un láser, se funden, se aglomeran en colonias —siguió Drive en soliloquio.

—La experiencia me resulta excitante, entonces mi curiosidad me lleva a utilizar otra vez las malditas placas; pero en la última incursión, la máquina me plantó órganos y dispositivos electrónicos, transformándome en un miserable cybor, híbrido con poderes especiales. No puedo hacer más una vida normal Drive...los dispositivos son muy adelantados para la época en que vivimos y tengo un conflicto temporal que no puedo resolver.

—Puede que en algún momento te alcance una actualización de diseño de las placas.

—los órganos implantados son como carbones, no funcionan en este ambiente. En algunos espacios cuánticos se pueden ajustar, pero...

—Los alienígenas —continúa Drive retomando su pensamiento— se reproducen a través de huevos ciliados y una campana que utilizan para trasladarse como un gran pulmón que los impulsa —sigue, cada vez más animado—. Quiere escupir todo aquello, sacárselo de encima.

—Pueden ser imágenes basura —acota Tjor, sin interés, bebiendo su copa verde humeante.

—El pulmón impulsor se transforma luego en cerebro, los cilios en prolongaciones eléctricas que terminan en su cola y el huevo es el cuerpo, su transformación es tan rápida que no me deja lugar a dudas que son colonizadores.

—¿Cuánto tiempo hace que estás con los diseños de materiales? —Pregunta Tjor. Me han comentado que los recuerdos que insertan las máquinas son aleatorios, puede que ni te pertenezcan, que sean sacados de la base de datos global.

—Creo que ya es hora de retirarme, me ha quedado demasiada basura sin barrer. Los autómatas no están haciendo bien su trabajo. Además, me han instalado la actualización RB5 y me han dado un instructivo por si me asalta la idea de auto—eliminarme. Drive apuró su trago azul, donde se manifestaban imágenes de galaxias.

—Nunca estuve con los diseños de materiales, lo que te puedo decir es que estos viajes hacia el futuro me están contaminando. Tal vez me encuentre con tus alienígenas —bromeó Tjor.

Siguieron un rato más vaciándose de fantasmas, uno eufórico, otro deprimido; habían nacido de ambientes incubados, fecundados por un mismo cigoto, por lo que

todos esos recuerdos, sin duda no les pertenecían. ¿O sí? Se reconocían idénticos, pero no se sabían hermanos. Luego, se fueron cada uno por su lado, sin saludarse, tal vez se encontrarán otra vez, tal vez no.

Al ingresar a su vivienda, y pasar por el reconocimiento facial, se encendieron automáticamente en las paredes, avisos de productos salidos al mercado en las últimas horas. Un informante se debatía entre dos noticias: un terremoto que había arrasado las costas de Sudáfrica y una asonada con bombas químicas en Medio Oriente. Ya ni se sabía por qué motivo se enfrentaban en esa zona, pero el conflicto seguía en un interminable y grotesco evento aparatoso. Las grandes potencias se habían retirado de la zona de conflicto hacía ya mucho tiempo, aislándola, pero aún se seguían emitiendo noticias al respecto. Se dirigió directamente a la sala de protección. Era imposible desconectar los elementos electrónicos. Había toda una industria para burlar a las cámaras, a las pantallas, a los micrófonos y autómatas que se habían metido en las casas. Drive, como la mayoría, se había hecho construir un espacio libre de sonidos y de ojos vigilantes. Estaba prohibido salirse del sistema, pero con software que mantenía atento a las cámaras, estaba seguro de tener la tranquilidad que necesitaba. Se había desarrollado una fiebre por verlo todo, por controlar lo que todos hacían: dónde iban, que comían, a qué velocidad debían conducir, si caminaban o corrían, que ropa usaban. La sociedad opresiva no dejaba más que transitar por caminos ilegales. Robos y asesinatos siguieron existiendo, con distintas modalidades y recursos. Sin duda era la adaptación al hábitat la que los mantenía vivos.

En su zona de confort, Drive se preparó algo de comer, envasado como casi todo lo que se consumía. Los alimentos transgénicos dominaban el mercado. Drive había nacido en ese ambiente, no conoció el «natural» que esgrimían los archivos antiguos. Se había discontinuado el software que detectaba la secuencia natural del ADN de los productos, ya no era necesario, la secuencia «implantada» era ahora la «natural».

Pensó en una mujer y un niño que lo estaban esperando en casa. (Aunque sabía que esos recuerdos no le pertenecían, ya que los había comprado a bajo precio en el mercado negro latinoamericano, se habían transformado en propios). Pronto terminaría el trabajo «extra» por el que había sido contratado por dos años. Era mucho tiempo fuera de casa. Uruguay era un lugar muy lejano a este EURSS, que se había creado luego de la unificación de Estados Unidos y Rusia.

La última vez que vio a Tjor se tambaleaba como ebrio y no lo reconoció. Su rostro era mitad máquina, mitad sintético. Sus manos eran muñones con agujeros, como la boca de una metralleta.

Después de unos días de descanso, Drive fue llamado nuevamente al centro de diseño. Su implante con una inteligencia superior, fue activado. Esta vez el material a diseñar, era una forma de escudo, como escamas azules que se superponían unas a otras. El proyecto le fue presentado en forma holográfica, querían hacerlo más resistente al que se tenía actualmente, pero Drive, a través de sus visiones y recuerdos implantados ya tenía parte del trabajo desarrollado. Un coche lo recogió en la puerta, no había dormido bien la noche anterior. En la grabación de

su familia, pasada una y otra vez, había algo distinto. Pensó que la última actualización no era la correcta, porque al terminar de compartir con ellos una mañana de verano en el jardín, junto al lago, como tantas otras veces; se hizo oír de pronto el canto de un pájaro que no había escuchado antes. Era un sonido monótono y repetitivo, pero no desagradable.

La sesión de diseño fue agotadora, apenas pudo dormir en tres días unos pocos minutos. Los escudos resultaron lo que se esperaba y pasó a la habitación de «puesta a punto», como siempre, como desde que tenía razón de sí mismo.

Solo que esta vez las cucarachas no lograron borrar las fórmulas, las conexiones, los materiales desarrollados seguían en su cabeza luego de que se encontrara debajo de la cama de la casa húmeda de la calle 25 de mayo 678.

Ese siempre había sido su último recuerdo, pero esta vez, todo seguía allí, como seguía en su cabeza el canto del pájaro con su código. Al salir a la calle, no llovía, una niebla era partícipe de su desconcierto. No llamó a Tjor, sabía que sería inútil. Se paseó entre la gente, se dejó arrastrar por la masa babeante que se derretía ante sus visores de colores. Llegó al bar de siempre, pidió su trago azul, como siempre, se detuvo a observar a su alrededor, todo aparentemente seguía allí.

En un momento se le acercó un hombre esmirriado y con lentes casi invisibles, conectado a la red y le extendió un auricular. Se solía compartir todo tipo de información con desconocidos, era natural, la red era muy amplia y libre, así que Drive se colocó el auricular a su oreja derecha y entonces el código del pájaro se hizo sentir, esta vez con más intensidad y se desplegaron ante sus ojos los recuerdos de la última sesión de diseño. Vio cómo los seres ciliados y

sin ojos lo manipulaban, lo conectaban a máquinas y tubos que nunca, luego de la «puesta a punto», había recordado.

Eran los seres colonizadores de sus visiones, eran los alienígenas que había visto en sueños, los mismos que necesitaban un escudo más fuerte para sus trajes. Al instante otro hombre, también esmirriado, pero más joven se le colocó a su lado y entre los dos hombres le dijeron: Bienvenido a «Nostromo», somos la resistencia — agregaron. (★)



# **DRAGÓN**

EDMUNDO PAZ SOLDÁN



**Edmundo Paz Soldán** (Cochabamba, Bolivia, 1967). Escritor, profesor de literatura latinoamericana y director de la Facultad de Estudios Románicos en la Universidad de Cornell (Estados Unidos). Ha publicado, entre otras, las novelas *Iris* (2014), *Allá afuera hay monstruos* (2021) y *La memoria de las plantas* (2022), además de los libros de relatos *Las dos ciudades* (2013), *Las visiones* (2016) y *La vía del futuro* (2021). Sus obras han sido traducidas a doce idiomas y ha recibido galardones como el Premio Juan Rulfo de Cuento (1997) y el Premio Nacional de Novela de Bolivia (2002).

Hoy me encontré en Jaelle al despertar. Estaba con Laurence, a quien visitaba una vez más el tembleque. El hombre es cosa que tiembla, dijo cuando le pregunté qué le pasaba, asombrada por el movimiento constante de sus brazos, el parpadeo descontrolado, el tuicheo de las mejillas. A mí me ocurría tu mas nunca tanto. Desde una nave de combate habíamos visto los ejércitos diezmados del coronel Wgmann en las afueras de la capital, después de las bombas. Los pozos incendiados, las torres de alta tensión caídas, los edificios en ruinas. La luz que rodeaba las montañas era como una señal de tregua que nos mandaba ese mundo, muy diferente a los gestos de sus líderes, recalcitrantes a la subordinación. Viajábamos por el cielo entintado esperando el apocalipsis. El viento, nos, lo destruiríamos todo ese día. Nos éramos el viento, nos el apocalipsis. Estuvimos entre los primeros que aterrizaron en Jaelle y combatimos calle a calle, casa a casa. Protegidos por cascos y uniformes, tratábamos de respirar ese aire

difícil, más tóxico aun q'el de Iris. La vida: eso que cuesta respirar. La vida: cosa que tiembla. Vimos a brodis violar a mujeres y hombres, incendiar templos, sembrar las largas alamedas de cadáveres. Hubo muertos en nosos brazos. Vimos todo eso hasta que Laurence y yo nos separamos porque un coronel me envió a una misión de rescate. Volví y él ya nostaba. Encontré su bodi empalado nuna pica de metal en la plaza. Abrí los ojos y Jaelle desapareció. Tan fácil todo. Mas Jaelle vuelve.

Al rato se abrió la puerta y hubo un resplandor. No quise abrir los ojos, sabía de prisioneros que se quedaban ciegos ante el fogonazo de luz. Como los topos, nos íbamos instalando en la noche. Eran tres, distinguía sus siluetas, mirada de bulto, más una adivinanza de bodis cercanos a partir de los ruidos y el olor que una verdadera imagen. Los saludé y ellos no.

Estamos en lo mismo, les dije, mas ellos siguieron en la suya.

Paciencia con una excombatiente, continué, una veterana condecorada.

Tienes suerte de que no te violamos, dijo la voz familiar del interrogador.

Lo odié, odié a todos y pedí que Xlött viniera y los clavara nuna pica en la plaza.

El edificio se sacudió. Se acercaban las tormentas de viento y yo miraba la pared, besaba la pared, igual sería mejor anunciar la oscuridad de la galaxia que den renacería sin nos. Radiante estrella que algún día acabarás con nos, mira tu pueblo Xlött, me arden las manos.

Abrí los ojos. Un enfermero me puso electrodos en la cabeza.

Me los comeré, le dije.

Me puso una inyección con una spike platinada nel cuello. Me retorció de dolor y todo giró. Una danza desacompañada. Volvía Jaelle.

No, no volvía. El líquido penetró nel bodi. Me quedé mirando la nada. Porque la nada no es nada. Estoy loca, dicen, y que no existe Jaelle tu. Quieren que Jaelle desaparezca de mi cabeza y yo admita q'el día es día y la noche es noche y Nova Isa es Nova Isa. Estoy en la prisión de Nova Isa, en la susodicha Casona, eso sé, les digo, eso no se los discuto, mas ya nostán. Estoy sola nau y me han dejado amarrada en la oscuridad, mirando los matices del negro. Me han arruinado el color negro pa siempre ko. Lo veo en la noche y nel día, con ojos cerrados y abiertos. Se descompone en matices, capas, como si tuviera peso y respirara. Hay negros grises, negros ablandados, negros bermellones, negros plomizos, negros de bronce, negros índigo, negros violeta, negros marrones q'estallan delante de mí y me succionan rumbo al corazón del planeta. Colores negros que me rodean y quieren hacerme suya. Soy un matiz del color negro. Los colores hablan y son ellos los que nos componen. Sin el negro no seríamos nada. No necesitamos dotros colores. Estar sola en la oscuridad veintitrés de veinticuatro horas, cualquiera se loquea así. Confinamiento solitario, le dicen, quieren quebrarme, qué qué qué.

A veces veo flotando delante de mí los goyots y los mapaches que comíamos en mi pueblo, y el olor de la comida me sacude, el olor dulzón de las especias de mamá, papá en la cocina preparando la cena del nuevo año. Sé q'ese olor está cerca y lo persigo mas choco con las paredes de la celda y nostá. Igual con los sonidos, que a veces no me dejan dormir. Oigo el rumor de los ciempiés

en la celda, percibo sus patitas miserables arrastrándose por el suelo, a veces animándose a visitarme en busca de orificios p'anidar, como las garrapatas en aquellas jornadas nel puesto de observación en Malhado, tembleques ante la posible aparición de Malacosa. Garrapatas ciegas, guiadas solo por el calor de noso bodi, la temperatura de nosa sangre, treinta y siete grados, el número mágico pa caer de los árboles mientras nos desplazábamos, caer sobre nosas cabezas e incrustarse en la piel del cráneo o deslizarse a los oídos, a más duno le explotó un tímpano. Oigo el rumor de las zhizus en la celda, escucho la paciente construcción de sus redes, o quizás impaciente, el hilo fino que despliegan dun rincón a otro y del cual se cuelgan, morosas, dadas a picaduras que hinchan los dedos de mis manos, los flacos dedos de mis manos.

La celda respira, se agiganta y den se reduce a un orificio nel que solo cabe mi bodi.

Vuelve a agigantarse y oigo campanas por todas partes, las campanas de la iglesia de Anerjee, las campanas de la única iglesia cristiana de Anerjee, y ahí vamos, con mis sis y pas, una familia kreol orgullosa como pocas, una familia que se lleva bien con los irisinos que trabajan pa ella y con los pieloscura y kreols que mandan nel pueblo y la miran a menos, somos un cóctel de rasgos, dicen, y nau qué. Mas pronto comenzarán con esa historia de que no tengo hermanos. Campanas, campanas, al igual que las frecuencias alborotadas de la radio que escuchaba papá nel sótano, cuando volvía de su trabajo de cocinero nel voluntariado duna iglesia, una radio que captaba frecuencias lejanas, frecuencias de Munro que hablaban dun mundo medroso mas estable, frecuencias de Sangai que hablaban de multitudes inquietas que solo vivían pa comprar

pese a la espalda rota de tanto trabajo, de tanto festejo, frecuencias de la India y de Tailandia que mencionaban una inundación que desaparecía ciudades, una inundación feliz que redibujaba el mapa del globo, frecuencias de otros planetas, frecuencias de Alba que hablaban de los cristales por los cuales bien valía un viaje interplanetario, cristales que te permitían ver a los guardianes nel cielo-de-arriba, frecuencias de Jaelle que planeaba la invasión si es que antes no lo hacíamos nos. Frecuencias, frecuencias que me volaban la cabeza, que me producían el tembleque desde los días niños en Anerjee. Un tembleque suave y corto, no como el de Laurence. Todos tenemos una versión del tembleque ki. Quizás Anerjee estaba muy cerca de do cayó la lluvia amarilla. Mas el interrogador dice que Anerjee no existe nel mapa de Iris.

Lo borraron, digo, lanzaron una lluvia amarilla desde los bombarderos, como un siglo antes con todo Iris.

No, eso no, dice el interrogador.

Y yo quiero una inyección más, la muerte es tan cómoda como la vida, el nostar tan sagrado como el estar, la salud es tan o más mortal que la enfermedad, no es mi culpa si estoy como estoy, yo no inicié esta guerra.

Un golpe en la mejilla. Hora de visitas, felicidad. No puedo ni quiero abrir los párpados, cuesta cuando me animo, la oscuridad nos entrena a vivir con los ojos cerrados, somos topos, todos topos nerviosos, esa hora de luz que nos toca más vale tenerlos cerrados. No quiero encegecerme más, mas no hay otra salida si veintitrés de veinticuatro. Algún día seré como las garrapatas de Malhado, me dejaré guiar por el calor de los bodis cercanos, la sangre caliente será mi refugio, treinta y siete es el número mágico.

El interrogador ha venido a visitarme. Tanta deferencia con una pobre presa. Me pide que le cuente mi historia una vez más. Yo quiero q'él me cuente la suya. Habla de electrolápices y otras torturas. Amenaza con dejar que los shanz me usen. Debo colaborar, dice. Soy una espía de los irisinos, dice. Me agarraron con Laurence nuna casa en la plaza, dice, conspirando pa planear la llegada de las tropas de Orlewen a tomar la ciudad. Tenía armas, dice, holos incriminatorios en mi Qi.

Me río.

Nada me asusta, le digo, desde aquella noche que me encontré con Xlött nun descampado en las afueras de Anerjee. Además que miente. Laurence está muerto hace mucho, vi su cabeza clavada nuna pica en Jaelle.

Nostá muerto, dice, y recibo un sopapo. Laurence dice q'és inocente y solo tú la culpable. Dice q'era un amigo de la infancia que te visitaba cuando llegamos y los arrestamos.

No creo que haya dicho eso.

No existe Anerjee. Tú no eres tú. Quién eres tú.

Yo no soy yo.

Neso estamos dacuerdo.

Yo soy X-251, digo nel momento en que un shan abre la puerta de la celda y se filtra una hendija de luz asesina. Vivo nel protectorado de Iris y me enviaron nuna nave intergaláctica junto a otros shanz, a conquistar las galaxias pa la federación de Munro.

La puerta se cierra y me calmo.

Estuve en Ardes, continúo, un pequeño planeta do las naves se abastecían de combustible, y den en Alba y probé los famosos cristales, que hicieron q'el campo magnético se resquebrajara y fuera capaz de ver q'en realidad somos una proyección de Xlött. Vivimos en la cabeza de Xlött.

No hay Ardes, dice el interrogador. No hay Alba. No hay Jaelle. Por lo visto se nos fue la mano con lo que te dimos.

Yo siempre fui así.

La paciencia se acaba y lo que viene es peor.

Vivimos en la cabeza de Xlött, repito. Ya lo sospechaba desde aquella vez en que me encontré con él, la tarde en que mamá se desencarnó. Mamá, una irisina trabajadora, una irisina traidora, le decían, una irisina que se creía pieloscuro y por eso se metía con los pieloscuro. Una irisina con aires de princesa. Por qué no, todos los irisinos provienen dun linaje imperial. Mamá me consolaba cuando los shanz nos sacudían a insultos camino al mercado, dung dung dung. Cuando golpeaban a papá, un pieloscuro q'un día dejó de trabajar nel Perímetro porque no creía más en la ocupación, y se fue a Anerjee y se unió a grupos de derechos irisinos. Mas un día fue arrestado y lo llevaron a una cárcel y mamá lo iba a visitar y un día él ya no estaba más en la cárcel y nadie sabía dóstaba. Lo esfumaron, decía mamá, que no me ocultaba nada, y una noche nosa casa se incendió y yo logré escapar y mis sis tu y mamá no pudo ser rescatada. Salí corriendo al descampado cerca de la casa, abrí los brazos y grité que la muerte de mamá probaba la inexistencia de Xlött. El hecho de que la nada era nada. El cielo retumbó y se largó a llover y el descampado se llenó duna niebla que picaba los ojos, una niebla que se arrastraba y me envolvía, y sentí que algo me abrazaba y que Xlött me susurraba que a partir de nau sería inmortal. De modo que Xlött existía. Un abrazo que hizo que me fuera en dung. Un abrazo que hizo que la sangre, mi sangre, dejara de circular por unos instantes. Un abrazo que me convirtió nuna estatua de sha. Podía luchar y las balas silbarían en torno a mí.



Podía arrojarme contra riflarpones enemigos y la sangre no dejaría mi bodi. De modo que no hay tembleque ya. No me da mas que levemente. Soy la primera en ofrecirme de voluntaria a la conquista dotros planetas, a la lucha contra seres que no son como nos, seres de seis extremidades que escupen fuego y tragan metales y llevan en su bodi mariposas gigantes que les salen por las orejas. Mas a mí no me salen mariposas gigantes. A mí se me entran las garrapatas. Los ciempiés.

El interrogador se levanta, impaciente. Se acaba la hora. Con los ojos cerrados, puedo percibir sus movimientos.

De modo que no hablarás, dice.

Hablo y hablo, le digo. Es lo único que sé hacer.

Queremos una confesión, dice. Que aceptes tu culpa y la de Laurence, y que nos digas cuándo planea Orlewen atacar la ciudad.

Den qué. Saldré libre.

A los traidores les espera la muerte, mas si hablas podría ayudarte.

Q'entre la muerte y coexista con la vida. Mas Xlött me protege y no moriré.

Es la hora del dragón, dice. No digas que no te lo advertí.

Q'eso.

Cuando lo sepas no te servirá de nada. El dragón es el dragón. Una droga líquida y muy rápida que se come tu piel y destroza tus huesos. Una droga que te come viva. Te hemos dado cosas, mas esto es otro nivel. Tendrás alucinaciones de terror y a pesar de eso querrás más.

Lo que quiero es spikes platinados. Cristales de Alba.

No es broma. Última chance. Confiesas, o el dragón.

No tengo nada que confesar. Y si hay que probar el

dragon, quién dijo miedo. Nada que me haga alucinar me es ajeno.

El interrogador llama al enfermero. Al rato el hombre está junto a mí. Le sonrío, mas él no. Quiere hacer su trabajo.

Media dosis, dice el interrogador. Pa que vea. Si no quiere confesar le das el resto.

Me busca una vena y ahí va la spike, va, va, fue, y yo dejo de ser y cuando abro los ojos estoy tirada nel suelo y él ya no está, tampoco el interrogador. Nadie más está en la celda, ni siquiera los ciempiés y las zhizus, ni siquiera el olor de la comida de papá, lánssè al horno con miel, corderos marinados en linde. Veintitrés horas. Veintitrés. Eso. Larga la espera hasta su regreso. Me daña cuando vienen, más es peor cuando no.

En Jaelle probamos cosas alucinantes tu. Ah la maravilla de los colores dese planeta. Las dunas doradas, el amarillo incendiario de las hojas de los árboles. Un espectro de matices que hacían creer nuna perpetua explosión de otoño. Lo natural era lindo, mas había que concederle un espacio a lo no natural. Sin él no hubiera tolerado tanta ausencia. Porque papá fue esfumado y mamá incendiada. Y me quedé sola acompañada de Xlött. En la entrada a los socavones había que ofrecerle koft y kütt a Malacosa y pedirle que intercediera por nos. Malacosa sabía lo qèra bueno. El mundo era rico, mas los cristales de Alba lo enriquecían aun más. Lo llenaban de portales a espacios bienhechores. Había portales al espanto tu. Eso me gustaba de los cristales. Uno no sabía qué iba a visitarnos. El cristal no hacía todo el trabajo, era un zap que dialogaba con noso cerebro. Un brain-zap. De ahí el retorcimiento a

veces. Las sendas al borde del acantilado, de las que uno se resbalaba pa caer en abismos. Una vez me convertí nel bodi del mundo. Fui el mundo. Me fundí en las paredes, me entregué a los objetos, fui el insecto que nese momento cruzaba el techo de la habitación. Ví el mundo desde ojos boxelders. Ojos compuestos por miles de ventanas hexagonales. Ojos con lentes poderosos que me permitían anticipar el movimiento. La realidad se despedazaba ante mí mas eso nostaba mal. No era más que la forma en que la percibía. Y me tiraba bajo una mesa porqèl brodi a mi lado se había convertido nun boxelder gigante que me perseguía pa atragantarse de mí.

Toso, y un dolor eléctrico me sacude desde los intestinos hasta la garganta. Como si me estuvieran operando a corazón abierto y sin anestesia. Arde el brazo donde la spike encontró la vena. Lo toco y me quedo con algo. Un poco de piel. Me digo si es eso el dragón. Si me despellejaré viva.

Toso, y un dolor eléctrico me sacude desde los intestinos hasta la garganta. Como si me estuvieran operando a corazón abierto y sin anestesia. Arde el brazo donde antes la spike encontró la vena.

Toso, y un dolor eléctrico me sacude desde los intestinos hasta la garganta. Como si me estuvieran operando a corazón abierto y sin anestesia.

Sin anestesia. Sin anestesia. Sin.

Veo doble con los ojos cerrados. Veo triple. Es un glich. Glich glich glich.

Me doy un golpe en la cabeza, como pa que todo vuelva a funcionar. Como pa que todo vuelva a la normalidad. Qué normalidad.

Ahhhh.

Soy una garrapata gigante. A flote en la sangre de alguien. Treinta y siete grados.

Lo que fluye del brazo. Me lo llevo a la boca. Tan fácil, que mi bodi reviente. Será que puedo tocar el hueso.

Ahhhhhh.

En la noche de la noche pienso en lo que se viene. Horas oscuras que se descomponen en minutos en segundos. Soy un dragón hembra en busca del Gran Dragón nel cielo de arriba. Porque nel cielo de abajo yo juego con los brodis que viven cerca de mi jom. Kreols irisinos pieloscura. Vienen a casa y papá nos hace entrar al sótano. Juguemos al ocultaooculta, dice. Laurence se esconde y yo me escondo y todos nos escondemos y pa dice qès Malacosa y nos encontrará. Me escondo nel hueco bajo la escalera. Está todo oscuro. Escucho los pasos de papá subiendo y bajando por la escalera. Los pasos estremecedores de papá-Malacosa. Pasan los minutos y no viene por mí. Escucho gritos, te encontré te encontré. No sé si salir. Mejor esperar, no romper las reglas, que pa me descubra. Den alguien me toca el hombro en la oscuridad y me doy la vuelta y ese alguien me da un beso en la boca. Sospecho de Laurence y digo así no, plis, le digo a papá.

Mas no hay nadie.

Nada ni nadie.

Quero salir del hueco de la escalera.

Salgo y me encuentro nuna plaza que reconozco como la plaza de Jelle. Veo nuna pica de metal la cabeza de Laurence o dalguien que se parece mucho a Laurence. No, no, no. Camino y camino, esperando qèse paisaje se transforme nel sótano de mi casa. Dóstás, papá, dó. Nada acontece durante un largo día o lo que me parece un largo día. Cansada, me recuesto y cierro los ojos. Cuando vuelvo

en sí estoy llorando y un enfermero me pone una camisa de fuerza y yo convulsiono. O quizás he vuelto en no. Veo la cara de mamá, la cara desesperada de mamá. Veo la cara de papá, la cara angustiada de papá, ahí está él. Veo a Laurence, veo a mis amigos. Laurence me agarra de la mano, me pide que me tranquilice. Basta de tembleque plis, me dice. No puedo. El tembleque nunca más me abandonará.

Serán así estas veintitrés. Ya sin luz, ya ciega sin estar ciega. Oh, el ardor. No mentía el interrogador. Oh las blancas paredes desta celda. Oh las voces lejanas dotros y otras como yo a quienes torturan tu. Oh mi piel, mi bendita piel. Oh mi hueso. Oh el alambique mendicante. Aquello que me separa del mundo nostrará más. Seré transparente. Transparente seré. Trans trans trans.

Oh el gélido río del dolor por las venas. El dolor envenenado. El dolor venenoso.

Soy inocente inocente soy, mas duna vez que se termine todo porque nada se terminará. Malacosa me protegerá. Xlött me protegerá, vivimos en su cabeza.

Ahhhhhh.

Dragón, detén tu camino.

Ahhhhhh.

Las frecuencias de la radio de mi padre. Vienen de Sangai y de Munro y de Tailandia y de la India y de Alba y de Jaelle. Las escucho todas a la vez. No distingo las voces, todo se pierde nun murmullo, el zumbido que hacen los planetas al girar en sus órbitas, el escandaloso zumbido que debe escucharse desde otras galaxias, o quizás el retumbar del bigbang que todavía se expande desde el principio de los tiempos, y llega a mí, nau, llega a mí.

Quién zumba ahí afuera. Pugnamos ensartarnos por el ojo del dragón. Dostán ahora, padre esfumado, madre ida.

El glich en mi cerebro. Soy el glich.

Quién.

Afuera. Ahí. Algo. Luz.

Hasta aquí llegué.

Cuando abran la puerta, ábranla plis, confesaré todo lo que quieran. Veintitrés veintitrés veintitrés. Les diré soy una terrorista, plis, una mastermind, whatever, ábranla. Laurence y yo, esa vez que nos encontraron nel sótano desa casa en la plaza, planeábamos la llegada de las tropas de Orlewen. Qué más quieren saber. Orlewen y sus tropas invadirán la ciudad el último día del mes, por la noche. El triunfo de Orlewen es inevitable y el fin deste mundo tu. Mas no quiero morir como Laurence. Clavar su cabeza nuna pica es de tembleques, gestos desesperados de quienes están perdiendo la guerra. Sin pruebas, sin nada. Se han comportado como los aliens dotros planetas. Como los aliens de Jaelle.

Ábranla.

La puerta yastá abierta, dice una voz.

Quién.

Hemos escuchado todo, dice la voz. Confesaste, al fin. Dénle el resto de la dosis. Nau sí, que se la termine de comer el dragón.

Eso no me prometió, eso no me prometió.

Una spike en mis venas, nuevamente. Dolor, dolor. La puerta se cierra.

Un glich un glich.

Ahhhhh.

Es una equivocación. Yo no sé nada de Orlewen.

Yo no sé nada.

Sangre convertida en ácido. La sangre es ácido, sólo falta activarla.

Se cae mi piel. Se cae mi piel.

El hueso se deshuesa. Somos hueso, vuelvo a ser hueso.

Los boxelders se alimentarán del polvo de mis huesos.

Los boxelders mis brodis.

Ahhhhh.

A fecundar la noche y preparar mi muerte. La muerte de esperar y el morir de verte lejos. De verte. Y los silencios y el esperar del tiempo. Pa vivir cuando llegas y me rodeas de sombra. Desombra. Y me haces luminosa y me sumerges nel mar fosforescente do acaece acá tu estar y do solo dialogamos gamos tú y mi noción pavorosa de tu ser ser.

Estrella desprendiéndose nel Apocalipsis. Entre bramidos de tigres y lágrimas. De gozo y gemir eterno y eterno. Solazarse nel aire rarificado. Zarse. Nel. Aire. Rarificado. Entre bramidos. Midos. Estrella desprendiéndose.

Estrella.

Estrella.

Es

es

es

es

es

# **EL PRISIONERO**

LAURA PONCE



**Laura Ponce** (Buenos Aires, 1972). Escritora, editora y gestora cultural. Ha publicado el libro de relatos *Cosmografía profunda* (2018, 2020). Cuentos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Alucinadas - Ciencia ficción escrita por mujeres* (2014, 2015, traducida al inglés como *Spanish women of wonder*, 2016), *Insólitas* (2019), *América Fantástica* (2019), *Antología Iberoamericana de Ciencia Ficción* (2020), *El tercer mundo después del sol* (2021), y *La rivolta degli oggetti / La rebelión de los objetos* (2023). Desde 2009 dirige *Revista Próxima* y Ediciones Ayarmanot, dedicadas a la ciencia ficción y las narrativas de lo extraño escritas en castellano.

Recuerdo que atravesé los puestos de control y descendí confiado hacia el tercer subsuelo, a los pabellones de confinamiento. Se hablaba mucho del detenido al que vería, se decía que era un caso especial, pero yo pasaba las semanas entrevistando a esos pequeños agitadores acusados de pertenecer a la resistencia, y nada de lo que constaba en su expediente me hacía suponer que debiera tratarlo de otra manera. Se mencionaba la posibilidad de que fuera un mutante sin registrar, pero me dije que seguramente podría manejarlo. En el Ministerio, si había algo que sobraba, eran medios.

Pensé en la ciudad que nos rodeaba, con su arquitectura soviética de los años cincuenta, con sus moles cuadradas y grises, opacas. La Sede Ministerial se alzaba justo en medio de ellas: un edificio piramidal flamante, de paredes lisas y aspecto metálico, negro y sin ventanas, construido en tiempo récord. Parecía algo caído del cielo, completamente incompatible con el entorno. Estaba allí como testimonio

de la Ocupación, sobresaliendo en el paisaje urbano igual que la punta de un iceberg descomunal.

Ah, sí, los Nuevos Amos sabían cómo hacer sentir su presencia, aunque en realidad estuvieran muy lejos de nosotros.

Dos guardias me escoltaron por el corredor. Abrieron la puerta de la celda y lo vi allí: sentado en el suelo, recostado contra la pared, con los ojos cerrados. Entré, cerraron la puerta y se retiraron. Él ni se inmutó. Le habían aplicado un campo de aislamiento, lo habían envuelto en esa radiación destinada a limitar movimientos, impedir asir objetos o tener contacto físico con otras personas. Para algunos detenidos el campo era tan incapacitante que apenas podían respirar bajo sus efectos, pero él no parecía sufrir molestia alguna. Lo observé durante algunos segundos y por fin me senté en el camastro frente a él.

Entonces murmuró:

—Ya era hora de que vinieras.

Sonreí, descolocado. Pero me tomó sólo un instante volver a enfocarme en el procedimiento. Iba a presentarme cuando me detuvo con un gesto.

—No te preocupes —dijo—. Sé quién sos y a qué se debe tu visita.

Abrió los ojos y una claridad profunda y poderosa llenó la celda. Comprendí que no eran exagerados los informes sobre el efecto que él podía tener sobre la gente. Intenté ganar la delantera.

—¿No le interesa recuperar su libertad?

—La verdadera libertad es algo de lo que tus amos no han podido privarme—, sonrió y sus dientes centellaron a la pálida luz de la lámpara —¿cómo podrían devolvérmela?

Algo en esa sonrisa disparó una alarma en mi mente. Permanecí callado durante un momento que me pareció muy largo, luchando sorprendido contra el impulso por salir corriendo de allí. Entonces noté que sus ojos —¿divertidos?, ¿compasivos?— buscaban en los míos. Hubo un sutil cambio en su expresión. Me disponía a hablar nuevamente cuando él preguntó:

—¿Cómo anda tu mamá, Václav? ¿Qué le dijo el médico?

Era bueno. Me pregunté qué sería: ¿un grado tres? ¿un grado cinco? ¿Cómo habría logrado un mutante tan poderoso escapar a la detección?

—¿Qué sabe de mi madre? —pregunté intentando mantener la calma.

—¿Qué sabés vos?

Empezaban a sudarme las manos. *Usalo, me dije, dejá que el hijo de puta se crea que caés en su juego.*

—En realidad... Con la cantidad de trabajo que hubo esta semana...

Se mostró muy sorprendido:

—¿No hablaste con ella?

—Bueno —me desabroché el cuello de la camisa—, iba a llamarla hoy, pero surgió algo a último momento...

Sin prestar demasiada atención a mis balbuceos, comenzó a decir:

—Ya anocheció, pero todavía es temprano. —Ingenuamente tanteé con la mirada los muros grises y mohosos buscando alguna ventana hasta acordarme de que estábamos en el tercer subsuelo; tampoco había relojes a la vista. Él se limitó a encogerse de hombros ante mi expresión. —El rocío estuvo cayendo hasta hace un rato —explicó—; no deben ser más de las siete. ¿Te parece bien

ir a verla ahora? —Se rió de mi cara de desconcierto—: ¡No me vas a decir que estás demasiado ocupado como para ir a visitarla ahora!

Estuve a punto de decir algo, pero él no me dejó dudar; atravesó el campo de aislamiento como si fuera agua, puso su mano sobre la mía y dijo:

—Vamos de una vez.

Sólo recuerdo un zumbido, y que mi mente se sumergió en un torbellino de colores confusos, extraños, que perdí toda noción de espacio y de tiempo, que me quedé sin aire y tuve miedo, un miedo repentino y primordial. Fue como si de pronto no hiciera pie, pero cayera hacia arriba. Y luego estaba allí, en el porche de la casa de mi madre con él a mi lado, sonriendo y alisándose el cabello como si se preparara para una cita. En verdad era un hombre enorme, mucho más alto y corpulento de lo que yo había imaginado antes de verlo de pie. *¿O sería que recién entonces comenzaba a mostrarse como era en realidad?* Sin darme tiempo de hablar —y a ciencia cierta no sé qué hubiera podido decir— alzó una de sus manazas y llamó golpeando la aldaba con delicadeza. Oímos pasos apurados y abrió la puerta mi madre. Estaba tan feliz de verme que me abrazó y besó y nos hizo pasar de inmediato.

—¡Adelante, adelante! —canturreó mientras nos guiaba hacia la cocina—. Algo me decía que iba a tener visitas. Estoy preparando pishkis y tengo café recién hecho.

Atravesamos el comedor en penumbras y me pareció que la casa estaba tal como la recordaba. La adiviné algo envejecida, con la pintura descuidada, pero tan llena de

chucherías como antes; hasta me pareció ver multiplicadas las figuritas de porcelana, los retratos en la pared, las carpetitas bordadas. Cada paso que daba adentrándome en ella, cada paso que daba hacia la cocina tibia e iluminada, lo retrocedía en el tiempo.

La cocina era el aroma de los pishkis, el sartén crepitante, las cortinas abiertas y el mantel blanco; mi madre de espaldas, batiendo: una escena de mi infancia. Él seguía sonriendo tan amistosamente que comencé a detestarlo. Nos sentamos a la mesa y, en medio de una alegre charlatanería, mi madre se desvió por atendernos. Él seguía una a una sus palabras y hacía comentarios que a ella le encantaban. Le preguntó por sus dolencias y ella las minimizó; entonces la retó por no cuidarse lo suficiente y ella se rió con coquetería. Por fin, él exclamó:

—¡Qué ricos están los pishkis!

—¿De verdad? Por el racionamiento se consiguen cada vez menos cosas, tuve que arreglarme con lo que había en el mercado y me preocupaba que quedaran medio secos...

—Nada de eso, ¡estos son los mejores pishkis del mundo!

Ese fue el detonante. Casi le grité:

—¿Qué necesidad tiene de mentir?

Las palabras me salieron duras, más de lo que yo esperaba, más de lo que hubiera querido. Mi madre me miró extrañada, ahogando un reproche, pero él me habló sin rencor ni falsa amabilidad.

—Yo nunca miento. En este momento estos son los mejores pishkis del mundo.

No supe cómo contestar.

—¿Nos disculpa, señora? Su hijo y yo vamos a salir un momento...

Me tomó por el hombro y casi me arrastró hacia la puerta de la cocina. Una vez que estuvimos afuera, en la galería, me señaló el escalón del borde para que me sentara; luego se sentó a mi lado. El pequeño huerto estaba en sombras, las casas vecinas en silencio. Me sentí como cuando era chico y mi padre estaba a punto de retarme por algo que yo sabía que había hecho mal. Pero la reprimenda nunca llegó. Él parecía dolido más que enojado.

—Escuchame —dijo finalmente—, sé que esto debe ser bastante extraño para vos y que no tenés ninguna razón para confiar en lo que te digo. Pero está pasando. Y podés disfrutarlo o dedicarte a discutir conmigo.

Yo trataba de ordenar mis pensamientos, pero me sentía demasiado abrumado para pensar o para tomar cualquier decisión. Me pregunté qué esperaba lograr él haciéndome pasar por todo aquello. La cabeza me daba vueltas. Todo lo que pude hacer fue alzar los ojos al cielo. Y fue como si lo viera por primera vez. La noche estrellada me pareció ajena. Inquietante. Pero increíblemente hermosa. Después de un momento dije:

—Volvamos adentro. Mamá debe estar preocupada.

Confieso que me costó sobrellevar la sensación de extrañeza que experimentaba. Miraba a mi madre y no podía dejar de preguntarme si esa era realmente mi madre o si yo estaba realmente allí hablando con ella. Sin embargo, llegado un punto, me dije: *Qué importa. Está pasando.* Y poco a poco empecé a disfrutar de la charla, y comprendí —sorprendido, avergonzado— cuánto hacía que la llamaba

sólo por compromiso. No tuve que decírselo, ella parecía darse cuenta de lo que me sucedía, parecía incluso haberme perdonado. La vi rejuvenecer tanto en un par de horas que lamenté que mi padre no estuviera con nosotros para verla.

Cuando la réplica de reloj cucú anunció las once, él dijo que ya era hora de irnos y se despidió de mamá con el cariño de un hijo; me tomó del hombro y se encaminó hacia la puerta principal. Antes de salir se volvió para recomendarle que no tomara frío y decirle que yo volvería a visitarla pronto.

Una vez en el porche, me quejé del compromiso.

—¿Por qué le dijo eso?

—Porque vas a venir.

—¿Cómo lo sabe?

Me sonrió de un modo extraño, casi feroz, y no quise seguir indagando.

Todavía me zumbaban los oídos debido al salto y, frotándome las sienes, me pregunté cuántas pastillas necesitaría para alejar el dolor de cabeza que estaba sintiendo. Me subía desde la base del cráneo como una especie de resonancia, igual que si me hubieran dado un recio cachiporrazo en la nuca. Entonces lo escuché decir:

—Hace mucho que no ves a tu esposa, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevan viviendo separados?

Su pregunta fue como una patada en el hígado.

—¿A qué viene eso?

—¿Y a tu hija? ¿Cuándo fue la última vez que...?

—Ella ya está grande —respondí, cortante.

Buscó en mis ojos y sonrió maliciosamente.

—¿De qué tenés miedo? ¿De que te pregunte cómo te ganas la vida?

Otra patada en el hígado.



—Yo siempre cumplí con ella y con su madre. Nunca dejé que les faltara nada —me defendí.

Él se rió.

—Y nunca les faltó nada. De eso les diste grandes cantidades: de nada. Ausencia fue lo que más les diste.

Me observó durante un instante, como evaluando si yo valía el esfuerzo. Esa mirada, a medio camino entre la compasión y el desprecio, terminó de violentarme. ¿Quién era él para meterse en esos asuntos? Ya estaba listo para agarrarlo a piñas cuando apoyó su mano en mi brazo y, suavizando el tono, agregó:

—Seguro todavía podés recordar cómo eran las cosas en un principio. No pasó tanto tiempo.

Sentí que se me ablandaba el cuerpo de un modo antinatural. Imágenes como destellos me fueron poblando la mente. En la chatura de mi memoria, algunos detalles comenzaron a cobrar relieve, como si fueran las únicas partes importantes de un tapiz enorme que reconocía con la yema de los dedos. Cada uno de esos detalles era semejante al fragmento de una imagen holográfica: una parte y el todo. Ella volvía a mí en el tenue brillo que tomaba su piel al hacer el amor; en el perfumado azul de las flores que tanto le gustaban; en el sabor de su café, que nunca pude igualar. Toda nuestra vida juntos estaba en la palidez jubilosa de su cara el día de nuestro casamiento, en la primera canción de cuna y en el primer llanto de nuestra hija.

—¿No te gustaría estar con ellas otra vez? —preguntó.

No supe qué responder. Todo eso había sido durante la Reforma, antes de la Ocupación. Había sucedido en otra vida. Le había sucedido a otro hombre. Estaba claro que yo había cambiado. No me gustaba pensar cuánto.

No me gustaba recordar las cosas que había hecho para sobrevivir, las cosas que todavía hacía para conservar mi posición, para mantener contentos a los Nuevos Amos. Pero comprendí que mi familia era una especie de vínculo con esa época anterior, esa época inocente y feliz en la que todavía no sabíamos lo que el mundo podía hacernos.

Me escuché decir, con voz casi ajena:

—Vayamos a verlas.

Y él me sonrió.

Volví a perderme en ese torbellino del primer salto, volví a sumergirme en la maraña de colores y sensaciones contradictorias, pero ya no tuve miedo. Esta vez me dejé envolver por esa calidez que me invadía y me arrastraba. Y de pronto me hallé parado a su lado, en el pasillo exterior del vigésimo piso de la torre habitacional. El viento silbaba con crudeza a nuestras espaldas. Recién entonces caí en la cuenta de que era casi medianoche y estábamos llamando a la puerta del departamento de mi ex-esposa.

—¡Esto es una locura! —dije—. ¿Qué estamos haciendo?

Él me miró amenazante y me impuso silencio con un gesto; ya se oían los pasos acercándose a la puerta. Alguien observó por la mirilla y, después de un instante, volvió a observar. La puerta se entreabrió, todavía sujeta con la cadenita de seguridad, y vi aparecer su cara. Qué linda estaba.

—¿Václav? ¿Qué hacés acá?

¡Su voz! Casi había olvidado esa cualidad cristalina que el teléfono le robaba y que tanto había amado yo alguna vez. Intentando disimular mi turbación, balbuceé:

—Bueno... En realidad, pasaba... y se me ocurrió venir para saber cómo estaban ustedes.

Me miró desconcertada. Comprendí que no había estado con ella cuando más me necesitaba, que no nos habíamos visto las caras en mucho tiempo y que ahora yo aparecía diciendo que pasé por ahí y, al ver luz, subí. Pero no hubo reproches. Quitó la cadena y abrió la puerta.

Me dio la sensación que el departamento era más chico de lo que yo recordaba. Me sentí sofocado entre aquellas paredes. Comprendí con amargura que el hogar que yo había abandonado ahora resentía mi presencia.

Sentado en la modesta sala, no podía dejar de mirar un portarretrato antiguo que había sobre un estante, donde se alternaban tres imágenes de una misma serie —mi esposa y mi hija haciendo morisquetas y payasadas en algún sitio fuera de la ciudad—; no podía dejar de preguntarme quién habría tomado las fotografías.

Ella volvió de la cocina con los vasos, disculpándose porque lo único que tenía para ofrecernos era un viejo licor. Él contestó que eso estaría perfecto y, mientras la ayudaba a servir, empezó a hacer todo lo posible por parecer el hombre más agradable del mundo. Insistía buscando conversación e intentando disolver las asperezas de nuestra mutua incomodidad, y pensé que había algo patético en aquella situación; sus esfuerzos me recordaron los del amigo aquel que nos había presentado tantos años

atrás y sonreí; ella pareció estar pensando en lo mismo y sonrió también. Mencionó a los amigos que habíamos tenido en aquella época, pequeñas anécdotas. Había tanta gente de la que no habíamos vuelto a saber, tanta gente que había muerto o desaparecido; temí que hiciera preguntas y la conversación tomara ribetes espinosos, temí que mencionara a su hermano, a quien yo no había salvado, pero no lo hizo.

De a poco, la charla se hizo más y más cálida. Ella se quedaba en silencio de tanto en tanto y después se reía, como si sus propios recuerdos fueran muy graciosos. Yo la miraba y sentía cómo se me iba emborrachando el corazón. Por fin, pregunté por mi hija.

—Ah, ella está bien —contestó—. Se quedó en casa de una amiga. Dentro de poco empieza el noviciado y está un poco nerviosa. —Quiso mostrarse confiada, pero algo tembló en su voz.

¿El noviciado? ¿Entraría a un campo de entrenamiento? Sentí un súbito malestar. Conocía a los uniformados que salían de esos campos, con sus cabezas rapadas y sus miradas vacías, su obediencia ciega y su gusto por la brutalidad. ¿Mi hija, la nena que sonreía y hacía morisquetas en las fotos, entraría a uno de esos campos? Ahí le quitarían todo lo que era, todo lo que hubiera podido ser. Pero qué otras opciones había en nuestra patria ocupada: estudiar era peligroso, siempre estaría bajo sospecha, y una mujer joven, una que no había recibido una gran educación, que no era rica y a la que sus padres no podían enviar al extranjero, no tenía mucho de dónde elegir. Ella crecía rápidamente y cuanto más tiempo pasara, menos posibilidades tendría de ingresar. Yo sabía que en los campos sólo aceptaban «mentes frescas». Ella entraba en la adolescencia, estaba

en la edad justa; después de los dieciocho sólo la tomarían para tareas de limpieza. Si ingresaba ahora, hasta podría hacer carrera en las nuevas Fuerzas de Seguridad.

Me repetí que quizás fuera lo mejor, pero eso no aplacó la sensación de angustia que me había invadido. Sin embargo, me dije que no debía intervenir, que quién era yo para opinar o para cuestionar las decisiones que se tomaran en aquella casa, no era más que un extraño, un intruso, ahí. Abatido, me pasé la mano por la cara, y cuando levanté la vista descubrí que mi esposa me estaba mirando; había un profundo dolor en sus ojos. Recién entonces comprendí el significado del temblor que antes había detectado en su voz. Fue como si la escuchara decir: «Si mi hija tuviera un padre que cuidara de ella no tendría necesidad de entrar a un campo». El peso de esas palabras no pronunciadas me derribó.

No fue como antes, cuando la suma de sus reproches me taladraba el cerebro. Este mudo reclamo me atravesó limpiamente, como una hoja afilada. La contemplé sentada allí, un poco inclinada hacia adelante, con las manos juntas sobre el regazo, tan cerca y a la vez tan lejos de mí, y la amargura me tiñó por dentro. Tuve ganas de matarla. Porque no lloraba, porque podía vivir sin mí, porque tenía el descaro de señalarme mi ausencia. Tuve ganas de levantarme y salir dando un portazo. Tuve ganas de no haber vuelto jamás. Tuve ganas de nunca haberla conocido. Pero antes de darme cuenta suplicaba a sus pies:

—¡Perdoname! ¿Qué tengo que hacer? ¡Decime qué tengo que hacer para que me perdonés!

Mi reacción la tomó tan por sorpresa que casi la hice saltar de su asiento. Me sentí ridículo. Descorazonado, escondí la cara entre las manos, ahogándome con mi propio

llanto. Pero entonces pasó algo increíble: ella se inclinó hacia mí, despacio, y me acarició la cabeza. «Tranquilo, no te pongás así», dijo su voz cristalina, «todo va a salir bien». Y yo le creí.

Me hizo levantar la cara, secó mis lágrimas y me sonrió trémula. Después me besó. Sentí que el cuerpo se me incendiaba. No sé qué hubiera hecho si hubiésemos estado solos. Busqué y busqué en mi mente, y no pude encontrar ningún motivo valedero para nuestra separación, no encontré más que pobres excusas, y siempre detrás de eso la sensación de ausencia, de ver los hechos sucediéndose como en una vida ajena.

Se me hizo muy claro que de algún modo, durante la confusión de la guerra, yo me había perdido. Había tenido esperanza, había pensado que el cambio era posible, había pensado que después de la Reforma nuestra nación finalmente tendría una oportunidad, que tanto sacrificio, tanta lucha y tanta muerte no serían en vano. Realmente había creído. Y la Ocupación había matado una parte de mí. Lo que vino después —mi contratación como intérprete y luego como negociador, mi ingreso al Ministerio y las progresivas concesiones que había hecho, sintiéndome obligado a demostrar en cada acto mi eficiencia, mi lealtad, mi compromiso con el Nuevo Orden—, todo había sucedido como consecuencia de aquella primera resignación.

Me había alejado cada vez más de los que me rodeaban, me había encerrado cada vez más en mí mismo. Al final no pude hacer otra cosa que mudarme a la Sede Ministerial; no toleraba las miradas de temor, suspicacia o desprecio de aquellos con los que me cruzaba en las torres habitacionales, estaba cansado de que pintaran TRAIADOR en nuestra

puerta y temía las represalias de algunos elementos de la resistencia, pero lo que se me hacía más difícil de soportar era el silencio que se había instalado en nuestra mesa. Y ahí, hincado frente a mi esposa, como si luchara contra ese silencio que me había entumecido durante tanto tiempo, dejé salir las palabras a borbotones y le conté todo.

Hablé y ella escuchó durante la madrugada entera, hasta que él dijo que debíamos irnos. Asentí mansamente y me puse de pie. Lo mismo me hubiera entregado en ese momento a cualquier tarea que se me hubiera encomendado. Mientras mi esposa nos saludaba desde la puerta, él prometía que yo llamaría pronto para salir con ellas, y yo me limitaba a sonreír. Qué más podía hacer. Sabía que haría ese llamado.

Recuerdo que caminaba detrás de él, un poco aturdido todavía, cuando vi algo que apareció y desapareció entre las fachadas de los edificios de enfrente. Todavía estábamos en el pasillo exterior del vigésimo piso y retrocedí un paso y luego otro, observando, buscando el origen del destello. Y ahí estaba: una ranura vertical entre las moles de las torres por la que se podía ver el sol saliendo sobre la bahía. La luz dorada me sobrecogió. Era un día seco y fresco, el aire estaba limpio y parecía que desde ahí se podía ver muy lejos. A un mundo de distancia.

Pero el viaje terminó.

Y un momento después estábamos en la celda una vez más.

Erguí la cabeza como buscando a qué aferrarme. Él seguía sentado frente a mí y sonreía. Detrás se alzaban las paredes

de la celda. Inseguro, temiendo lo que habría de venir, busqué mi reloj y confirmó lo que era de esperarse: habían pasado sólo unos minutos desde que yo había entrado. Me olvidé del trabajo, del procedimiento, de lo que se supusiera que debía hacer ahí. Sentí que se me revolvía el estómago, que una rabia absoluta, envenenada, se desataba en mí, sentí que llegaba a odiarlo de un modo en el que nunca había odiado a nadie.

Me lo habían advertido: «Quizás haga su numerito con vos», pero nunca imaginé que me afectaría tan profundamente. No era la primera vez que tenía que tratar con mutantes, pero ninguno de los anteriores había resultado ser tan poderoso y siempre mis propias capacidades habían sido suficientes para bloquear su influencia.

Debería haberlo sospechado. Debería haber sabido que él, con su repentino surgimiento, con sus misteriosas apariciones en público (que se seguían informando incluso después de su arresto), con el extraño efecto que sus discursos tenían en la gente, no era un activista más. ¿Qué lo había hecho salir de la clandestinidad y dejarse capturar? Me dije que no debía olvidar que los Nuevos Amos tenían un poderoso enemigo, dueño también de una tecnología fabulosa e incomprensible. ¿Serían los responsables de sus capacidades sublimadas? ¿Lo habrían enviado Ellos? Pero, ¿para qué? ¿De qué manera podría beneficiar a la resistencia local este encarcelamiento?

Sin embargo me dije que no podía esperar a saber tales cosas, porque resultaba innegable que él era más peligroso que todos los otros agitadores juntos; me dije que los pobres estúpidos que se reunían a escucharlo, esos que llevaban meses clamando por su libertad, no eran más que



víctimas de sus manejos; me dije que debíamos destruirlo, de inmediato.

Sé que mientras él me observaba sin decir palabra le grité insultos que me quemaban la boca, como me quemaba el miedo, el resentimiento y el desprecio hacia mí mismo por haberle permitido manipularme a su antojo. Mis gritos atrajeron a los guardias que rápidamente abrieron la puerta. Impulsado por la revulsión, salí disparado hacia el exterior del pabellón y recorrí los pasillos más rápido que nunca.

Llegué a la Jefatura con el sudor corriéndome por debajo de la camisa. Me cedieron el paso y un momento después estuve frente al Jefe de los Pabellones de Detención. Me costó hablar, tenía la garganta seca, pero finalmente dije lo que había ido a decir.

—No va a firmar. —La voz se me entrecortó y me dejé caer en la silla—. El muy hijo de puta no va a firmar. No lo va a hacer ahora ni dentro de diez años.

—Tenemos todo el tiempo del mundo... —empezó a decir el Jefe.

Negué con la cabeza.

—No lo recomiendo, señor. Resulta evidente que ha sido modificado y es probable que la mayoría de los procedimientos de los que disponemos no tengan el efecto deseado en él. Sería una pérdida de tiempo y de recursos. Y cuanto más tardemos en ponerle un punto final a la situación, más crecerá su imagen entre la gente.

El Jefe se miró las manos; luego miró al Oficial Político, que fumaba sentado en silencio algunos metros más allá.

Lo que yo acababa de decir no parecía sorprenderlos en lo más mínimo. El Jefe movió el brazo sin prisa, alcanzó el teléfono y marcó. Intercambió algunas frases lacónicas y colgó el auricular.

—El Borrado —dijo— se realizará mañana a primera hora.

Yo sabía que sería así, que si no existía oportunidad de que él declarara públicamente que estaba arrepentido de sus acciones y dispuesto a reformarse, que sus actos no eran más que ilusionismo, que eran engaños planeados para promover al caos y al desorden, debía ser sometido a ese procedimiento. Y sin embargo me inquietó escuchar la sentencia. Siempre creí que había algo realmente siniestro en el Borrado, siempre creí que era una forma de muerte peor que la muerte, porque no era como el Cerrojo; el Borrado se basaba en quemar algunas zonas del neocórtex, en eliminar con precisión quirúrgica ciertas secciones de la memoria. Cuando terminaba el procedimiento, el condenado todavía podía hablar y comer solo, sabía escribir y atarse los cordones, incluso recordaba su nombre y algunas cosas de su pasado, pero había perdido todo aquello que en algún momento lo había hecho ser quien fue. Salí del despacho. Me repetí que así era como debía ser, que aquello era lo mejor, que no había opción.

Abrí la puerta de mi oficina sin voluntad. Sólo encendí la lámpara del escritorio. Busqué en el librero, saqué la botella semivacia y me eché sobre el diván. Miré alrededor y comprendí que llevaba demasiado tiempo allí, metido

entre montañas de expedientes, haciendo el trabajo que nadie más quería hacer.

Mudarme al Ministerio quizá no había sido tan buena idea. Claro que podría salir cuando quisiese, pero ¿dónde más iba a ir? La idea del afuera se había vuelto extraña para mí, como si lo que había más allá de las paredes de la Sede Ministerial hubiera comenzado a desvanecerse apenas acepté el trabajo. Las paredes grises rodeándome por completo, continuamente, fuera cual fuese el lugar en que me encontrara: esa era mi realidad.

Intenté alejar esa imagen dándole un buen trago a la botella. Y como no se resignaba al olvido tomé otro y otro más. El dolor de cabeza se había vuelto insoportable. Busqué en mi bolsillo y saqué el frasco con pastillas. Me habían dicho: «Nunca más de dos. Nunca con alcohol». Tomé cuatro y las empujé con un par de tragos más.

Fui cayendo en un sopor pesado y doloroso. Pero a medida que mi conciencia se achicaba y me iba acurrucando en un rincón de mi mente, sentí que algo se extendía sobre todo aquel territorio que yo abandonaba. Fue como si, al irme retirando al fondo de una enorme casa, alguien me siguiera a la distancia encendiendo las luces que yo apagaba. Quise volver sobre mis pasos, enfrentar a ese otro, pero me faltaron las fuerzas. Sentí recelo, impotencia; luego, una paulatina resignación; y al final, inexplicablemente, esperanza. Tuve sueños confusos, llenos de sensaciones contradictorias e imágenes extrañas. Soñé con una semilla que germinaba y con una enredadera incesante que llegaba a tocar todas las cosas del mundo.

Me incorporé trabajosamente hasta alcanzar el teléfono.

—Hable —dije.

La voz pronunció mi nombre, dudando; tardé un momento en comprender que era la voz de mi esposa. Se disculpó tan dulcemente por llamar a esa hora que se me encogió el corazón. Luché por aclarar mi mente mientras la escuchaba hablar, traté con todas mis fuerzas de entender lo que me decía, pero me distraía buscando esa cualidad cristalina que tanto extrañaba en su voz.

De pronto me hallé contemplando el auricular que descansaba colgado sobre el teléfono. ¿Ella me había invitado a almorzar? ¿Realmente había llamado o yo lo había soñado? No lograba estar seguro. Era como si mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito. Un chillido de acople me sobresaltó.

—Hombre muerto caminando —dijo una voz en el sistema de altoparlantes.

El anuncio actuó en mí como un disparador. Me levanté y tomé el arma del cajón. Miré mis manos: ya no temblaban. Salí de la oficina caminando rápidamente. Me sentía envuelto por un leve estupor. Sin embargo, algo se desenrollaba y se expandía hasta llevar claridad a cada rincón de mi mente. Era como si yo fuese al mismo tiempo espectador y protagonista de una película cuyo argumento iba descubriendo sobre la marcha.

No esperé el ascensor, tomé las escaleras y bajé apurado. Cuando llegué al tercer nivel intenté tranquilizar mi respiración, abrí la puerta y caminé por el pasillo. Detrás del segundo recodo estaba una de las puertas de sección. Saludé a la cámara y pasé la identificación por el sensor. Me pregunté si en realidad alguien me estaría viendo.

Pensé que probablemente todos estarían pendientes del procedimiento. Y la perspectiva de no llegar a tiempo me heló la sangre.

Corrí escalones abajo. Me sentía disociado de mi cuerpo. ¿Qué me proponía? ¿Qué haría al llegar a la sala de ejecución? No lo sabía. Pero tampoco dudaba. El último trayecto hacia el Recinto se me hizo interminable. Los tramos de escaleras, los pasillos y los recodos se sucedían y alternaban como en un laberinto que cambiaba de forma. Cuando me vi frente al puesto de acceso apenas podía creerlo.

Agité la mano como saludo y los guardias me respondieron como tantas otras veces. Uno de ellos me cedió el paso abriendo la primera reja y, cuando esta ya se había cerrado a mi espalda, preguntó:

—¿Viene al Borrado?

Asentí, tratando de mantener la sonrisa; me perturbó notar en sus ojos un siniestro vacío que nunca antes había notado.

—Le llegó el día, ¿no? Lástima que el procedimiento sea privado... —comentó su compañero.

Me di cuenta de que existía una especie de acuerdo tácito para no pronunciar su nombre, y percibí en el aire ese particular temor a lo desconocido que angustia a las mentes pequeñas.

Era de esperarse que las Nuevas Autoridades desearan pocos espectadores. Él se había vuelto demasiado conocido, demasiado peligroso como para ejecutarlo públicamente. Ni siquiera podían asesinarlo en silencio, para luego tirar su cuerpo al mar o enterrarlo en una fosa común en algún lugar del desierto. No. Serían más sutiles, más perversos. Se limitarían a remover de su mente todo lo

que lo definía como individuo, lo convertirían en alguien que no se recordara a sí mismo, y luego lo liberarían para que deambulara por las calles, silencioso y apático, a la vista de todos.

—Sí, claro, el procedimiento es privado —concedí—. Pero yo no puedo faltar.

Me observaron durante un instante. Luego, el que había hablado primero respondió:

—Por supuesto. —Y sonrió con desprecio. El mismo desprecio que yo había encontrado tantas veces en los que me miraban.

Accionaron el mecanismo que abría la segunda reja y avancé.

Al trasponer las grandes puertas advertí que el auditorio estaba casi vacío. Se me ocurrió que la escasez de público se debía a que el espectáculo había sido representado demasiadas veces. Entonces el enorme vidrio espejado se fue haciendo transparente y lo vi del otro lado. El técnico preparaba su equipo junto a una mesita metálica y él estaba atado a lo que llamaban el Sillón del Adiós. Sus ojos se encontraron con los míos, simplemente me sonrió y supe con claridad lo que debía hacer.

Saqué el arma de la cintura y tiré contra los guard-días que protegían la entrada a la cámara central. Tiré avanzando a grandes zancadas entre los alaridos y la estúpida sorpresa de los presentes. Alguien se puso de pie, armado, a los gritos; le disparé sin siquiera darme vuelta a mirarlo, y seguí adelante. Una parte de mí gritaba tanto como ese espectador, gritaba más alto que el ulular de la alarma que ya reverberaba en los muros: me parecía increíble lo

que acababa de hacer, me parecían increíbles la frialdad y precisión con las que estaba actuando.

Empecé a creer que era posible, que si lo sacaba de ahí quizás pudiéramos escapar. Conocía el protocolo de seguridad del Ministerio, sabía que los guardias del acceso no se moverían de sus puestos, que nadie entraría al Recinto hasta que llegara el Grupo de Contención; eso me daría algunos minutos de ventaja. Después de liberarlo, podría utilizar a los espectadores (algunos, importantes funcionarios del Régimen) como escudo para garantizar nuestra salida.

Empecé a creer que era posible, que si lo sacaba del Ministerio quizás pudiera llevarlo con gente de la resistencia; ellos sabrían qué hacer para esconderlo o sacarlo del país; probablemente mi fama me precedería, ellos dudarían de mis razones y tratarían de matarme, o tratarían de matarme aunque no dudaran de mis razones, pero tenía que intentarlo.

Sí, empecé a creer que era posible.

Me había llevado sólo unos segundos cruzar la sala.

Quitó el seguro de la puerta, entré a la cámara y el arma del técnico me estaba esperando. Durante un instante estuvimos apuntándonos mutuamente con el brazo extendido. Recuerdo que pensé: *A esta distancia, ninguno de los dos puede fallar.* Debió haber pensado lo mismo, porque hizo algo que yo no esperaba: giró y le disparó a él. Tengo que admitirlo, no puedo menos que admirar a un hombre tan comprometido con su trabajo. Los dos tiros que le puse en la cabeza no fueron suficientes para borrarle la sonrisa. Cuando jalé del gatillo, esos estampidos resonaron en un mundo que de pronto se había vaciado de sonidos. Me acerqué al sillón sin saber qué hacer. Él se miraba el pecho ensangrentado; alzó la vista y me sonrió.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó.

—Lo siento —contesté estúpidamente, mientras liberaba una de sus manos. Me faltaba el aire.

—Dejá eso... Ya no tiene sentido.

Tomó mi mano. Había algo en sus ojos, algo diferente. Sentí otra vez el ramalazo de ese pavor instintivo que me había mordido la mente en la celda, la primera vez que lo había visto sonreír.

*¿Esa había sido realmente la primera vez?*

Quería entender qué me pasaba, pero era como si mi cerebro hubiera vuelto a sufrir un cortocircuito.

*¿Yo lo había visto antes? ¿Yo lo conocía? ¿Desde cuándo?*

Con temor creciente, pensé en las visitas que habíamos hecho a mi madre y a mi esposa, y en la forma en que nos habían recibido.

*¿Por qué yo no había tenido que presentarlo?*

Tenía que ver con algo que estaba muy, muy en el fondo de mi mente. Algo que no lograba recordar.

*¿Por qué no podía recordar?*

Al esforzarme, vino la primera punzada. Fue como si un alfiler atravesara mi ojo derecho. Junto con el dolor, vino un escalofrío. Cautelosamente, intenté recordar otra vez y apenas pude contener un grito. Supe que no se trataba de un Borrado, ni siquiera de una Supresión. Lo que yo estaba sintiendo eran los efectos de un Cerrojo, un procedimiento por el que uno dejaba de tener acceso a ciertos elementos de su pasado. Entendí que no se trataba de que los Nuevos Amos hubieran vaciado mi memoria; no habían tenido que hacerlo; yo había renunciado a ella. Un condicionamiento como el Cerrojo sólo funciona si es implantado por propia voluntad. Se me revolvió el estómago. Sabía que yo había elegido cambiar, había elegido ajustarme, pero ¿hasta ese punto?



*¿A qué cosas había renunciado?*

No importaba.

«Una memoria incompleta determina una identidad incompleta, una identidad que puede ser modelada», el Jefe me lo repetía siempre al hablar del Supresor.

Y para el caso esto era igual.

*¿A qué parte de mí mismo había renunciado?*

Sólo había un modo de saberlo.

Los recuerdos estaban allí, no los había perdido en realidad; esa era la particularidad de un Cerrojo. Si soportaba el dolor, podría alcanzarlos. Comprendí que no sería fácil. Nunca he sido un hombre muy fuerte, y siempre le he temido al dolor. Además, se me hacía cada vez más difícil luchar contra ese terror, contra el furioso deseo de huir que iba creciendo a medida que consideraba la posibilidad de llegar a mis recuerdos.

—Yo te voy a ayudar —dijo él. Y apretó más mi mano. Un hilo de sangre le brotaba de la comisura.

Quise retroceder pero no me soltó.

Ahogado de pavor, quise preguntar por qué estaba pasando aquello, por qué a mí, por qué en aquel momento, pero antes que yo pudiera articular las palabras él respondió:

—Porque algunos no perdimos la fe en vos.

Y de pronto reconocí el brillo de su mirada. Fueron como chispazos en mi mente. Sensaciones que se abrían paso, emociones prefigurando recuerdos. Antes incluso de ver imágenes, antes de saber cuándo o cómo había sucedido, supe que él había sido mi amigo. Más que eso. Supe que habíamos crecido y luchado juntos. Y supe que ahora había venido a liberarme.

Como si se rompiera un dique y un río desbocado, hambriento de valles, reclamara los secos cauces de

mi mente, los recuerdos me inundaron con un dolor incandescente. Caí de rodillas. Pero Havel no me soltó. Y a medida que la vida se le iba yendo, a medida que su cuerpo se vaciaba de energía, yo me llenaba por dentro. Me completaba. Me potenciaba.

Todavía temblando, retiré las manos con las que me había cubierto la cara y levanté la cabeza. El Grupo de Contención entraba al Recinto después de volar las grandes puertas; pronto estarían en la cámara central. Mi ventaja de algunos minutos había terminado.

Y entonces, de pronto, me encontré sin miedo, y entendí que ya no había lugar para el temor en mi alma ahora fortalecida. Me puse de pie y levanté las manos. En ese momento volaba la segunda puerta y ellos me rodeaban. Por un instante, antes de que se echaran sobre mí, me di cuenta de que estiraba los labios en una sonrisa, una sonrisa que seguramente los asustaba más que cualquier otra cosa.

Estoy metido en un campo de aislamiento, pero para mí no significa nada. Podría atravesarlo como si fuera agua. Los escucho hablar fuera de la celda:

—¿Cómo pudo pasar? ¿Cómo permitieron que ocurriera esto?

—Es la primera vez que un procedimiento es revertido, señor.

Sé que me van a proponer un trato, que van a querer confundirme, intimidarme, forzarme a negar la verdad de lo que soy, sé que me van a amenazar con ejecutarme, con cosas peores que la muerte. Por supuesto, esas amenazas

no me preocupan en lo más mínimo. Nunca me sentí tan fuerte como ahora. No podrían hacerme daño ni aun destruyendo este cuerpo.

Entonces recuerdo a aquellos a los que les disparé. Los que murieron ahora también eran culpables, como antes fui culpable yo. Nadie puede ser inocente si permanece impasible frente a la injusticia, frente a la atrocidad, frente a la ignorancia.

Durante demasiado tiempo quise olvidar quién era yo y lo que podía ser, durante demasiado tiempo quise olvidar que era distinto, que podía hacer cosas que nadie más podía, durante demasiado tiempo quise olvidar que podía cambiar el mundo, o que por lo menos podía luchar para que las cosas fueran diferentes. Pero eso terminó.

Me quitaron el reloj, sin embargo ya no lo necesito. Inspiro profundo, y es casi como si lo hiciera por primera vez. Un auténtico bienestar me llena por dentro. Cierro los ojos de la carne y abro los de la mente. El sol, alto en el cielo claro, me confirma que es hora de almorzar. Sé que alguien me está esperando, que otro sitio me reclama. Me digo que no debo perder el tiempo: tengo una hija que entrenar, un movimiento que organizar, toda una vida por vivir. Mientras fijo en mi determinación la imagen de ese sitio al que acudiré, me siento como un deportista ansioso, que se prepara probando sus músculos, estirándose despacio, dejando que el deseo señale el camino. Me remuevo dentro del campo de aislamiento, como tomando envión, y salto. ☆

# **EL PROTECTOR**

BRUNO POZZOLO

**Bruno Pozzolo** (Montevideo, 1991) estudió periodismo y desde 2014 se ha desempeñado como vocalista y compositor de diversos proyectos musicales. Su primer cuento publicado apareció en *Contaminación Futura 5* y actualmente prepara un compilado de relatos mientras trabaja en una novela experimental.

Abandonamos el pueblo por la noche. Las Sombras de la Montaña están cerca. Al menos eso le dijeron Las Voces.

Ella no habla, ni siquiera me mira. Sigue caminando y se queda inmóvil frente a Megenn unos instantes, en una especie de trance. Me acerco y la ayudo a subir a la montura. Le explico que es necesario marcharnos cuánto antes. Asiente con la mirada perdida en las estrellas, como si esperara algo, un mensaje.

La muchacha está bajo mi cuidado ahora, así lo dictaminaron Las Voces. No estoy seguro de poder protegerla en caso de que nos encuentren: mi cuerpo ya no es tan fuerte como antes. ¿Por qué me encomendaron esta tarea a mí, un viejo? La duda me invade a cada paso que doy. Después de todo, ¿cómo confiar en Las Voces? Nunca recibí un mensaje de ellas, ni siquiera un susurro en el viento. ¿Cómo saber si no se trata de los delirios de una pobre muchacha? Él es real.

Ya pasaron tres meses desde que se la llevaron. Ella no recuerda nada excepto una luz, tan blanca que quemaba sus ojos, y una sensación de calidez, extrañamente familiar, como si se apoyara la cabeza sobre el pecho materno, que redujo todas sus preocupaciones a una simple ilusión. La calidez no la abandonó, me dijo mientras acariciaba con los dedos la piel de su barriga. Al pasar la confusión provocada por esta experiencia y abrazar por completo aquella calidez, afirma que Las Voces comenzaron a hablarle.

En el pueblo la trataron de loca, de promiscua. Su padre se negó a escuchar sus explicaciones y la expulsó de la casa. No necesitaba otra boca que alimentar y ningún mensaje del cielo lo iba a convencer de que su hija no era una prostituta. Fue en ese momento cuando algo la guió hasta mi puerta. Su relato, aunque inverosímil, logró conmoverme y generar en mi interior una ternura incomprensible. En sus ojos desamparados me vi reflejado a mí mismo, comprendí la importancia de haber sido elegido por Las Voces. Toda mi vida había esperado ese contacto, aun cuando llegara a través de un tercero. Acepté alojarla y cuidar de ella hasta que el niño naciera, aunque admito que, con el paso del tiempo, la idea de no ser digno de Las Voces me mantuvo despierto en más de una noche.

El viento sopla con fuerza y la arena me lastima las piernas. A Megenn no parece afectarle y continúa avanzando sin inconvenientes. El cielo está despejado esta noche, aunque la luna creciente apenas ilumina el paraje. La muchacha continúa con la mirada perdida y algo triste, pero con los ojos fijos en las estrellas.

—¿Dicen algo Las Voces?

—No sé —contesta luego de unos segundos—. No estoy segura, a veces es difícil diferenciarlas entre lo que me dicen y lo que pienso.

—Supuse que sería fácil reconocer sus mensajes, es decir, me imagino que será diferente a cualquier pensamiento propio.

—Yo solo espero que el bebé nazca sano, Mevugar. Es lo único que me importa.

—Yo voy a encargarme de eso. Pero dime, ¿has identificado alguna señal incuestionable, alguna marca característica de Las Voces? Tal vez en sueños. Por ejemplo, yo hace unos días, después de una larga jornada de trabajo, dormí tan profundo que al despertar me tomé unos segundos asimilar dónde estaba; y tuve la sensación como de haber olvidado algo importante.

—Yo no trabajo, eso tú ya lo sabes.

—Por supuesto que no. Pero, me imagino que los mensajes te deben llegar después de algún tipo de trance. ¿O simplemente son palabras sueltas que aparecen de repente?

—A veces escucho palabras que no conozco y no entiendo cómo llegan a mí, simplemente llegan.

—¿Nunca te preguntaste por qué te eligieron?

—Hace varios días que tengo el mismo sueño. Estoy en un lugar oscuro y húmedo. Mi bebé también está ahí, puedo sentirlo. En el sueño temo por él, tengo la sensación de que alguien lo arranca de mis brazos y lo aleja de mí. Luego escucho una voz que repite las mismas palabras y continúa repitiéndolas hasta que me despierto.

—¿Y qué dice?

—Los bárbaros no lo entenderán, los regentes querrán silenciarlo, pues sus palabras serán más peligrosas que mil



ejércitos. —La muchacha hace una pausa. Gira su cabeza para observarme—. La duda invade tu corazón. Y tú, será mejor que cumplas con la labor que se te encomendó, pues solo eres un peón en esta partida cósmica.

—¿Las Voces...te dijeron eso en el sueño?

—Tenemos que detenernos.

—¿Detenernos? ¿Qué pasa?

—Debo ir al baño —dice y señala su barriga.

La idea de interrumpir nuestro viaje me desagrada, pero supongo que no puedo negarme. Recorro el área y decido que lo mejor será buscar refugio bajo un grupo de palmeras. El silencio del desierto parece indicar peligro y seguridad a la vez. Ayudo a bajar a la muchacha y la escolto hacia un lugar protegido. A partir de aquí puedo sola, me dice. No me agrada dejarla, pero le doy privacidad. Tomo la cantimplora, me refresco, y a continuación le doy de beber a Megenn, que inclina su cabeza con impaciencia. Levanto la mirada hacia el cielo e intento descifrar lo que busca la muchacha en aquellos puntos luminosos a la distancia. ¿Habrà alguna conexión entre Las Voces y las estrellas? Por un instante olvido nuestro viaje para concentrarme únicamente en aquellas luces. ¿Por qué no soy capaz de escuchar lo que dicen? ¿Habrà algo mal en mí, o su silencio es simplemente un capricho que no obedece a nuestra lógica? Luego de unos minutos de observar el cielo, su tonalidad luminosa me resulta extraña, atípica a estas horas de la noche.

Un jinete atraviesa mi campo de visión y desaparece con rapidez. La muchacha. Me interno entre las palmeras con una sensación de vacío que me comprime las entrañas. Corro hacia donde la dejé y veo solamente una mancha en medio de la arena. La llamo, desesperado. Mis gritos

perforan la calma del desierto; el eco de mi voz me infunde un terror a perderla para siempre. No hay respuesta. Caigo de rodillas, enterrando la cabeza en la arena. Megenn se acerca y refriega su hocico contra mi mejilla. La abrazo mientras me lamento en silencio. He fallado. A la muchacha y también a Ellas.

La posibilidad de perder mi única conexión con Las Voces me impulsa a levantarme. Sujeto las riendas de Megenn, me monto a su espalda de un salto y golpeo sus costillas ligeramente con los pies. Ha pasado tiempo desde que galopamos juntos. Ella parece entender y devolverme un gesto de aprobación. Las estrellas parecen señalar el camino, la luna alumbrar el sendero a recorrer. Golpeo dos veces —ahora con más fuerza— en los costados de Megenn y ella responde acelerando el galope. Su vitalidad a esta edad es sorprendente, bueno, la de ambos. Cierro los ojos y dejo que el viento me acaricie las mejillas y me transporte a mis épocas de juventud, cuando solía hacer esta travesía con frecuencia.

Nos detenemos a la entrada de las montañas Hagunn, donde se forma un pasaje estrecho, ideal para ocultarse. Las pisadas se multiplican a partir de aquí. Bajo despacio de la espalda de Megenn y tomo del cargamento mis cuchillos. Los enfundo: uno en mi pierna, otro en la cintura. Comienzo a trepar la ladera sigilosamente. Desde la cima, alcanzo a ver dos caballos bebiendo de un charco en el suelo; más adelante se encuentra la muchacha, desmayada en el suelo. La acompañan dos hombres. Creo reconocer a uno de ellos del pueblo: es Mussaritt, el hijo del herrero. Parecen estar discutiendo, así que me desplazo despacio hasta una posición donde me es posible oírlos.

—Esto no puede ser bueno, Mussaritt. No podemos entregarla en este estado.

—Estoy cansado de tus quejas.

—Las instrucciones eran claras: Las Sombras la quieren viva. Lo mejor será llevarla al pueblo para que alguien la cure.

Mussaritt observa a su compañero liberar las ataduras de su caballo y dirigirse hacia la muchacha. Ella deja escapar un movimiento involuntario, reflejo de las contracciones. Aún sigue con vida. Cuando el hombre se agacha para recogerla, Mussaritt lo toma del brazo y le ensarta un puñal en el estómago.

—Márchate si quieres, pero yo entregaré esta prostituta a Las Sombras.

El hombre intenta responderle. Una pequeña catarata de sangre desciende por la boca y recorre todo su cuerpo hasta llegar a la entrepierna. Mientras se deja caer de espaldas y tiembla involuntariamente, su caballo se acerca y aprovecha para beber del charco que se forma a su alrededor.

Mussaritt ignora a su compañero moribundo y dirige su atención hacia la muchacha: permanece unos segundos observándola. A la distancia, veo que su mirada se concentra en las piernas al descubierto a causa del vestido levantado. Voltea la cabeza para comprobar que su compañero continúa tendido en el suelo y se abalanza como un animal hacia los pies hinchados de ella. Se entretiene liberándolos lentamente de sus sandalias y con un paño, que moja con agua de su cantimplora, comienza a limpiarlos con suavidad. Realiza la tarea de forma hipnótica y precisa, refregando el pedazo de tela con movimientos circulares desde la planta de los pies,

escalando pausadamente hacia arriba, y ocultando su mano por debajo del vestido, mientras la muchacha deja escapar algún quejido involuntario que él ignora. Su lengua y sus labios recorren el camino delineado por el paño mojado; se sumerge en el triángulo que forma la parte inferior del cuerpo de ella. Mussaritt grita, su cabeza emerge del vestido. Enfadado, se retuerce de dolor mientras se toma la boca con ambas manos. Al retirarlas, alcanzo a distinguir una ampolla amarillenta en su labio superior, como si se tratara de una quemadura. Tras intentar anestesiar el dolor arrojándose agua sobre la herida, toma a la muchacha de la nuca y la abofetea con todas sus fuerzas.

Saco el cuchillo de mi cintura y lo arrojo hacia él. Fallo por unos metros. Mussaritt toma a la muchacha y la sube al caballo de su compañero, que aún bebe con avidez la sangre de su amo. Mis pasos al bajar desprenden pequeñas rocas que alertan a Mussaritt y le señalan mi presencia. Él arranca el puñal del vientre de su compañero y cabalga hacia el final del pasaje. Acelero evitando tropezar por la pendiente, pero cuando logro llegar al cuerpo sin vida del otro hombre, la veo alejarse de mí una vez más.

Mi silbido retumba por las paredes rocosas y atraviesa los confines del pasaje dirigido a Megenn. Tomo mi cuchillo del suelo. Corro en dirección a Mussaritt para ganar metros. A mis espaldas, oigo el trote y me preparo para montarla en carrera, como hacía cuando era un muchacho. Ella aminora la marcha para permitirme subir y nuestros movimientos se hermanan a la perfección para convertirnos en uno solo. Aún nos llevan una gran ventaja, pero la estrechez del pasaje le dificulta el paso por tener que dirigir ambos caballos. El margen se acorta: la muchacha está cada vez más cerca.

Algo ocurre en el cielo mientras cabalgamos. Megenn también lo nota. Una nube de tono violáceo se forma sobre nosotros a una velocidad llamativa. Aunque el viento no sople dentro de la montaña, sé que es imposible que una tormenta se forme de esa manera, casi instantáneamente. Los caballos de Mussaritt parecen reticentes a seguir avanzando y se detienen por completo. Él los fuerza a continuar, pero los animales están asustados.

—Devuélveme a la muchacha.

—Tu hora de dormir ya pasó hace rato, Mevugar. La recompensa es mía.

Doy la orden de avanzar; Megenn galopa con furia hacia Mussaritt. Tomo la navaja y la arrojo: logro herir a su caballo en una pierna. Desenfundo mi segunda arma, pero Mussaritt se anticipa a mi embestida y me lanza su cuchillo, aún cubierto por la sangre de su compañero. El impacto me separa de Megenn y me desplomo contra el suelo. Ella se detiene al sentirme caer. Los músculos de mi pecho se agarrotan; el dolor inmoviliza mi brazo izquierdo, me impide levantarme.

Una mancha se extiende sobre mis ropas desde el mango del puñal. Megenn intenta lamer la sangre de la herida. La alejo: su lengua rugosa me provoca aún más ardor del que ya siento. Observo a la muchacha, aún inconsciente, y me invade una sensación de vacío tan intensa, que incluso absorbe el dolor en el hombro. Ya no tengo fuerzas. Por encima de las laderas, vuelvo a ver la nube. Su color me convence de que no se trata de una nube ordinaria. Sus extremos resplandecen de forma intermitente, como si se tratase de una tormenta, y a medida que se desplaza sobre nosotros, puedo observar una especie de superficie gris, como el hierro, que parece desprenderse de ella. La mezcla

del color violáceo y metálico en el cielo es omnipresente. El resplandor se vuelve más frecuente, más intenso.

Un estruendo retumba sobre la montaña.

Mis ojos son forzados a cerrarse por la luz que despiden la nube: la más brillante que jamás haya visto. Los caballos relinchan enloquecidos y escucho como se golpean contra las paredes de la montaña. Megenn tiembla junto a mí. No me ha abandonado. Los gritos desesperados de Mussaritt son apagados por un inmenso objeto que impacta cerca de nosotros. Ahora una capa de polvo cubre el pasaje. Tomo el mango del puñal en mi hombro para intentar retirarlo. Junto lo que queda de mis fuerzas, pero no lo consigo. El tirón me provoca un dolor insoportable, así que suelto el cuchillo; vomito un poco de sangre a causa del mareo. Mi cabeza se siente ligera. El color violáceo se esparce en el cielo, invade todos mis sentidos.

La oscuridad me rodea. A través de ella se oyen quejidos de dolor que me devuelven a mi propio cuerpo. Los sonidos son lejanos, externos. El dolor se restablece con el resto de mis sentidos. Me lamento por no permanecer en ese estado suspendido: no quiero despertar. La arena me golpea, enciende la herida en mi hombro. Abro los ojos con dificultad y veo la nuca de Megenn frente a mí. Voy montado sobre ella, avanzamos por el desierto. Dirijo la mirada hacia mi hombro y veo que el puñal permanece allí clavado. Acerco mi mano a él, pero el contacto agudiza el dolor. Lo mejor será dejarlo ahí por ahora. Oigo los quejidos nuevamente y al seguir con mis ojos el sonido, veo a uno de los caballos de Mussaritt cargando a la muchacha. Examino rápidamente los alrededores. Estamos solos.

—Por fin despiertas. No te preocupes, Mussaritt ya no nos molestará —dice ella con dificultad, adivinando mis pensamientos—. En realidad, ya no volverá a molestar a nadie.

—No soy digno de acompañarte: ahora comprendo el silencio de Las Voces. Lamento haberte dejado a su merced.

—¿Qué dices? —exclama mientras se toma el vientre y se queja de una contracción. Ella es la fuente de aquellos gemidos—. Aun estando malherido sigues en pie y en ningún momento me abandonaste. Tu determinación nos trajo hasta aquí. Ambos te lo agradecemos.

La muchacha se dobla de dolor. Grita con una desesperación que contrasta con la quietud de la noche. Me acerco a su caballo para ayudarla a acomodarse. El bebé no tardará en llegar, me dice con la mirada. Levanto mi cabeza hacia el cielo en busca de la orientación de las estrellas. La nube sigue ahí. No estoy seguro qué pensar. Un cúmulo de ideas atraviesan mi mente, pero soy incapaz de hallarles sentido.

—¿Viste lo que ocurrió en las montañas? —le pregunto con temor a su respuesta.

—Estaba inconsciente.

Al parecer Megenn es la única que presencié la escena. Intento descifrar algún mensaje oculto en sus ojos, pero afortunadamente no me transmiten las respuestas que tanto temo encontrar. Solo es una nube.

Un sonido en el horizonte atraviesa mis oídos como un puñal. Mi mente intenta suprimirlo, pero mis sentidos se mantienen alerta, implorando que sea una equivocación propia de la vejez. Cierro los ojos, escape del desierto. La vibración viaja a través de la oscuridad. Los sonidos me alcanzan.

El Cuerno de Las Sombras.

Su canto, todo lo que representa, es ahora ineludible. Miro a la muchacha, que me interroga con sus ojos, y le respondo con un gesto de resignación. Todo está perdido. Cientos de soldados con túnicas grises y negras marchan contorsionando su cuerpo. Sus movimientos obedecen los sonidos del Cuerno. Algunos se dividen en círculos alrededor de mulas que arrastran por el desierto. Entonan sílabas con voz gutural y contraen su cuerpo de forma hipnótica. Megenn tiembla. Algunos se arrojan al piso y mueven las manos con violencia. El resto cabalga hacia nosotros. El miedo paraliza mi mente, le envía un único mensaje: huyan. Regresar ya no es una opción. Las Sombras bloquean nuestro paso.

Con sus ojos entrecerrados, a causa de una nueva contracción, la muchacha me mira con tristeza y extiende su mano, como en señal de despedida. Aprovecha mi sostén para bajar del caballo y se tiende en el suelo. Megenn y yo la observamos confundidos. Ella aparta la mirada, cierra los ojos. Su respiración se acelera. Le pregunto si ya entró en trabajo de parto, pero no me responde, sigue concentrada en respirar. Levanto la vista hacia el frente: Las Sombras se acercan. Quiero gritarle a su bebé que se quede adentro de su madre, que no salga; este mundo se niega a recibirlo. Levanto la mirada instintivamente. Ella tampoco nos ha abandonado.

La nube se expande en el cielo mientras Las Sombras avanzan hacia nosotros. Alzo la mano como para intentar tocarla. Presiento que de alguna manera está conectada con Las Voces. Escucho a mi lado a la muchacha: su respiración parece estar hermanada con las luces de la nube; su ritmo, su frecuencia, su intensidad. Ella extiende



su brazo con la mano abierta, implorando contención. La aprieto con fuerza para que su agarre desesperado no me rompa los dedos. Un calor estridente recorre todo mi cuerpo y se concentra en la herida. El metal del cuchillo se contrae, desgarrando mi hombro. Las sombras ahora están frente a nosotros.

Los soldados contemplan la columna de nubes en el cielo. Sus caballos se sacuden, relinchan nerviosos. El terror se transmite desde sus rostros. Un hombre de porte señorial da un paso al frente. Su túnica es diferente: con vivos dorados entre el gris y el negro; su casco está cubierto con símbolos del pasado. Se vuelve hacia los soldados y desenvaina su espada. Los caballos se niegan a avanzar. Les ordena que desmonten y ataquen a pie. Al librarse de los hombres, los caballos huyen en estampida y arrollan varios soldados en el camino.

La nube se enciende. Cubre todo el espacio con su luz. La muchacha ahora oprime mi mano con más fuerza, respira con desesperación. Las Sombras detienen su avance. El brillo es tan potente que me obliga a cerrar los ojos. Los gritos de dolor de la muchacha son opacados por un estruendo. Su mano por fin me suelta. El impulso me arroja hacia un costado y caigo sobre el puñal que me atraviesa. La luz se cuela a través de mis ojos. Lo único que logro percibir es un olor, cada vez más lejano, como a carne quemada, que se diluye en silencio, hasta desaparecer.

Mis ojos se abren lentamente, como intentando protegerme de la escena que me rodea. Me incorporo con cuidado. Un mar de cenizas cubre una especie de fosa a nuestro alrededor. El olor a carne quemada me invade de golpe,

me hace retroceder. A mis pies, veo el casco del hombre de porte señorial. La muchacha está tendida en el suelo, apenas consciente, pero con vida. Me acerco a ella y me dice que no puede aguantar más: las contracciones son cada vez más frecuentes. Tomo su mano y le digo que en este lugar se respira la muerte, es impropio para recibir nueva vida. Levanto la vista: el cielo se encuentra extrañamente despejado. Intento convencerme a mí mismo, pero los cadáveres de Las Sombras de inmediato tiñen a mis pensamientos de un tono violáceo. Diviso una estructura rocosa en el sureste: Ma'arat Hamavet. La recuerdo de cuando solía realizar este trayecto años atrás. Ayudo a la muchacha a levantarse, le sugiero que lo mejor será refugiarse allí. Tu bebé va a nacer en ese lugar, le digo sonriendo mientras acaricio su espalda.

Atravesamos el cráter con cuidado. Algunos restos humanos sobrevivieron a la incineración: uñas, dedos, una lengua. La muchacha se retuerce sobre el caballo y gime desesperada. Le pregunto si puede soportar el galope, ella responde con un gesto afirmativo entre sollozos. Megenn toma la iniciativa y el caballo la sigue. La muchacha se queja, pero es fuerte. Le digo que no falta mucho para intentar tranquilizarla.

La tomo del brazo y la guío hasta el interior de la cueva con cuidado. Sus gritos rebotan contra las paredes, provocan un eco en el interior. Está fresco, agradable. Es un buen lugar para nacer, le digo. Saco del bolso una manta y la apoyo contra el suelo. La muchacha se acomoda sobre ella. Estoy cómoda, miente. Me disculpo por no llegar hasta el pueblo y por los inconvenientes del camino. Ella se molesta y me dice que deje de disculparme. Se incorpora a medias para pedirme que la asista en el parto, que reciba a

su hijo. Le digo que nunca estuve presente en el nacimiento de un bebé, solamente en el de un par de corderos y en el de Megenn. Es lo mismo, me dice, solo necesitas tirar de él cuando aparezca su cabeza. Ya está por salir, lo presiente. Me pide que levante su vestido. Cuando acerco mi mano a sus partes íntimas un calor ajeno la rechaza y me obliga a retroceder. La sensación me provoca un mareo que torna más punzante el dolor en mi hombro, hasta ahora adormecido. Me alejo hacia el exterior de la cueva para vomitar.

El calor me persigue mientras escucho los gritos de la muchacha suplicando que vuelva. Doblo mi cuerpo y vomito un poco de sangre. Algo sucede. La sangre no cae al suelo: permanece suspendida en el aire. Me acerco a Megenn y no logro oír su respiración. Está inmóvil. El caballo se encuentra en las mismas condiciones. No oigo nada: los gritos de la muchacha desaparecieron. Tan solo un débil zumbido corta con el silencio del desierto y retumba en mis oídos. Levanto la cabeza y advierto un brillo que desciende desde el cielo. Es la nube. Su luz intermitente es el único movimiento que percibo.

Alzo mi mano hacia el cielo y maldigo con la poca fuerza que me queda. ¿Por qué no me dicen nada? El zumbido penetra mis oídos con más violencia: se vuelve ensordecedor para enseguida desvanecerse. A mis espaldas, escucho un golpe seco impactar contra el suelo. Al voltear veo un charco de sangre en la entrada de la cueva y a Megenn lamer una de sus patas con tranquilidad. La luminosidad en el cielo se ha disipado por completo.

Me dirijo hacia el interior de la cueva. La muchacha está de pie. Sostiene algo en sus brazos, cubierto por telas blancas. Me acerco y le pregunto qué pasó. Ella sonríe.

Se descubre el vestido amorosamente y empuja contra su cuerpo a lo que sostiene en sus brazos. La manta en el suelo está blanca, limpia, sin rastros de sangre. Ella me dice que todo está bien, pero dudo de sus palabras. Acercó mi mano para descorder con cuidado la tela, y al verlo, retrocedo cubriendo mi boca para ahogar un grito.

La cabeza está formada por protuberancias uniformes. El cráneo vibra a través de la piel. Una fila de dientes triangulares se asoma sobre las manchas grises que cubren los labios. Sus ojos. Esos ojos inhumanos cargan el juicio de los cielos. Un terror que jamás he sentido me invade cuando se percata de mi presencia. Me observa fijamente, con expresión estática. Lo siento hurgar en mi interior. Su mirada parece adivinar mis pensamientos más oscuros acerca de su naturaleza, de la muchacha, de Las Voces. Su mano —o pezuña— solo cuenta con tres dedos que aprietan a su madre; ella lo observa con una ternura incomprensible. Es una abominación, le grito. Ella no me oye, es incapaz de apartarse de la mirada del niño, hipnotizada por esos ojos antinaturales.

Deslizo una mano por mi cadera, la otra por el tobillo: no encuentro nada. Mis ojos se detienen en mi hombro. Sin pensarlo, tomo el mango del puñal. Grito para anticiparme al dolor; respiro con todas mis fuerzas antes de retirarlo. Un tirón seco libera a mi hombro de la prisión metálica: la sangre emana a borbotones. La muchacha no desvía la mirada de su hijo. Mi visión se nubla. El desierto, la nube, la carne quemada. Alzo la mano que sostiene el cuchillo. Las imágenes atraviesan mi mente mientras empuño el arma y me dispongo a asestar el golpe.

Ella me observa desde el suelo. No comprende lo que acaba de suceder. En una de mis manos sostengo la tela que envuelve al cuerpo, ahora cubierta por un líquido azul y pegajoso; en la otra, mantengo apretado el mango del puñal con temor a soltarlo. Él no lloró.

El zumbido me invade nuevamente. Obstruye el resto de los sonidos en la cueva. La muchacha ahora sí reacciona, se levanta con dificultad. Grita sin que pueda escucharla. Sus puños me golpean el pecho, pero soy incapaz de percibir cualquier sensación externa. El zumbido se apaga y deja paso a un silencio que parece comprimir el espacio. La muchacha ya no me golpea, ahora se arroja al suelo a abrazar el cuerpo envuelto en el pedazo de tela. Mientras la observo, el silencio se rompe.

Una sensación de calidez me invade repentinamente. Invade mis sentidos, abraza todo mi cuerpo. Me desplomo en el suelo a merced de palabras extrañas que inundan mi mente. Viajan por la cueva como gritos en las rocas. Son Ellas. Puedo sentir las.

Las Voces. ⊛

# ÁRBOLES EN LA NOCHE

RAMIRO SANCHIZ

**Ramiro Sanchiz** (Montevideo, 1978). Escritor, ensayista y traductor. Sus últimas novelas son *La anomalía 17* (2023), *Ahab* (2022) y *Un pianista de provincias* (2022). Ha publicado además la nouvelle hyperpulp *Nadie recuerda Mlejnas* (2011, 2023) y las novelas *Verde* (2016, 2023), *Trashpunk* (2012, 2021) y *Las imitaciones* (2016, 2019), además de los libros de teoría-ficción *Ejercicios de dactilografía* (2022) y *Guitarra negra* (2019), más los ensayos *Matrix acelerada* (2022) y *David Bowie: posthumanismo sónico* (2020). Cuentos y ensayos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Cósmica Calavera*, *Revista Próxima*, *El tercer mundo después del sol*, *Visiones 2022*, *Recalibrando los circuitos de la máquina* y *Cíborgs, zombis y quimeras*, entre otras.

Supé después que se llamaba Federico y había llegado demasiado agotado por el viaje (y la enfermedad, cabe suponer) como para empezar a conocer los predios ese mismo día. Ya avanzada la semana, cuando se acercó a mi puesto en la biblioteca, recién había terminado su primer recorrido; le habían mostrado el parque, los juegos, el monumento a los líderes de la Revolución, los murales y buena parte del edificio principal. Se presentó –empequeñecido, sombrío, ojeroso– con una compostura que no era propia de su edad, en la que adiviné ese carácter grave y melancólico de los enfermos. Quería saber, dijo, si podía hablarme, si sus palabras me hacían daño o si, peor aún, podían contagiarme. Entendió pronto que no, y con una forma peculiar de alegría o alivio –que parecía agrandarle ligeramente los ojos, o quizá más bien redondearlos– me pidió libros de historia, después de aclarar que, si bien ya había leído sobre la Gruta y la Fuente, los libros que circulaban en la Tierra no abundaban en detalles.

Le presté los más sencillos, pero cometí el error de advertirle que no eran para niños. Eso le molestó, y me lo hizo saber. Al día siguiente me devolvió el primero;



entendí que había apurado la lectura para demostrarme su velocidad o concentración y que era un niño inteligente, al que le gustaba que le reconocieran el talento. En casos así, dicen, el tratamiento de la enfermedad es complejo y las perspectivas de éxito escasas; el hecho de que lo hubiesen trasladado a Kastorp a una edad tan temprana era, por añadidura, una señal de que su caso era de los más difíciles. Recuerdo que pensé *ojalá salga todo bien*, ya desarrollando el vínculo con el chico, y fue en ese momento cuando me preguntó por mi vida, como si resonara empáticamente. Qué pasó que terminaste acá, dijo, con asombro sincero, y podía referirse tanto a acá, la biblioteca, como acá, el planeta. O una tercera opción que yo no quería ver. Pero era un niño, después de todo, y lo imaginé criado en un mundo en el que todo lo que yo había visto en los últimos veinte años no era más que un rumor distante o una realidad demasiado cercana a la ficción; su pregunta podía equivaler a querer saber cómo alguien se convierte en guardián de unicornios o criador de dragones.

Le conté que estaba por cumplir cincuenta y cinco años y que había pasado los últimos treinta en Kastorp. Sacó la cuenta mentalmente; 1958, dijo, pero eso es más antiguo que el hospital. Muy bien, le dije, como si le hablara a un bebé que empezaba a reconocer las formas o los rostros familiares. Y esa fue la primera vez que lo vi sonreír.

—Claro —proseguí—; trabajé de muchas cosas antes de que se estableciera el hospital. Fui operador de radio, después encargado de sistemas, después capataz técnico de las obras del puerto, y ahí sufrí un accidente. Nada grave, en realidad, pero perdí mis acreditaciones y terminé buscando trabajo en el hospital. El resto es donde me encontraste. Soy el bibliotecario del hospital desde 1978.

—El año en que nací —añadió.

—Diez años, sí.

—¿Y es muy difícil operar el saltador en el Foso? —preguntó, me pareció que simplemente por preguntar algo, cualquier cosa.

—No, ahora tengo entendido que se usan computadoras, pero cuando yo aprendí era todo muy mecánico. Casi te diría que de fuerza bruta y poco más.

Se quedó callado. Lo miré y traté de hacerle la pregunta sin hacerla, de dejarlo entender que podía contarme.

—Pues yo no llevo ni un año enfermo —dijo de pronto—. Encontré un vestigio en Punta de Piedra, que es un lugar en... ¿Pero usted, en la Tierra, dónde vivió?

—Nací en España; mis padres eran diplomáticos en el segundo gobierno de Giral; nos fuimos a Moscú cuando cumplí quince. Después estudié y me matriculé en el saltador.

—Debió ser de los primeros.

—Promoción 1957, la segunda. No me alcanzaron las calificaciones para la kastórpica, pero sí para hacer el viaje, al año siguiente, como trabajador técnico.

Asintió con la cabeza y carraspeó.

—Ahora me gustaría llevarme otro libro. Más... complejo, esta vez.

Bajé del estante la *Historia General de Kastorp* y le desee suerte. Se fue contento, abrazado al libraco.

Esa semana yo había previsto tomarme tres días libres y planeado pasar el primero en la Colonia Uno. Tenía que poner algunos papeles en orden en la oficina del Partido, pero sabía que eso no iba a llevarme más de una hora o

apenas un poco más, por lo que mis planes incluían también ir al kino, comer en un buen restaurante, pasear por la costanera y visitar las librerías en busca de novedades. Volví al hospital temprano esa noche, cansado por el viaje y con ganas de dormir. Me levanté a la mañana siguiente, pasadas las diez. Pronto estaba aburrido y sin saber qué hacer, pero también con esa intuición que me invade a veces y avisa de una conexión especialmente fuerte con un paciente del hospital. Al principio no sé qué canal encontraré ni cómo se dará ese vínculo –más allá de una suerte de empatía nebulosa–, pero pronto todo empieza a configurarse; así, mientras me preparaba el café y daba vueltas por la cabaña, empecé a imaginar qué estaría sintiendo Federico en esos momentos. Sin pensarlo mucho más bajé hasta el lago; allí estaba, sentado sobre la tierra húmeda, jugando con un palo y un montón de hojas secas. Fue fácil entonces, antes de hablarle, ponerme en su lugar y ver o tratar de ver la arquitectura y el paisaje desde la mirada de alguien cuya memoria no cargaba con un lastre de treinta años. A través de los ojos de Federico, entonces, sentí el peso de los grandes árboles que bajaban por la loma hasta el lago y cubrían con sus copas los perfiles del hospital; con sus oídos escuché el rumor de las aguas y el zumbido lejano de las máquinas del sótano. Sentí que el niño recorría con la mirada las escaleras, amplias y sucias, con sus hoces y martillos, o el agua pesada y estancada; pensé en la oscuridad vegetal y húmeda de la gran pared, en esos volúmenes y cuerpos de gigantes dormidos y quizá un poco obscenos, en las manchas de moho, en los líquenes, en las enredaderas y en los insectos que pululaban sobre las aguas quietas, en el olor de la vida acuática y vegetal. No era del todo nuevo: había algo familiar, algo vinculado al calor del verano, a

la vegetación caliente y descompuesta, a la arena fina y no tan remota. Pronto me encontré preguntándome qué habría visto el chico, qué intensidad de encuentro –él había dicho un vestigio, pero quizá fue algo más fuerte– le habría ocasionado la enfermedad.

Conversamos un rato sentados en la arena; había estado contemplando los murales, dijo, y había intentado copiarlos en un cuaderno. Su trazo era torpe –y por alguna razón eso me sorprendió, como si hubiera asumido que tenía que dibujar bien–, pero podían reconocerse los tractores y las chimeneas, la célebre escena pintada por Goncharova del bólido de Tunguska, la apertura del primer Foso, la salida del Dragón y la Ballena, y la misión Vernadsky. Después me preguntó si tenía hijos y le respondí que sí, pero que vivían las dos con la madre, en el Soviet norte. Quiso saber si me visitaban; a veces las visito yo, le dije, y guardó silencio. Quizá él también estaba intentando ponerse en el lugar del otro. Entonces le pregunté si le gustaba el lugar, si ya había encontrado un espacio favorito en el Hospital. Y lo había hecho: estábamos allí. ¿Por qué?, le pregunté, y añadí que no era tan común la elección, que después de todo estábamos detrás de todo lo más importante del Hospital, en una zona descuidada de su arquitectura, frente a una laguna inmóvil y sin gracia.

–Quería ver de cerca esas partes –señaló las escaleras–, precisamente por eso, porque se nota que son las menos cuidadas. Todo lo demás está *renovado*, ¿no?

–No sé si usaría esa palabra, renovado –le dije–, pero es verdad que aquí el tiempo se nota de manera algo distinta.

–Pero yo no termino de entender.

–Es que nadie lo entiende, Federico, para eso hay teorías, hay interpretaciones...

—Los humanos llegamos a Kastorp en 1938, con la Segunda Ola Soviética post-Tunguska. Después se empezó a construir la Colonia y después el Soviet, y en algún momento el Hospital. Lo leí en el libro que me prestaste.

—El Hospital, claro, en 1973. Esa es la fecha de la inauguración, pero el edificio completo como se puede ver ahora se terminó de construir recién hace ocho años. Sucede que...

—Sí, eso también lo leí. Los cimientos ya estaban... Eran ruinas.

—Exactamente; están en todas partes, por todo el planeta, en el Soviet, en las colonias.

—Y eso es lo que no entiendo. ¿Eran ruinas humanas, en un planeta que recién se había descubierto?

—No sólo eso; tenían tres mil años, según algunas dataciones; más según otras.

—¿Cómo puede ser? —hizo una pausa, me pareció que trataba de sonreír—; no me digas nada, yo ya lo leí en el libro... Es solo que...

—La *Historia General* es un libro viejo, tiene casi diez años; desde entonces no es que se haya descubierto algo realmente importante, pero al menos se han formulado más hipótesis. Para los físicos, por ejemplo, es una cuestión resuelta. Viajar de la Tierra hasta Kastorp por la distorsión espaciotemporal del Foso implica avanzar miles de años al futuro; en esos miles de años otros humanos debieron llegar aquí por medios que aún no hemos descubierto, para construir sus ciudades y después desaparecer, no sabemos por qué. Hay quien sugiere que esos viajeros huyeron de la Ballena, el Dragón y la Serpiente, o de sus vestigios, que en algún momento, todavía futuro para nosotros, despertarán y se moverán como lo hicieron en sus primeros años en la

Tierra; otros dicen que aquí fue donde encontraron la cura de la Enfermedad, en la Fuente. Y están los que piensan que la Ballena, el Dragón, la Serpiente y el Enjambre también vienen del futuro, que salieron del foso de Tunguska buscando un camino de retorno al hogar. Pero lo que sabemos con certeza es otra cosa: que los humanos que vinieron aquí dejaron estas ruinas. Por eso los arqueólogos buscan tanto entre las ruinas de Colonia Tres; ahí, dicen, podrán encontrar planos de esos medios que trajeron a los humanos hasta acá sin desplazarse en el tiempo.

—Pero si entro al foso y vuelvo a la Tierra no es al futuro...

—No digas *si vuelvo*. Es *cuando vuelva*. Y en efecto, volverías a una Tierra en la que pasó únicamente el tiempo de tu ausencia, las semanas o meses que te tome curarte aquí.

—Eso es lo que no entiendo.

—Eso es lo que nadie entiende.

Pasé casi todo mi tercer día libre limpiando la casa y poniendo en orden mi fichero. Esa noche llamé al Hospital y pregunté por Federico; lamentablemente, lo que me contaron confirmó mis sospechas. El suyo era un caso grave, en efecto. Había encontrado el vestigio de una de las criaturas (en su país, supe, las llamaban los *altes*), no estaba claro de cual. De hecho, el equipo de médicos aún no había determinado qué curso debían seguir más allá de los cuidados preliminares de fondo, porque hasta que no pudieran determinar si se había tratado de un vestigio de la Ballena o si lo era de la Serpiente (el Dragón,

naturalmente, estaba descartado) no podían recurrir a las drogas específicas. Yo no soy un experto, por supuesto, pero la mirada triste y grave, el tono de voz que empezaba a carcomerse hacia adentro y la preocupación por el tiempo me parecieron pautas bastante claras de contaminación de la Ballena; en mi experiencia, los pacientes que ingresan tocados por la Serpiente arden con una pasión inagotable que los lleva a automedicarse y experimentar ellos mismos con drogas y situaciones terapéuticas; en el peor de los casos, a la violencia autoinfligida. Son en definitiva los que duran menos, y los pacientes con menos chances de ser aceptados por la Fuente o, peor (es horrible cuando sucede), de ser reconstituidos con exactitud. Los tocados por la Ballena, en cambio, mantienen una cronosis humana, y su mayor problema es el mediano a largo plazo.

Al día siguiente retomé mi puesto; no habían pasado ni diez minutos desde la hora de apertura cuando apareció Federico con los libros para devolver. Ahora necesito uno más específico sobre la Enfermedad, dijo.

—Hay que tener un poco de cuidado con esto... no es bueno saber demasiado.

—Tampoco es que me vaya a hacer mal, ¿no?

No le dije nada; me fijé en el sistema si teníamos algún ejemplar del *Gran Manual* y, tras comprobar que en efecto quedaba uno sin prestar, le indiqué cómo podía tomarlo él mismo. Descarté el *Historia natural de la Serpiente* de Yefremov porque era una edición tan vieja que presentaba el ya perimido nombre genérico de las criaturas en caracteres cirílicos, y tomé nota mental de encargar una versión actualizada. En cuanto a Federico, caminar entre las estanterías iba a entusiasmarlo, pensé. Sonriendo, se internó en busca del volumen y regresó casi de inmediato.

—Impresionante, me parece que voy a tener que contratarte —le dije, y se puso colorado.

—¿Vos decís que tengo para mucho tiempo acá?

—Nunca se sabe, a veces cuanto más mejor; en otros casos, se pueden ir curados enseguida.

—¿Vos alguna vez estuviste en la Gruta?

La pregunta me paralizó, como siempre. Era algo que jamás había aprendido a hacer: todos los enfermos tarde o temprano me hacían esa pregunta (salvo, por supuesto, los que no se preocupaban por los libros y la biblioteca, pero estos nunca fueron mayoría) y yo jamás reaccionaba a tiempo.

—No, nunca. De lejos, nada más.

—Pero alguna vez te deben haber contado qué vieron...

—Eso sí, claro —Federico debió notar mi alivio—; pero no es fácil de contar ni mucho menos de entender si no se ha pasado por la Enfermedad. Es como si tú me contaras qué viste cuando te encontró el vestigio.

Me respondió enseguida, como si hubiese estado esperando la pregunta.

—Árboles, no sé cuántos, a veces recuerdo tres, a veces cinco. Uno adelante, dos atrás. Y todo está oscuro, como si fuera de noche, y en realidad no son árboles. A veces es una cosa sola, que parece cinco árboles o tres árboles. Están flotando, con las raíces a un lado y las ramas a otro, pero las mueven como si fueran tentáculos. A veces parecen cables, también.

—Se lo contaste a los doctores, supongo. ¿Quién es tu jefa de equipo? ¿Alina?

—No, Inessa. Inessa Nikolaevna...

—Inessa Nikolaevna Sidorova... Los nombres rusos son complicados, ¿no?



—Traté de contárselo de mil maneras, y siempre llego a lo mismo. Me preguntan si lo sueño, si lo puedo recordar cuando yo quiero, si a veces lo recuerdo distinto. Y les digo que sí a todo, porque a veces estoy más cerca de los árboles o del árbol. Pero siempre es de noche.

—¿Te puedo preguntar algo más? —asintió—. Si dejas de lado los árboles, ¿qué es lo que recuerdas? ¿Cómo llegaste ahí, cómo volviste a tu casa?

El niño tenía los ojos fijos en mí, como si su historia estuviera grabada en mi rostro y él sólo tuviera que leerla cuidadosamente.

—Lo único que sé es que volví caminando y que entré al pueblo y después a mi casa pensando que era un fantasma, que les iba a hablar a mis abuelos y no me iban a ver, que les iba a tener que gritar. Pero a veces me parece que eso fue lo que soñé esa primera noche, que habíamos bajado a la playa con mi abuelo y mi padre, a pescar a la encandilada. ¿Sabés qué es eso?

—Sí, creo que sí, es cuando pescas de noche, ¿no?

—Llevás un farol que atrae a los pescados, y los tenés que agarrar con un calderín o con un mediomundo o, si tenés, una red. A mí nunca me gustó pescar a la encandilada. Me da miedo el mar de noche.

Se detuvo. Pensé que a veces los niños que sufren la Enfermedad inventan historias y ellos mismos dejan entrever en su relato una verdad más compleja, hasta que ellos mismos se dan cuenta de que están narrando entre líneas. Ahí es cuando dejan de hablar.

—Después recuerdo entender que estaba contagiando a mis amigos. Y ahí fue cuando me encerraron y después se decidió que vendría acá...

Esa noche traté de reconstruir en mi imaginación esa visión de Federico, la de los árboles, tan común en quienes sufrieron de un contacto con la Ballena o el Enjambre. El número superior a tres que se le aparecía a veces (según consulté en mi ejemplar del *Gran Manual*) podía pensarse como una evidencia de que se había tratado del último, ya que quienes entran en la órbita de la Ballena suelen ver una forma única, inmensa, con miles de ojos, que ocupa o bien todo el cielo o bien la tierra completa, como un mar. Las cinco variantes sin duda sugerían el Enjambre, por lo que temí que el equipo de médicos (e Inessa Nikolaevna Sidorova era famosa por su tendencia a acelerar los procesos) decidiera llevarlo pronto a la Gruta. Pero había algo más, que no dejaba de llamarme la atención: ese retorno fantasmal a su casa, sumado a la idea de que debía gritar para que lo oyeran. Federico, es decir, se representaba a sí mismo como invisible, como una presencia que sólo podía resolverse en sonido.

Al día siguiente Federico no apareció en la biblioteca. Pasado el mediodía llamé al hospital y me confirmaron que habían fijado su descenso a la Gruta para el jueves. Eran dos días más, apenas. Supe también que le habían suministrado una dosis preliminar del activador y que no había reaccionado del todo bien; algo se había salido de los modelos y las predicciones, pero más allá de eso el niño se encontraba estable y permanecía dormido.

No fue un día especialmente complejo ni atareado; pasé el tiempo leyendo una novela y ordenando las últimas adquisiciones, y cerré un poco más temprano que lo usual.

Apenas cené una ensalada con arroz y algo de fruta, para después salir a caminar por la ribera. Hacía un calor inusual para la primavera en el continente, y pensé en mis hijas y en los días del Soviet Norte, remotos, gélidos y luminosos. Habían pasado ya casi cuatro años, me dije, y de pronto era fácil sentirse culpable de no haberle contado la verdad a Federico. Pero ¿a qué clase de comprensión podía llegar? Mejor dejar que me lo preguntara por su cuenta, si es que en los pocos días que nos quedaban llegaba a darse la conversación.

Lo imaginé de pronto, como si la escena forzara su entrada a mi mente y mi sensibilidad, más alto y luminoso, acercándose al lugar en el que sabía iba a encontrarme para contarme, para decirme que las había visto, que habían logrado hablar, que tenía, sí, su mensaje. Pero la ensoñación se desvaneció rápidamente y sólo quedó el temor y un eco de aquel sueño que me había contado, el del niño (¿es uno, es muchos?) que regresa a su casa vuelto un fantasma, que grita y no lo escuchan. Además, no podía saberse qué pasaría, si Federico aceptaría la trama de las voces o si el suyo sería un retorno mudo, un regreso frustrado.

Pensé entonces en la Gruta. Se decía que algunos turistas (o, mejor dicho, algunos padres que jamás habían logrado resignarse a eso que todos entendían y todos, o casi todos aceptaban y callaban para siempre) contrataban *stalkers*, presuntos guías expertos que los llevaban lo más cerca posible para tomar algunas fotografías y después regresar entre náuseas y angustia, y comprendí que si por quién sabe qué razón me despedían del Hospital yo seguramente acabaría así, ganándome unas monedas en el trayecto, contando una y otra vez la historia de las ruinas, las teorías sobre el origen de la enfermedad y el

descubrimiento de la Gruta y su Fuente. ¿O me lo tomaría más enserio y caminaría con honor esa ruta, para lo cual, evidentemente, había que hacer primero lo que todos dan por imposible, en definitiva una muerte casi segura? Quizá no era un destino peor que ser bibliotecario de un Hospital; quizá no había en verdad cómo comparar y se hacía lo que había que hacer, a cada momento, según de qué manera estuviera jugándonos la vida, llevándonos de aquí a allá, haciéndonos saltar, caer, disparar las municiones que tuviéramos a mano y así, llegado el momento, morir. Pero yo empecé a pensar y repensar el sueño de Federico, como si hubiese entendido que allí había una respuesta encerrada, y no solo para el caso del niño sino, especialmente, para el mío: volver como fantasma, gritar para ser escuchado cuando no se tiene cuerpo, cuando se habla desde otro lado. Decidí hacerle entonces esa pregunta, la que, pensé, no se le ocurriría a los médicos. Tan sólo tenía que contar con su presencia, que tuviera fuerzas para visitarme una vez más antes de su descenso a la Gruta.

Y así fue. El miércoles se apareció, muy contento y resuelto a leer más. Dejó el Gran Manual en mi mostrador y pidió algo más actualizado. No hay, le dije, o al menos nada que se preste al público.

—¿Pero y dónde están las teorías?

—En las revistas... Pero la mayoría son técnicas, no sé qué entenderías. Yo, por ejemplo, no las sabría comprender.

—Hagamos la prueba —dijo, y pronto hojeaba las páginas de la *Cosmismo y Kastorp* del mes anterior.

—¿Muchos gráficos, muchas ecuaciones? —le pregunté

y no respondió. —¿Por qué no te sientas, mejor? Si ves que es muy complicada me la dejas y buscamos otra cosa.

Escogió uno de los pupitres, junto a la microficha y al escritorio con las dos microcomputadoras y sus televisores. Dejé pasar un rato y me senté junto a él.

—¿Cómo va la lectura?

—Bien; me salteo las partes técnicas, como dijiste.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Dejó la revista.

—Sí, claro.

—Me contaste el otro día que uno de tus recuerdos recurrentes del contacto con el vestigio fue que al volver a tu casa sentías ser un fantasma, y que tenías que gritar a tus abuelos para que te escucharan.

—Sí, y a veces que se habían ido a pescar a la encandilada y yo bajaba a la playa llamándolos, pero no me oían.

—En esa imagen, o en esos recuerdos, cualquiera de los dos, ¿tú te ves a ti mismo?

Me pareció que algo se coagulaba o cristalizaba en el blanco de sus ojos.

—A veces sí —dijo, asombrado—; ¿cómo sabés?

—¿No se lo has contado a los médicos?

—No... porque en realidad no sé... Puedo no ser yo. A veces pienso que no puedo ser yo, que me veo pero que sé que no puedo ser.

—¿Pero te reconoces?

—Me doy cuenta de que es un niño que se parece a mí, como una copia, pero también sé que eso es imposible.

—¿Y que por tanto no eres tú?

—No sé, es como que vos me decís esto y yo lo pienso ahora, que me pongo a pensar en lo que recuerdo, pero no siempre lo hice. Capaz que es distinto a mí, otros ojos,

la cara más... no sé, simple. Es como si siempre quedara algo de duda, una vuelta más que darle, algo que todavía no pensé... —me seguía mirando con asombro—; pero no entiendo cómo es que podés saber algo que yo no te conté ni le conté a nadie...

—Suerte, intuición, no importa. Siempre hablo con la gente que viene al hospital; algunos me cuentan cosas, algunos incluso cuentan más de lo que creen que contaron.

Sonrió, aliviado.

—Yo debo haberte dicho más de lo que me pareció que te decía, entonces.

—Algo así.

—¿Me puedo llevar la revista?

—Claro que sí; puedes llevarte esta y el número anterior también, por si de tanto saltar ecuaciones te quedas sin nada más que leer.

—Mañana me van a llevar a la Gruta.

—Me la podrás devolver tú mismo, entonces, antes de volver a la Tierra.

Sonrió.

—Espero que sí —hizo una pausa, como con un dejo de indecisión, y después dijo: —Mirá, yo sé que vos no me contaste la verdad. Sé la historia de tus hijas y cómo vinieron tu esposa y vos con ellas al Hospital, a que se curaran en la Fuente...

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté, fríamente.

—Me lo contaron, si querés te digo quién.

Me negué. Federico prosiguió:

—Igual está bien, yo te entiendo. Entiendo por qué tenés que tener una historia así, entiendo que se la cuentas a la gente con la que recién hablás cuando están por entrar al Hospital y no sabés en realidad cuánto tiempo van a

estar acá o qué va a pasar con sus vidas. Supongo que la gente se va; tarde o temprano, sean tus hijas o tus padres. Y está bien. Tenés que intentarlo todo. Y yo tampoco te dije toda la verdad.

Por un momento temí que la medicación de apoyo estuviese fallando y, así fuese por un momento, la Enfermedad se abriese camino en sus palabras.

Carraspee.

—¿Ah no?

—No. En el sueño, o en eso que recuerdo, por ejemplo, a veces siento que mi abuela me ve, o que sabe que estoy ahí, en las paredes de la casa, pegado como una mariposa o un murciélago, o como parte de algo más grande, que es la casa o parte de la casa, la chimenea por ejemplo. No sé si me oye, pero creo que ella sabe, y que si yo quiero puedo hablarle, que ella va a escuchar algo, así sean golpecitos, rasguídos, y que eso es lo único que queda... No sé por qué mi abuelo no sabe, ni mis padres; es como si se hubiesen ido, por eso te decía recién que la gente se va, ¿no te parece? Pero mi abuela sabe algo más. Por qué ella, no sé. Pero supongo que ella sabe también que el otro no soy yo, o que es solo algo parecido a mí, o que somos dos, uno de un lado y el otro del otro, allá... —hizo una pausa— Supongo que ahora sí no me entendés nada, no estoy hablando claro...

—Lo único que me preocupa es que le hayas guardado este secreto a los médicos.

—Yo creo que debieron darse cuenta por ellos mismos. Por algo son médicos. Vos te diste cuenta y sos el bibliotecario.

Me saludó con la mano y se fue, con un gesto en la mirada que parecía darme a entender que sabía que no volveríamos a vernos. Me concentré para evocar aquella

ensoñación que me había asaltado, involuntaria como todas las reales, como todas las importantes, y apenas lo logré: un fantasma de Federico en el predio del hospital, reflejando la luz de la luna llena, agitando apenas chispas de plata entre los árboles y las banderas del Soviet.

Al día siguiente descendió a la Gruta y fue absorbido por las aguas de la Fuente. Yo sabía a qué hora pasaría y recuerdo mi sensación de inquietud, de ansiedad. ¿Qué estaría viendo, pensé, como cuando habían llevado a mis hijas? ¿Qué estará soñando? ¿Qué será lo que las drogas y la Fuente le están haciendo ver? Se dice que todos los enfermos que descienden a la Gruta tienen una visión central, un eje de su enfermedad. Algunos se encargan de repetirla y contársela a todo el mundo; otros, como Federico, la repliegan y confunden, pero dejan entreverla – porque siempre es más poderosa que ellos; siempre es lo que termina por comérselos–, y supuse, por tanto, que Federico vio una vez más sus árboles y quizá allí, precisamente allí, comprendió por qué en su sueño recurrente volvía a casa como un fantasma. La tristeza de la imagen me superó y debí disimular mis lágrimas ante los usuarios de la biblioteca; era como si sonara por todas partes una música profunda, lenta y triste, hecha de pequeñas variaciones y de gran monotonía: la monotonía inherente a que así son las cosas en el universo, así de tristes, y nada podemos hacer al respecto. Esa era, supongo, la tristeza que llevaba consigo Federico Stahl, la que le había arrancado de la carne la enfermedad, la que lo envolvía y fluctuaba a su alrededor, enlazándose a todas las cosas en el espacio que lo rodeaba;



la tristeza —y la lucidez— que le enseñó aquel vestigio del Enjambre o de la Ballena.

Una noche, meses después de haber llegado al Hospital —nuestro caso no fue tan intenso como el de Federico—, recuerdo haber despertado de madrugada para encontrar a mi hija menor sentada en su camita, mirando el cuerpo dormido de su hermana y quizá también el de su madre y el mío. Creo que jamás se percató de que yo la miraba, o si lo supo no la cambió en nada; pronto se recostó de nuevo y volvió a dormirse, pero en ese momento, en la oscuridad iluminada apenas por lo poco de las luces del pasillo que entraba por las rendijas de la puerta, sus ojos absorbieron la tristeza completa del mundo, igual que los de Federico, y mirando en ellos creí entenderlo todo: qué habían visto las dos cuando las tocó el vestigio (en su caso fue una microforma del Dragón), qué cosa las había movido a la tristeza profunda de la enfermedad, y, sobre todo, los caminos que la llevaron a esa noche en la que, así sola en su camita, comprendió la verdad de las cosas. Había comprendido, es decir, que nada valía en el fondo la pena, pero que tampoco había nada más que tomar para creerlo nuestro.

Y como mis hijas, Federico, esa réplica fresca de Federico, de piel pálida y ojos más grandes y aún cerrados, salió de la Gruta arrastrándose entre temblores en ese segundo nacimiento de los enfermos que llegan a Kastorp y superan al Hospital. Lo habrán tomado como tomaron a mis hijas, abrigado con toallas, cubierto con batas, lavado y sacudido con otras tantas drogas, llevado a la cámara central del Hospital, en el subsuelo, donde aflora el corazón secreto de las Ruinas, ese que nadie que no haya pasado por la Fuente puede ver. Allí la trama de las voces lo

atravesó y conformó de nuevo: le dio su nombre, le enseñó las palabras con las que decirse uno de nosotros, un ser humano, un hijo, un niño de la Tierra, que pasó poco más de una semana en un planeta remoto en el tiempo y en el espacio para después volver a su hogar en los últimos días de 1989. Entonces, como yo no fui capaz de hacer, sus padres se convencerán de que ahí está su hijo, de que es el mismo, que pasó en la Gruta un par de noches y emergió sano por fin, débil, sacudido por la experiencia pero en definitiva curado, capaz de hablarles sin miedo al contagio, de llamar las cosas por su nombre seguro y confiable. Se había terminado el terror y podían volver a casa. Su hijo había vuelto, habrán pensado, quizá para decidir de inmediato (para leerlo en esos ojos más grandes, aún un poco rosados) que no había que hacerse más preguntas sino simplemente volver.

Federico pasó unos días en observación y apenas lo declararon apto para recibir el alta se lo llevaron a la Colonia y de ahí al Soviet, donde atravesaron el foso en el saltador. A veces los veo, es verdad; si son niños, figuras pequeñas cubiertas en grandes sacos grises para paliar el frío de la Gruta, que todavía los asedia; grandes gorros con orejeras, bufandas que les envuelven el cuello y buena parte del rostro, a la vez que caminan abrazados por sus madres. Si son adultos, los mismos abrigos pero, además, una prisa ansiosa, en soledad también, todavía en confusión. Van tanteando el espacio con resabios de miedo. El mundo ha de ser nuevo para ellos, por más que ya los cundan las palabras, y algo en sus cuerpos lo sabe. Me pregunto si no

soñarán después, como Federico, que vuelven a un lugar donde ellos de alguna manera ya están.

Pasaron las semanas. No hubo nuevos ingresos en el Hospital ni se llevaron a cabo más descensos a la Gruta. Las noticias de la Tierra poco reportaron de los caminos del Dragón y la Ballena, pero sí hablaron de dos avistamientos del Enjambre y un par de vestigios de la Serpiente, anidados en un glaciar. Los médicos hicieron un día de campo en el lago, en el mismo lugar en que conversamos con Federico, cerca de las escaleras, bajo el zumbido, y yo pensé en pasar una noche en la Colonia, en emborracharme, en dejar el Hospital para siempre y volverme por fin un Stalker. Pero para ello debía descender.

Una mañana desperté con la certeza de que ya era tiempo de intentarlo. Pasé mi jornada restaurando un par de libros dañados, abocado a una tarea meticulosa y lenta, capaz de absorberme, y con la llegada de la noche empecé a prepararme. Así, con todo el cuidado de siempre, bajé a las inmediaciones de la Gruta. El Hospital asomaba a lo lejos, bloqueada buena parte de su visión por los árboles; el sol se había puesto ya, y el cúmulo globular centelleaba en el cielo para recordarnos a todos los humanos que no estábamos en la Tierra y que, por tanto, no sabíamos dónde estábamos. Bajo su luz todo se volvía metálico, ceniciento y, sobre todo, antiguo: un tiempo denso que manaba de la boca de la Gruta y se esparcía, estrella por estrella, a lo largo y a lo ancho del cielo sin luna.

No me atreví a adentrarme más que en otras ocasiones; mis años en Kastorp me habían enseñado cierta resistencia, pero sin la protección que visten los auxiliares que conducen a los enfermos a la Fuente no iba a sobrevivir más de unos minutos. Y trate de ver, fugazmente, siempre

animado por esa curiosa esperanza de poder detectar algún movimiento, un indicio de presencia. Allí están, después de todo, como esas imágenes que, dicen, persiguen fantasmalmente a los médicos y a los auxiliares después de unos cuantos descensos. Y yo quiero verlos; quiero ser capaz de entrar realmente, de bajar por los meandros de la Gruta hasta las aguas de la Fuente y allí, en las paredes que la rodean, ver a todos los niños y todos los enfermos, los reales, no las copias que hace la Gruta y que se abren camino hacia la luz del día como peces abisales; ver a los que hicieron su descenso, a todos sus cuerpos fundidos en esa masa única sobre la que tanto se habla o, mejor, se susurra, los más recientes todavía con sus rasgos humanos, sus ojos cerrados, sus bocas, sus manos estiradas hacia la luz –y los más antiguos ya irreconocibles, vueltos una espiral de quién sabe qué–.

Veré entonces a Federico, veré a tantos enfermos que han pasado por la Biblioteca y me han contado sus visiones, veré a mis hijas, allí, en el fondo de todas las cosas. Y como aquella otra noche leeré la tristeza del mundo en sus ojos y aprenderé así qué hay más allá del mundo, qué ven esos ojos que ya no son humanos, que ya no llaman a las cosas por estos nombres inútiles. ⊛



# EL OLOR

NELSON VERA

**Nelson (M0H4N) Vera** (Bucaramanga, 1978). Creador Audiovisual con Nuevos Medios, Escritor y Músico. Docente universitario, investigador-creador y artistaformador, fundador y director del colectivo 4L3PH. Trabaja como Productor Musical y Diseñador Sonoro para diversos medios Audiovisuales en su Estudio (((Nautilus Sónico))), así como dedicado a las Escrituras Creativas de Ficción y No ficción, con publicaciones a nivel distrital, nacional y en plataformas internacionales. Orientado al Diseño de sistemas musicales y audiovisuales interactivos, y a la Performance audiovisual y artística a través del Live Coding (Codificación creativa en vivo), como nodo local de la red mundial Toplap.

«Olfatear y fregar, olfatear y fregar», repito este mantra mientras caen gotas viscosas de sudor desde mi frente, sobre este charco bajo mi pecho, que reposa sobre el suelo casi perfectamente lustrado de mi habitación y con este fuerte olor a límpido; la obstinaciónse manifiesta a su vez en cansancio, pero el tener que dejar todo extremadamente limpio y libre de sospecha no da tregua. Todos los días, desde hace seis meses, quizá (ya he perdido la cuenta), asisto en medio de la soledad y la miseria, únicamente, a mi propia función paranoica, a lo largo de este tedioso e interminable confinamiento. Con mi mano izquierda sostengo una lupa, y con la otra mano empuño aquel viejo pero robusto cepillo de dientes que uso para limpiarlo todo, hasta las juntas de las baldosas (y cualquier cosa de la que tenga algún tipo de recelo). Llevo años con este cepillo, me recuerda los tiempos maravillosos de mi antiguo matrimonio. No sé, de repente le he agarrado mucho cariño: así y con todo lo desparpajado, ha devenido en mi único compañero, mi única arma y escudero guardián. Le



suelo hablar y siento que él me corresponde. Quizá es lo único que me hace tolerar este encierro. Así están las cosas por estos días, en tiempos de El Olor.

Recuerdo muy bien el día en que todo detonó la «normalidad». Una noticia intempestiva —un informe oficial del Estado— irrumpió en todos nuestros neurotransistores, a fin de notificarnos a todos los ciudadanos sobre el ataque de una presencia identificada como un olor extraño, altamente contagioso, y que sólo afectaría a los seres humanos, extinguiendo a los contagiados en cuestión de segundos, al evidenciar que una vez impregnado en los cuerpos, intempestivamente, se liberaría de éstos convirtiéndoles en polvo... !Así es!... polvo. «Por tanto —recuerdo continuaba el Jefe del Estado— queda rotundamente prohibido salir de sus casas hasta nueva orden... Este olor cada vez se propaga y asecha de forma más rápida, y de momento no logramos dar con su procedencia exacta, causa o forma de contagio... ni mucho menos, la forma de neutralizarlo... Se recomienda, por tanto, y como medida de emergencia, limpiar todas las fuentes de las que sospechen se pueda estar emitiendo algún olor indescriptible, y en caso extremo, si el olor persiste, desecharlas a como dé lugar».

Desde aquel día, me he obsesionado con el escrutinio, la limpieza y el olor al detergente. Olfateo absolutamente todo. ¡Olfatear y fregar, olfatear y fregar! A la vez pienso y me sabe fatal por aquellas personas cuyo aparato organoléptico no funciona del todo bien: !no poder rastrear con tu nariz olores extraños al olor a límpido en estos momentos es de un gran riesgo vital! Yo mismo sufro de congestiones nasales, y cuando tengo algún cuadro alérgico, suelo perder el control de mi sosiego, y la paranoia invade sin concesiones

mi cuerpo y posee mi mano, empuñando en movimientos rampantes mi viejo cepillo. Pienso también en lo terrible de aquellas personas y sus familia que no han podido comer durante días, acuarteladas, fraguando ansiosas en cómo asaltar la despensa de sus —también paranoicos vecinos— en medio de su desespero. Por supuesto, también pienso, y no con cierta frustración y desprecio, en lo desgraciado que son —me incluyo— quienes no podemos hacernos, por su elevado precio, al famoso spray «AntiOlor»: fórmula diseñada y patentada desde hace un par de meses por la empresa AntiFearum, que le permite a la piel humana repeler cualquier olor extraño. «¡El Olor es clasista!», pienso. Por estos días, el riesgo de morir de hambre en casa, por un lado, o de exponerse al inminente contagio letal del Olor —al correr riesgos en el mundo exterior— se ha convertido en la regla, más no en la excepción. Trato de abandonar esta paranoia. Prosigo: «olfatear y fregar, olfatear y fregar». De repente, irrumpe nuevamente la voz del Jefe de Estado en mi neurotransistor y la ansiedad no espera para invadirme: «Compatriotas, intentando sortear el estado de emergencia, a partir de la fecha acabamos de determinar nuevas medidas para la autorización reglamentaria para que puedan salir de sus recintos, única y exclusivamente para salir a comprar mercado, útiles de aseo y, por supuesto, su spray AntiOlor... Para esto, se dispondrá, según su código de identificación algorítmico-genético, un sólo día al mes para dichas compras... ¡repito... sólo una vez al mes!... Les rogamos su comprensión y el acatamiento de estas medidas... El Olor, que, según algunos de nuestros mejores científicos parece provenir del espacio, y que según otros expertos, basados en recientes estudios de caso, parece provenir desde el interior mismo de los seres

humanos, ha aumentado su expansión y ataque inminente sobre, desde y entre algunas personas desafortunadas... Así que, de salir a realizar esas compras, deben hacerlo bajo sus propias medidas y riesgos... Ciudadanos, el Jefe de Estado y su equipo asesor, por tanto, les desea la mejor de las suertes, y, sólo me resta decirles... ¡ que Dios nos bendiga a todos!». Terminada esta transmisión en mi sistema neuronal, empuño de nuevo con fuerza mi cepillo y sin espera prosigo jadeante y con mucho temor con mi labor diaria. Mientras friego de nuevo, lo primero que pienso en medio de este sentimiento de desgracia es que si no sería el mismísimo Dios quien estaría transpirando su furia sobre nosotros como alguna suerte de castigo; luego me hace gracia esta imagen y sacudo mi cabeza; respiro, y vuelvo a fregar y a pensar: ¿pero, de cuando para acá, hemos naturalizado la idea de que existe un Dios levitando por los cielos, y azotándonos con su ira cada vez que se le dé la gana? Una sonrisa enfadada se dibuja en mi rostro, pero la borra de inmediato el sonido intempestivo de una voz robótica en mi neurotransmisor, que comienza a decir mi nombre completo, seguido de mi número de código algorítmico-genético y, finalmente, concluyendo con mi número de turno para salir de compras, con el respectivo día y hora: «viernes-veinticuatro-de-agosto-a-las-ochodoble-cero-horas».

¡Creo tener suerte!, pienso: de un lado debería llegar bien esta noticia, en medio de este eterno encierro, que sólo ha estado habitado por pánico, hambruna, obsesiones y alucinaciones... y claro, de la compañía de mi buen e incondicional amigo, quien con sus protectoras cebras, ha hecho de este paranoico enclaustramiento, una situación mucho más soportable; pero, de otro lado, si bien me

veo en la insoslayable necesidad de hacerlo, a la vez, me siento petrificado por lo que pueda estar ocurriendo allá afuera: el Olor, al parecer, se ha cargado a varias personas del barrio contiguo, según escuché en las datanoticias; y de paso, me he enterado de la forma en cómo éste suele actuar, impregnándose ferozmente en las pieles de las personas, y en cómo, acto seguido, se libera de forma abrupta de los cuerpos... que la verdad sea dicha, prefiero no seguir mencionando...: ¡la imagen que se me viene a la cabeza no puede ser más escandalosa por cuanto indescriptible! Debo calmarme... Puesto en una balanza, no tengo opción: debo tomar el riesgo... ¡Lo mejor será intentar descansar!

Llega el día. No he podido conciliar el sueño por la ansiedad de la noche anterior. ¡Vaya descompensación! Ahora, de repente, no quiero salir de esta habitación. Siento, sin mentir, que ahí afuera, en la sala comedor, algo extraño—invisible e intangible—, está a la espera de que dé mi primer paso, por fuera de la habitación, para asecharme. Debo estar delirando, lo sé, o, ¡quizá no!, pero un olor sospechoso empieza a irrumpir el aroma a límpido. No voy a dejar que esa presencia me intimide. Me abrigo bien, y agarro por supuesto mi cepillo... mi guardián y lo baño en detergente. Abro la puerta de mi habitación, y desde allí apunto con el cepillo, desafiante, hacia todos los lados y, principalmente, hacia el techo. Siento que allí está... ¡esa cosa! Señalo y le grito que se aleje, y sin pensarlo mucho, doy tres zancadas inmensas hacia la puerta principal del apartamento. Tomo aire, y me recubro el rostro, y decido con determinación abrir la puerta principal para

dar irectamente con la calle. Abro y vuelvo la mirada por última vez hacia el interior de mi casa. Ya no siento aquella cosa ahí. Sin embargo me da la sensación de que no debo confiarme y apresurarme. Cierro la puerta y al dar media vuelta, el sol me saluda con una luz incandescente que enceguece mis ojos por un momento. Perplejo, con los párpados apenas entreabiertos, deposito mi cepillo en el bolsillo inferior derecho del gabán que llevo puesto. Hace mucho que no veía el mundo exterior. Me detengo por un momento, aguzo la mirada y oteo el cielo... y luego los alrededores, y siento que esa presencia, ahora mucho más grande e inmensa, comienza a expandirse, cubriéndome desde lo alto del cielo.

Sigo sin moverme del mismo lugar. «Ya no hay marcha atrás», pienso. Observo hacia el fin de la calle, y con gran extrañeza advierto que no hay ningún humano, ningún vehículo... ¡nada!; solo observo una calle otrora tan conocida que ahora luce como un infrecuente mar de brea, y que en otro momento me hubiera resultado maltrecha, insignificante. Ahora se le ve inmensa, con un horizonte infinito, despejado... eterno. Vuelvo la mirada nuevamente hacia el cielo, y otra vez siento aquella presencia, con ganas de asecharme. «Debo moverme pronto». Sacudo mi cabeza y decido marchar directo por el único camino hacia el supermercado. Debo apurarme. En la medida que avanzo, siento la presencia que comienza a perseguirme, sigilosa, como una suerte de perro fiel esperando a traicionar al amo por su espalda. Ajusto sobre mi boca la bufanda que traigo conmigo, me cubro totalmente el rostro como un delincuente encapuchado, y empuño mi cepillo dentro del bolsillo.

Mientras camino por aquella calle, ahora gigantesca, comienzo a contemplar los árboles que la rodean, rebosantes, embellecidos, muy luminosos y llenos de magníficos frutos (y sin ningún sonido humano... ¡cuán raro es todo esto!). Nunca había visto así de verdes y coloridos los árboles. En la esquina veo un generoso manzano, y justo a éste, un poblado arbusto de jazmín, bello, delirante, de flores amarillas y blancas, encantadoras, que emiten desde una gran distancia un hechizante olor, maravilloso, dulce... hipnotizante. Seducido por esto me acerco y tomo una manzana del árbol. Le doy un ansioso mordisco; tomo otra y la pongo en el bolsillo inferior izquierdo de mi gabán. Prosigo cuatro calles rumbo al peligroso barrio vecino, donde se encuentra el supermercado. Pienso que no debería ser arriesgado — claro, sin rastro humano alguno, ¿qué podría pasar?—, pero a la vez siento que la inminente presencia de aquella cosa parece descender lentamente del cielo planeando atraparme con discreción. Vuelvo a apurarme. Al llegar al barrio, en medio de este extrañamiento sobre el mundo de allí afuera, sorprendentemente veo a lo lejos la presencia de un ser humano — ¡cuánto tiempo sin ver a alguien!—, una persona pequeña, sola, se le ve abandonada, al frente de la entrada del establecimiento. Una inquietante sensación entre temor y excitación me invade. Me acerco y advierto que la persona es una pequeña niña, y en la medida que me acerco un poco más, noto que tiene un racimo de flores entre sus manos. Llego hasta ella. Se le ve aturdida pero con un rostro de inocencia. Me detengo a unos pasos frente a la niña, y observo el racimo: son flores de jazmín (quizá de aquel enigmático arbusto que acabo de contemplar). «Señor... —me mira con timidez

y prosigue con voz suplicante— ¿desea comprarme este jazmín para espantar el olor?... Vea que es más efectivo que el mismo spray y... me sirve para comer algo... o, regáleme algo de comer, señor...». La situación me rasga la garganta y me conmueve... pero instintivamente me invade también el temor por el riesgo a tener contacto con alguna persona. ¿Estará infectada?... De repente siento el olor a jazmín alcanzar ahora con más fuerza mi rostro, y el temor se desvanece y me abandona por un momento... ¿Y el Olor? Siento que éste deja de seguirme, por alguna razón. Le sonrío a la niña y le digo que mejor no andar por ahí exponiéndose. «¿No temes al Olor?» Me contesta en silencio, apenas levantando los hombros. «Tengo hambre, señor». No insisto mucho en seguir indagando y tomo de mi bolsillo izquierdo la manzana que había tomado del árbol y se la brindo: «Toma, niña, aquí tienes pero mejor que te vayas pronto a casa». «Gracias», me contesta con una sonrisa tímida. Le devuelvo un gesto compasivo, pero al interior pienso y me lamento por su devenir. Doy media vuelta y dejo a la niña atrás, disponiéndome a ingresar al local. Cuando menos lo advierto, mi sombra se proyecta y se agranda junto con la sombra de la niña: ella ha aprovechado mi ingreso, y ahora se ha camuflado tras de mí para acceder al mismo.

—Eh, tú, chica, ¿para dónde crees que vas? —espeta el cajero—. Te he dicho que se te está prohibido —hace una pausa—, creo que tendré que llamar a las autoridades, que ya te lo he advertido muchas veces.

Ahí comprendo la situación: la niña lleva buen tiempo intentando ingresar al supermercado para quizá pedir ayuda adentro a otras personas. Pero la extraña verdad es que no veo a nadie allí; quizá querrá que yo le siga

invitando cosas. Le digo al hombre del cajero que no pasa nada, que ella viene conmigo. La niña me sonrío con un gesto de agradecimiento y amor familiar, como si yo fuera su padre. El hombre niega con la cabeza pero termina por resignarse. «!Va por su cuenta, entonces, amigo!», me dice. Vuelvo a la niña y la miro condescendentemente, pero igual le increpo en voz baja: «Te puedo compartir algo de lo que compre, si quieres... pero... nada de cometer tonterías... ¿entiendes?». Asiente sonriendo y me da las gracias. «Esta niña me agrada —pienso—... y qué pesar con la pobre». Vuelvo entonces con el cajero:

—Amigo, disculpe, ¿usted sabe en qué sección puedo conseguir el arroz, las lentejas y los spray AntiOlor? — le indago al hombre de la caja, mientras le muestro mi número de identificación para que compruebe mi número de turno, y a la vez observo con extrañeza al interior del supermercado notando la ausencia de personas y las góndolas vacías de productos.

—Vecino —me dice aprobando mi número de identificación—, pues, todo está realmente es en la bodega, después de ese pasillo que se ve al fondo—me señala con su boca hacia un largo pasillo oscuro, y luego mirándome desconcertado me pregunta— Oiga, ¿y su mascarilla especial... para poder ingresar a las zonas de compras? — su pregunta me desconcierta de inmediato, llevo varios días sin salir, y quizá ando tan desconectado del mundo en mi confinamiento que no sabía que se debía realizar las compras con el uso de tapabocas especiales. El hombre niega con su cabeza y saca algo debajo de su caja registradora—. Vea, tome, protéjase —me brinda un tapabocas hecho con bolsas de plástico del supermercado— y diríjase al fondo... allá, detrás de esa puerta l final del pasillo, encontrará



una gran bodega... ahí encontrará con suerte lo que necesita... tiene que ir con esto puesto, si no, no le podré dejar entrar con la demás gente. «¿Demás gente?», pienso con un sobresalto y sospecho de qué puede tratarse todo. —¿Amigo, y tendrá otro tapabocas para la niña?

En ese momento, la niña y yo, con tapabocas en rostro, procedemos a ingresar por el pasillo. Éste se ve muy oscuro, casi veinte metros con apenas un rayo de luz en el fondo. Al final, vemos que cuanto más nos acercamos al final de este se comienza a vislumbrar en el piso de la entrada de la bodega una luz blanca, fuerte, acética, como de sala quirúrgica; y con cada paso, se va incrementando un leve barullo de voces. Le digo a la niña que debe estar tranquila. La escucho respirar profundo, agitada. Hace mucho tiempo que no veo gente aglomerada, y una ansiedad repentina me comienza a invadir. El ruido de las personas se amplifica ahora de forma intensa apenas a un metro de la entrada. «Debe haber muchísima gente», pienso y vuelvo la mirada a la niña, ahora con no cierto temor en mis ojos.

Apenas cruzamos la puerta que daba a la bodega, me invade una luz blanca brillante y un fuerte olor a límpido; y me posee el asombro al contemplar a varias personas en medio de una algarabía sorda y nerviosa, individuos agitados y apresurados, con sus tapabocas elaborados que les hacen lucir como una suerte de alienígenas en mi propia tierra, tratando de hacerse a las pocas cantidades de productos que se alcanzan a observar dentro del lugar. Damos el primer paso, saludando con un ademán casi inexpresivo a los allí presentes, y nos estrellamos con la inmediata respuesta fría de miradas desafiantes: se siente el desprecio pero a la vez la desconfianza en sus ojos, tanto más, al ver cómo observan con desprecio sobre todo a la niña,

como si fuera un bicho raro, el signo mismo del contagio. No hay duda, somos una amenaza en este lugar. «Ahora no solo somos una competencia dentro del recinto... ¡Somos su más claro enemigo!», pienso mientras intento sonreír a la niña. Me acerco a la niña y bajo la cabeza: «No mires para ningún lado... sigue aquí conmigo... vamos hasta la zona del arroz y de los spray y no mires a nadie... hagamos que esto sea de entrada por salida». Yo en ese momento me ajusto la máscara y la miro intentando seguir sonriéndole, pero esta vez ya no lo logro. Algo me dice que esto no va a ir muy bien.

Entonces ocurrió: «Señor, pero qué hace?», le espeta una señora a un hombre de barba espesa y de cara de pocos amigos —quien va con su hija pequeña que se le nota en sus ojos está invadida por el miedo—, al ver que en su coche de compras reposan las últimas veinte bolsas de arroz y de lentejas y los últimos cinco spray AntiOlor de todo el local. «¡¿Señor, oiga, qué le pasa?! —se suman varias voces a la vez— «¡Abusivo!»». De forma exponencial se comienza a armar una algarabía: un hombre gordo decide acercársele al hombre de la barba, y —mirándolo desafiante directamente a los ojos— saca de su carro una de las bolsas que contienen víveres. El hombre de barba no sabe cómo reaccionar. Otra mujer se acerca y secunda la acción del hombre gordo y retira otra bolsa de su carrito: una, dos, tres personas, y así, una tras otra, cada una sacando las bolsas y los sprays del carro del hombre, quien ahora increpa a los sujetos desafiantes y comienza a forcejear con estos. Los insultos y gritos se desatan de lado y lado, y las pugnas cada vez se aumentan tornándose más agresivas. El hombre de la barba maldice y hala con su mano a su pequeña hija ubicándola tras de él. Un coctel de temor y

asco comienza a cobrar vida en aquel sitio. Todo se desborda: la muchedumbre se abalanza atrabiliariamente sobre su carro encerrándole como una barricada. De repente, el señor obeso termina por abalanzarse para atacar al hombre, pero termina empujando a la hija de este quien cae de espaldas expulsada sobre una góndola, golpeándose la cabeza con su orilla y finalmente cayendo inconsciente. Parece grave. Un silencio solemne habita por un momento el lugar. La multitud reacciona y en vez de ayudar a la niña, hacen caso omiso y vuelven nuevamente contra el hombre y su carro de compras. Se empujan entre sí, y alguien advierte retirándose de inmediato del hombre barbado: «cuidado, está hediendo a un olor extraño». Un nuevo silencio interrumpe la acción, la gente no sabe a qué se refiere esa advertencia, pero en cuestión de segundos, le sucede una algarabía y un pánico todavía más fuerte: unas cuántas personas sobre el carro del hombre, forcejeando entre sí por las bolsas; otras intentado huir del hombre por el pánico a su hedor; otros, lanzándose improprios entre sí, todo por la lucha para hacerse a lo último que queda de víveres en aquel lugar. Todo lo veo muy rápido. La niña ya no está a mi lado, quizá ha huido por el miedo; yo me siento perplejo e impotente, ¡aterrorizado! Miro hacia todas las direcciones, mientras un mareo me posee por la situación, hasta que el sonido estremecedor de un disparo irrumpe toda la caótica situación: un señor muy delgado con un bebé sostenido en su brazo izquierdo, apunta con un arma hacia la multitud que está sobre el carro del hombre barbado. Las personas comienzan a alejarse de éste, mientras el hombre pide que lentamente devuelvan todas las bolsas y los sprays dentro de aquel carro de compras. «Ahora», grita insistente. Todos, en silencio, y

con sollozos en sus tros, no tienen más remedio que hacer caso. Yo sigo petrificado y de una sola pieza, observando todo a media distancia, a la vez que noto que un olor extraño empieza a propagarse allí adentro. En esas alguien se tropieza y el hombre le apunta por reflejo. Aprovechando este leve descuido, una mujer de mediana edad golpea al sujeto del arma con una canasta de mercar sobre su cabeza. Este alcanza a soltar el arma pero se abalanza y la recupera de inmediato, y desde el piso la acciona como acto de reflejo contra el estómago de un desafortunado sujeto diminuto y calvo que está al frente suyo. La gente comienza a gritar por el pánico y varios se abalanzan contra el hombre para hacerse a su arma. La sangre comienza a fluir por el piso. Yo, al notar esto, corro muy nervioso detrás de otra góndola ubicada en el extremo izquierdo de la bodega, y me camufló, agachado, tras de esta. Al lado mío, observo que hay una señora que se encuentra prácticamente en mi misma situación —agachada y muerta del miedo—, quizá desde hace un buen rato; observo que es la encargada del aseo, se le ve aterrorizada. Ella me mira nerviosa, con movimientos convulsivos y con unos ojos teñidos de rojo suplicándome en silencio que no le haga daño. Se le ve ahogada y sin poder respirar. «Señora, tranquilícese, no le voy a hacer nada... y esto va a pasar pronto... pero, manténgase tranquila...». Pienso en ese momento en la niña, y luego en si aquel extraño olor es... el Olor... Siento que ahora hay un hedor particular muy cercano, que parece provenir de esta señora; incluso vacilo, y pienso que el olor extraño puede provenir de mí. Miro, por entre los pisos de la góndola vacía, para ver si puedo hallar a la niña de las flores. Nada. Vuelvo la mirada hacia la señora, pero ahora, sus ojos —esos ojos rojizos—, junto con su rostro, han

cambiado repentinamente de forma muy drástica. «Esta señora, esta señora —pienso— ha estado expuesta hace mucho a este pánico», y como un acto reflejo me retiro hacia atrás sin perderla de vista. Vuelvo la mirada rápidamente hacia el pasillo para ver si puedo encontrar a la niña del jazmín y hallar la forma de salir de aquel sitio junto con ella, y lo único que diviso es que el empleado de la caja registradora principal, ahora se le ve a lo lejos, huyendo del local. «¡Mierda!», pienso, y esta señora me sostiene el brazo al escuchar un segundo impacto de bala proveniente de aquella arma (hace mucho no me tocaban, esto me deja perplejo); la suelto bruscamente, pero aún así, por riesgoso que fuera, comprendo que no puedo ser un cabrón frente a alguien muerto del susto que necesita ayuda, y le busco su mano para finalmente sostenerla. En medio de esta situación vuelvo a encontrar esa mirada rojiza en su rostro, pero, ahora con su boca apretada muy fuerte, como si sus labios estuvieran cocidos, y mirándome fijamente con unos ojos muy abiertos, como si estuvieran viendo en mí rostro la mismísima muerte. Entonces lo veo por primera vez: es el Olor en su rostro, aprovechándose del colapso nervioso de esta persona, atacándola. Veo cómo esta señora se comienza a desvanecerse de repente frente a mis ojos, y a convertirse en cuestión de segundos, en una suerte de almizcle y polvo rojo levitando frente a mí. Esto es demasiado aterrador. Salto hacia atrás para alejarme de ese horror y me descubro nuevamente ante las demás personas. Siento un hedor horrible asociado a ese polvo rojo y siento que ahora lo tengo impregnado en mi rostro. Hago una maniobra de escape mientras me sacudo la cara, y termino arrojándome al piso con un movimiento torpe. Desde ahí abajo, logro ver pasillo de la entrada. «¡Ya

casi estoy cerca! », pienso. Debo terminar de huir. El olor se acrecienta, casi que proporcional a los gritos y forcejeos entre las personas. Decido que lo mejor es correr sin vacilar, pero escucho un tercer impacto de bala, y con éste, gritos, polvo rojo en el aire y una mezcla entre el olor a la pólvora del arma y ese hediondo y extraño olor. Más personas se descomponen en el acto frente a mis ojos. La imagen me sigue asfixiando y mi pánico se acrecienta. Debo largarme de ese lugar ¡ya mismo! Noto que el polvo está adherido a mi ropa. «¿Dónde está mi cepillo?», pienso para limpiarme en el acto... ¡Vaya tontería!... reacciono y vuelvo al plan de lograr poder huir por el pasillo. Un cuarto impacto de bala, y veo a una niña con un orificio en todo el centro de su frente, desplomarse. Aterrado, intento identificar desde lejos si la niña que acaba de caer puede ser la niña de los jazmines. Una señora grita de inmediato, abrazándola: «hija, noooo, por favor, nooo, Dios santooo..!». Ahora comprendo que no es la niña de las flores. Veo, por demás, cómo la madre toma a su hija asesinada entre brazos, y sin pasar mucho tiempo, cómo las dos se convierten en polvo mientras se desintegran en un instante. Una escena macabra, tenebrosa. Las personas siguen luchando entre ellas, riñendo por las bolsas y el arma, y, sin advertirlo, convirtiéndose en ese nauseabundo polvo rojo mientras gritan. ¡Putá vida, esto no puede petrificarme! ¡Debo huir, ya mismo! Ahora, siento que, de repente, aquel extraño olor indiscutiblemente comienza a provenir de mí: «¡Joder, joder!». El susto me alcanza a poseer, mientras vuelvo la mirada a personas que frente a mis ojos se destrozan y se desvanecen en una gran nube carmesí. Una de esas personas, mientras se disputa con otra, recibe un golpe que hace girar su rostro hacia mí, y, mientras me

observa por un instante, tengo que atestiguar cómo se desvanece frente a mis ojos sin dejar de sostenerme nunca su mirada. ¡Horror! Vuelvo mi cabeza, y veo que ahora reposa una bolsa grande y un spray AntiOlor a un par de metros sobre el suelo, justo al lado de la puerta del pasillo que sigue abierta. Es mi último chance de escapar. Sin meditarlo, me arrastro sobre el piso y logro —con una maniobra miliciana quizá menos torpe que la anterior— tomar los objetos del piso y salir corriendo hacia el pasillo. Doy otro paso y... un cuerpo que acaba de caer sobre mí me hace tropezar de nuevo. Caigo sobre un charco de sangre mezclado con polvo rojo que se suma al del sujeto recién caído. La situación no puede ser más espantosa. Me incorporo de nuevo, pero unas manos me sostienen mi tobillo con fuerza, y resbalo cayendo sobre un charco de sangre en el piso: es la niña... la niña de los jazmines... que me implora que la ayude. Veo que al parecer está herida en su pierna. Un esguince, pienso. Me vuelve a rogar que la saque del sitio. Me levanto con mucho pavor y le ayudo a incorporarse de inmediato. «Sujétate duro, y huyamos de una buena vez de este infierno»; le entrego la bolsa de alimentos, y con mi otra mano le sujeto para que se apoye en mí. Por fin, entramos de vuelta por el pasillo apoyándonos sobre las paredes, pero al escuchar unos gritos horribles no puedo evitar mirar hacia atrás: observo una de las imágenes más aterradoras que jamás he visto en toda mi vida: una montaña de humanos, unos encima de otros, que en medio de los ataques iracundos entre sí, se desvanecen convirtiéndose en una nube de polvo escarlata, expulsando a la vez aquel horrendo hedor. La niña sostiene la respiración muy fuerte y se le ve aterrada, sin decir palabra alguna. Le digo que aguante, que no pierda la calma y que

sostenga la respiración hasta que estemos afuera del local. Por fin, logramos atravesar ese largo y oscuro pasillo de vuelta al área principal, y logramos alcanzar, aunque cojeando, la puerta de salida, una vez cruzadas las cajas registradoras. La niña se detiene y manifiesta su dolor insoportable por su esguince. Le digo que se sostenga un momento sobre la pared mientras logro abrir la puerta de salida que ahora estaba trancada quizá por alguna disposición seguridad automática del lugar. Sigo forcejando y al final logro abrirla de un empujón fuerte, y la niña se logra abalanzar hacia mí nuevamente buscando apoyarse sobre mi hombro. La sostengo mientras termino de empujar la puerta, y de repente suena un quinto impacto de bala que golpea sobre el vidrio de la base de la puerta, justo al frente de nuestros ojos. «¡Quietos!», chilla la voz de un hombre, amenazando desde la retaguardia. «De aquí nadie se va con esas bolsas... ¡Suelten lo que llevan... ¡ahora! y no volteen a mirar... manténgase de frente y no cometan ninguna tontería!». Un silencio ensordecedor se imprime en el aire; levanto las manos con el spray en la mano derecha y le pregunto a la niña si está bien. No responde. Temo por ella y espero que la bala no la hubiera alcanzado de alguna forma. Giro mi cabeza lentamente hacia el rostro de la niña de perfil, y veo que ella también vuelve su mirada observándome con unos ojos sin vida, como los que ya había visto antes en la señora del aseo. Ruego que no esté contagiada. Le digo que no se deje llevar por la situación, que aguante, que mantenga la calma. «Tranquilo amigo», digo con voz fuerte, todavía de espaldas al hombre, mientras siento que éste empieza a acercarse con pasos sigilosos y una respiración más agitada. Pienso en mi cepillo dentro del bolsillo, y comienzo a llevar mi mano



hacia allí. «Puedo intimidarlo si le apunto desde el bolsillo, simulando que llevo un arma», pienso. «No haga nada tonto, amigo», me corta el impulso al gritarme amenazante. Le digo a la niña que suelte la bolsa ahora mismo y que mantenga la calma, mientras dejo caer el spray que sostengo sobre el suelo. Vuelvo a mostrar las dos manos vacías con los brazos levantados. «No hay porque ponernos nerviosos, amigo, tome las bolsas y déjenos ir». Pero veo que ella no ha soltado la bolsa. Entonces le murmuro entre dientes: «¡suéltala, de por Dios!». No puedo mirar hacia atrás y entonces escucho al hombre gritar desesperado !Que sueltes la maldita bolsa!, y suena un sexto disparo mucho más cercano. Doy un brinco aterrorizado, sin saber si me ha impactado a mí o a la niña. Entonces sucede: escucho un ruido sordo al desplomarse algo sobre el piso, tras nosotros. Doy media vuelta, muy despacio y lleno de temor, y puedo ver a un hombre rubio y desaliñado tirado sobre el suelo, con el arma a su lado, y lentamente desvaneciéndose, convirtiéndose intempestivamente en el hediondo polvo rojo. Mi respiración se agita más y más y temo que me esté ocurriendo a mi lo mismo. Vuelvo la mirada hacia la niña y ella me está viendo con sus ojos ahora menos rojizos, notando con temor cómo quizá me comienzo a desvanecer frente a ella. La niña vuelve la mirada hacia el lugar y luego hacia mí y me mira tomándome la mano: «Ya pasó, ya pasó», me dice, con un aura espiritual en su rostro, como una suerte de hálito de vida que retorna a su existencia. Vuelvo entonces a mirar hacia el local mientras regulo mi respiración, y advierto que el polvo se comienza a alejar de nosotros. Observo la pistola, la mancha de almizcle en el suelo, y finalmente a la niña, notando que en sus mano derecha sigue sostenida la

bolsa con los víveres. Pienso en agarrar el arma, pero la niña me lo impide con su mirada y con un gesto de negación; quedo contrariado, pero su rostro convincente y aquel olor a jazmín que emanaba de repente me hace intuir varias cosas. Recojo el spray del piso, y salimos finalmente del establecimiento.

Una vez afuera del lugar, inclinamos al tiempo nuestros rostros hacia el cielo, observándolo con perplejidad: Ahí está, el Olor, como una inmensa nube roja que ahora ha terminado de encapotar toda la ciudad — imponente, contemplándonos desde arriba—; pero, por primera vez, ninguno de los dos sentimos miedo. De mi bolsillo derecho saco mi viejo cepillo de dientes, y amenazo —una vez más— hacia lo alto; la niña vuelve hacia mí su atención y le hace mucha gracia mi gesto. Me siento ridículo. «¡Qué tontería!», pienso y luego sonreímos. Contemplo por última vez el viejo objeto y lo dejo caer sobre una cesta de la basura de la al borde de la calle. Mientras contemplo la canasta con cierta nostalgia, unos dedos abren mi mano izquierda para introducir dentro de esta unas flores de jazmín. La niña me sonríe y me dice que ahora son mías. «¿Puedes caminar?», le pregunto, observándola con una mirada paternal y fraterna. Ella asiente con una sonrisa tímida dibujada en su rostro. Le extiendo mi mano, ahora, con seguridad y sin temor alguno. Ella la toma, con agradecimiento y con cierta emoción. Y así, comenzamos a andar, con rumbo de vuelta hacia aquel árbol de manzanas, y su contiguo arbusto de jazmines blancos y amarillos, guiados por aquel dulce e hipnotizante olor. ⊛



# Orden del libro

**El manual del ángulo de la bolsa azul**  
(Claudia Aboaf)

5

**Asesinato se escribe sin H**  
(Álvaro Bonanata)

21

**Mi papá es un pollo**  
(Hank T. Cohen)

29

**Los sapos invisibles**  
(Marcelo Damonte)

49

**Sentidos alterados**  
(Monica Marchesky)

65

**Dragón**  
**(Edmundo Paz Soldán)**

79

**El prisionero**  
**(Laura Ponce)**

95

**El protector**  
**(Bruno Pozzolo)**

123

**Árboles en la noche**  
**(Ramiro Sanchiz)**

141

**El olor**  
**(Nelson Vera)**

165

*Contaminación Futura* es un laboratorio narrativo que combina textos de autores consagrados con ficciones rescatadas de las datacumbas literarias y trabajos de autores primerizos. Entre sus matraces, retortas, circuitos y núcleos de IA, la narrativa especulativa es arrojada a un campo expandido en el que pastan juntos lo fantástico, la fantasía, el horror, el *slipstream*, la ciencia ficción más convencional y el *weird*.

MIG 21 EDITORA

**Contaminación Futura vol.1**

(Carsen, Cohen, Dobrinin, González,  
Mainero, Molinari, Ponce,  
Rumel, Salas, Sanchiz)



**Contaminación Futura vol.2**

(Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez,  
Mira de Echeverría, Pons, Pandiani,  
Rodríguez Pappe, Silva Olazábal)



**El bosque que crece  
por las noches**

(Pablo Dobrinin)



**Contaminación Futura vol.3**

(Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares  
Caraballo, Damián Miravete, Figueras,  
Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga)



**Trashpunk**

(Ramiro Sanchiz)



**Contaminación Futura vol.4**

(Arismendi, Candal, Chimal,  
Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña,  
Raggio Miranda, Rossello, Santurde)



**Contaminación Futura vol.5**

(Alonso, Álvarez, Brenda,  
Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo  
Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz)

## **Jauría**

(Maelis González)



## **Contaminación Futura vol.6**

(Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland,  
Jurado, Piaggio, Rehermann,  
Rivero, Santullo, Sierra)



## **Lo mejor de Ruido Blanco**

(Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián,  
Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales,  
Peña, Pons, Rossello, Sanchiz)



## **Contaminación Futura vol.7**

(Barceló, Botta, Caraballo,  
Dobrinin, Frick, González, Loza,  
Raggio, Velázquez, Yoss)



## **Playlist**

(Néstor Darío Figueiras)



## **Contaminación Futura vol.8**

(Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte  
Marchesky, Paz Soldán, Ponce,  
Pozzolo, Sanchiz, Vera)



## **Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2**

(Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte,  
Federici, García Cabrera, García Peyrallo,  
González, Kapeniak, Pandiani, Solari)





# CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 8

**El manual del ángulo de la bolsa azul**

**Claudia ABOAF**

**Asesinato se escribe sin H**

**Álvaro BONANATA**

**Mi papá es un pollo**

**Hank T. COHEN**

**Los sapos invisibles**

**Marcelo DAMONTE**

**Sentidos alterados**

**Mónica MARCHESKY**

**Dragón**

**Edmundo PAZ SOLDÁN**

**El prisionero**

**Laura PONCE**

**El protector**

**Bruno POZZOLO**

**Árboles en la noche**

**Ramiro SANCHIZ**

**El olor**

**Nelson VERA**



**MIG21**  
EDITORA